

DELFINA FARIAS



SASHA

LA MISIÓN DE MI VIDA

SASHA
LA MISIÓN DE MI VIDA

DELFINA FARIAS

Título: Sasha

©Delfina Farías.

1ª Edición: Julio 2018

©Todos los derechos reservados.

Diseño de Portada: Kramer

Maquetación: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Este libro está dedicado a los que luchan por un amor, contra circunstancias adversas, que muchas veces la vida nos presenta.

Para aquellos que no bajan los brazos y siguen persiguiendo un sueño, por más difícil que sea.

Para las ATREVIDAS que siempre están cerca de mí y para mis tres ángeles que siempre me acompañan.

¡Para todos ellos un gracias enorme y un hasta pronto!

*“No suspires porque ya se terminó,
sonríe porque ocurrió”*

Gabriel García Márquez

1

Después de terminar sus estudios secundarios, Sasha rindió los exámenes físicos, académico, psicológicos y toxicológicos, logrando entrar en el Colegio Militar, ella seguiría la carrera de infantería y artillería. Aun en contra de la voluntad de su madre que pretendía que estudiara una carrera universitaria, Sasha estaba empeñada en que sería soldado desde niña, desde el primer día que acompañó a su padre en el adiestramiento de los hombres de su equipo. Arriesgada, inteligente, orgullosa y terriblemente bella así era ella, frontal como el padre, no andaba con vueltas cuando algo le molestaba y siempre decía lo que pensaba, por esa misma razón su padre pensaba, que su paso por el Colegio Militar no sería buena idea. Por los ejercicios y la vida rigurosa dentro del mismo, no habría inconveniente pues estaba acostumbrada, lo había mamado desde pequeña y la sabía mejor soldado que cualquiera. El problema vendría cuando tuviera que acatar las órdenes, ese sería para ella el mayor obstáculo. Marcus la observaba apoyado en el marco de la puerta de su habitación, como acomodaba sus ropas en el bolso, sin poder creer qué rápido había pasado el tiempo. Su niñita ya no lo era tanto, estaba convertida en toda una mujercita que tomaba sus propias decisiones. La miró con tanta ternura, que ella sintió los ojos sobre su nuca, se detuvo y sonriendo se dio vuelta

devolviéndole la mirada. Sasha amaba a sus dos padres, aunque su papá era su debilidad. Se acercó lentamente y se dejó cubrir el cuerpo con sus brazos, apoyó el rostro en su torso a la vez que se aferraba a la cintura de él.

—Mi vida, ¡cómo has crecido! ¿Estás segura que esto es lo que quieres para tu vida? —preguntó él besándole la cabeza, ella se deshizo de su abrazo y lo miró a los ojos.

—¡Sabes que sí! Estaremos en contacto y vendré a visitarlos cuando me dejen. Debes cuidar a mamá y a mi pequeño hermano—susurró abrazándolo nuevamente, escondiendo su rostro en ese abrazo. Si seguía hablando, lloraría y pensaba que llorar era de débiles.

El pequeño Benjamín tenía menos de un año, era muy parecido a su hermano Rodrigo, mimado y querido por toda la familia, se le notaba más tranquilo que sus dos hermanos, se pasaba horas observando cómo su madre diseñaba ropa y las empleadas se encontraban embobadas con él.

—¡Qué tranquilo que es este bebé! —exclamó Claudia la fiel amiga de Carla, casada con Alf y con una niña de dos años que también era más buena que el pan.

—¡Gracias a Dios uno que me salió normal! —respondió Carla cerrando la computadora, lista para dirigirse a su casa.

—Yo también te acompañaré, Alf retiró a la nena del jardín e iba para tu casa, queremos despedir a Sasha—. Su voz sonó triste, ya que todos extrañarían a esa chica que vieron nacer. Observó a su amiga, que hacía fuerza para no llorar. —El tiempo pasa pronto, ¡ya verás! —le dijo tratando de animarla.

—Marcus tiene la culpa, si no la hubiera llevado hace años a su trabajo, quizás ella estaría trabajando conmigo —comentó enojada tomando a su hijo en brazos, lista para retirarse del taller.

—Nena ella al igual que el hermano, lo lleva en la sangre. No debes culpar al padre —dijo Claudia tomándola suavemente del brazo para que recapacitara. Carla sonrió, quizás fuera verdad, pero le dolía que su hija estuviera alejada de ellos tanto tiempo.

Mientras maneja, observaba por el espejo retrovisor a su hijo en el asiento trasero sentado en su sillita, Carla solo pensaba en su hija sabiendo que la

extrañaría horrores. Cuando estaba en la casa era divertida y sin pudor, hablaban como amigas de todos los temas posibles, igualmente lo hacía con el padre y el hermano, aunque siendo hombres, a veces sus preguntas los incomodaba y ella, adrede las reiteraba divirtiéndose con sus caras, hasta que el padre no aguantaba más y alzaba la voz, ese era el momento justo en el que Sasha se trepaba a su espalda haciéndolo reír. Cuando llegaron a su casa, observó los autos y las camionetas de todos, suspiró mirando a la amiga sabiendo que seguramente su marido, haría una cena para despedir a su hija, que al otro día casi de madrugada entraría en el Colegio Militar.

Apenas poner un pie en el living, vio a Marcus en short y remera y supo que la cena sería en el jardín. Él se aproximó a ella y tomó a su hijo en brazos que ya estaba dormido, y como siempre le estampó un beso a su mujer delante de Claudia y de Alf, que justo entraba. Los amigos se quedaron mudos y separándose, los miró.

—¿No me digan que ustedes no se besan así? —preguntó sonriendo. Y el amigo nervioso lo objetó.

—¡Vos sos un degenerado! ¡Yo la beso en la intimidad! —aseguró Alf y Marcus, largó una carcajada. Puso una mano en la cintura de Carla, y la guió hasta el jardín donde todo estaba listo para cenar.

El abuelo de Sasha era coronel y apenas verla, se acercó a besarla en la mejilla y lo mismo hicieron todos los presentes. Sasha corrió y abrazó a su madre, sabiéndola triste por su partida y arrimándose a su oído le susurró.

—¡El tiempo pasa rápido mamá! —Las dos se perdieron en un abrazo que decía sin palabras lo que sus corazones gritaban.

Marcus luego de acostar a su pequeño hijo en su habitación, comenzó a servir la cena y todos degustaron los platos fríos que había comprado, al lado de Sasha se encontraba sentado su hermano Rodrigo.

—¡Compórtate porque te estaré vigilando! —le djo en bajito, con una sonrisa cómplice. Sasha lo miró de reojo y rio con ganas, sabiendo que era verdad. Su hermano, su padre y hasta su abuelo, tenían algunos informantes dentro del ejército.

La cena se hizo interminable, Sasha no paraba de preguntar cosas referidas al ejército a su abuelo Patricio el cual, la miraba con tanta ternura que era imposible no emocionar a todos los presentes. Luego Marcus se levantó y

propuso un brindis, deseándole lo mejor a su hija, después, como ya era muy tarde todos se despidieron y se marcharon a sus hogares.

Luego de saludar a sus padres y al pequeño Benjamín que dormía plácidamente en su cama, Sasha tomó su bolso y se arrimó a su madre besándola en la mejilla, su padre quiso llevarla, pero ella no aceptó pues su hermano mayor lo haría, no le gustaban las despedidas y menos verlos lagrimear.

—Me llevará Rodrigo, no quiero verlos llorar —aseveró mientras cargaba su bolso en el baúl del auto.

—Cuídate hija, si no te gusta o te sientes incómoda, vuelve a casa —le dijo su padre acariciando su mejilla, aún la veía tan nena, tan vulnerable, que se maldijo en silencio. Su mujer tenía razón, nunca tendría que haberla llevado a su trabajo, quizás si no lo hubiera hecho, ella no conocería ese mundo.

Sus padres se quedaron parados en la puerta de la casa viendo a su hija partir con lágrimas en los ojos, cuando estaban por entrar sintieron un grito y volvieron la mirada hacia el auto que se alejaba lentamente, observaron que Sasha sacando medio cuerpo por la ventanilla les gritaba.

—¡Los amo!

—¡Loca, metete dentro! —chillaron los padres al unísono y sintieron la carcajada de ella, sabiendo que la extrañarían horrores, aunque habían aceptado su deseo. Si ella era feliz nosotros también, meditó Marcus abrazando a su mujer, invitándola a entrar.

Camino al Colegio Militar, Sasha se encontraba entre eufórica y nerviosa, su hermano la observaba mientras hablaba sin cesar y sonreía, pero al cabo de media hora se cansó y mirándola de reojo, le hizo una seña con la mano para hacerla callar.

—Nena no vas a un colegio de niñas, ¿lo sabes no? —dijo y ella lo miró seria.

—Claro que lo sé. Estoy contenta porque esto es lo que siempre deseé —respondió de mal modo.

—Y responder de esa manera no es lo correcto —manifestó Rodrigo retándola.

—¡Lo sé! Papá me dijo cómo debía comportarme, aunque no sé si podré —contestó.

Los dos se miraron y se largaron a reír. Rodrigo no creía que durara mucho en el Colegio Militar, la vida ahí era sacrificada y ella había nacido para mandar, no para recibir órdenes. De pronto recordó, lo que la noche anterior le había confiado. Ojalá se portara mal, así volvería antes a casa. Próximos a llegar, detuvo el auto y la miró a los ojos, ella los arrugó imaginando lo que diría.

—Escúchame, si pasa algo, por mínimo que sea, quiero que me llames. ¡Promételo! —la instó.

—Te lo prometo. Nada pasará, ya lo verás. Cuida a la familia, cuatro años pasan rápido y sé que algunos fines de semana iré a verlos —afirmó Sasha.

Se abrazaron y él puso el auto en marcha nuevamente, a los diez minutos llegaron y a pesar de la negativa de Sasha, Rodrigo quiso bajarse. Apenas puso un pie en la puerta, cuando dos soldados lo detuvieron.

—Solo pueden entrar los cadetes —dijeron y Rodrigo maldijo en voz baja.

Sasha dejando su bolso en el piso, se colgó del cuello de su hermano abrazándolo.

—Te quiero loca. Cuídate por favor —susurró besando su cabeza.

—Yo también te quiero —replicó ella, acariciando dulcemente su rostro —. Vete que no me vas a hacer llorar —expresó haciendo un puchero.

Rodrigo subió a su auto y se quedó con su mente detenida en el tiempo. Amaba a sus hermanos y dolía dejar a Sasha ahí, lejos de su familia. De pronto, observó que a lo lejos ya dentro del edificio, caminaba su abuelo el coronel, un hombre que exudaba por todos sus poros autoridad, pero ¿qué hacía ahí adentro? Seguramente estaba mostrando y dando información de quién era su nieta. Decidió esperar a que saliera, sabía que la espera sería larga pues hasta no ver a su nieta formada, no se iría.

Sasha al entrar en el gran patio, no sabía dónde dirigirse y por primera vez en su vida se encontraba perdida, observó a muchos chicos en su misma condición y al ver a una chica y dos chicos con cara de susto, se acercó a ellos sin pensarlo dos veces.

—¿Y ahora? —preguntó estando cerca de ellos, que la observaron.

—Dijeron que esperemos acá —comentó uno de los chicos y las presentaciones no se hicieron esperar.

—Hola soy Sasha —se adelantó ella tendiendo su mano.

—Soy Ángeles —saludó la mujer dándole un beso en la mejilla.

—Yo soy Milo, encantado —dijo otro al tiempo que extendía su mano.

—Yo me llamo Félix —comentó el último.

A los cinco minutos, un hombre se aproximó y solo con un ademán de mano, los envió a otro sector donde se separaban hombres y mujeres, en menos de cinco minutos deberían cambiarse y presentarse nuevamente en el patio. Todos corrieron y al entrar, encontraron sobre sus camas los uniformes.

—¡Formen una fila, rápido señoritas! —gritó el instructor parado cerca. Todos se atropellaron por acomodarse.

A unos metros sobre un costado, Patricio observaba parado con las manos en su espalda a su nieta con orgullo, el instructor giró su cabeza observándolo y sonrió. Sasha que no se perdía detalle, también miró y al ver a su abuelo, hizo un ademán con la mano para que se fuera, mientras él seguía sonriendo sin dejar de observarla.

—De todos los que están, veremos los que quedan al pasar los años. ¡Los veo débiles! No creo que muchos sobrevivan —chilló de nuevo el hombre.

Muchos de los chicos ya pensaban en pegar la vuelta e irse a su casa, otros querían correr al baño porque se meaban encima, pero Sasha se paró más firme y levantó la cabeza orgullosa y arrogante como era. No la harían callar ni asustarse fácilmente, el hombre se paró frente a ella, mirándola directamente a los ojos tratando de intimidarla y Sasha soberbia, le mantuvo la mirada.

—La carrera la llevas en la sangre pequeña —comentó sabiendo quién era su padre y su abuelo.

Cuando ella desvió la mirada buscando a su abuelo, este ya se había ido, tragó saliva y prestó atención a las órdenes que le decían.

Mientras almorzaban todos juntos en un gran comedor, Sasha observaba a

sus compañeros. Milo era locuaz, simpático, alto y atlético, se notaba que hacía ejercicio, pero Félix era retraído y vergonzoso, aunque también era alto, estaba demasiado delgado. Ángeles era muy bonita, no hablaba mucho, pero se sentía bien en su compañía.

Milo y Ángeles vivan en el gran Buenos Aires, mientras que Félix venía de la provincia de Mendoza. Se notaba que le costaba interactuar con sus compañeros, siempre se encontraba a la defensiva y callado.

Al otro día les entregaron fotocopias, donde debían responder preguntas y estudiar varios temas. Ella no paraba de estudiar, mientras que Ángeles no entendía nada.

—¿Me podrás ayudar con este tema? —preguntó Ángeles

La ayudó y las dos rindieron bien, mientras que los chicos reprobaron.

—Esta noche practicaremos, así rinden bien esas materias —les decía ella tomando las notas en sus manos, los dos la miraron agradeciéndole con la mirada. Gracias a ella todos aprobaron y a partir de ese momento, se hicieron inseparables.

Los cadetes de primer año se encontraban en la compañía Charlie y aparte de tenientes que los supervisaban todos los días, los alumnos de tercer año estaban a cargo de ellos. La persona que estaba a cargo de ese grupo, era el teniente Leandro Martínez Acevedo. Se levantaban muy temprano y luego de desayunar, pasaban a las tareas correspondientes de cada día. Había momentos que las fuerzas flaqueaban y era Sasha la que los obligaba a seguir, si uno de ellos caía rendido y agotado de rodillas, los otros lo levantaban al segundo, tratando que nadie se diera cuenta. Un día se plantó delante de ellos el teniente y mirándolos a los ojos, dijo con voz gruesa.

—Ustedes tres, deben correr dos kilómetros en trece minutos. Si no lo logran, reprobaban —sentenció.

Los tres amigos se miraron sabiendo que jamás lo lograrían, Sasha dio un paso al frente plantándose delante del teniente Leandro, que la miraba atónito al ver lo decidida y atrevida que era.

—Yo los acompañaré —propuso. El hombre sonrió de costado, moviendo su cabeza en señal de reprobación.

—Vuelva a su lugar cadete. ¿Quién le dio permiso para hablar? —gritó

sobresaltándolos.

Sasha comenzó a odiar a ese hombre, era antipático, arrogante y muy soberbio, mandar correr a sus amigos era reprobarnos y él lo sabía. Tragó saliva obedeciendo. Por supuesto que los tres reprobamos y ella observó como el teniente, se regodeaba del fracaso. Indignada y muy enojada esa noche casi no durmió y apenas despertar, pidió hablar con él que la atendió enojado.

—Pase —gritó Leandro, sentado en su sillón exultante. Ella entró, desafiándolo con la mirada, lo que provocó en él contrariedad.

—¿Qué pasa cadete? —preguntó con altanería, Sasha se plantó delante de su escritorio.

—No estoy de acuerdo con usted —sentenció.

El teniente se paró observándola de arriba abajo, tratando de hacerla sentir minúscula, ella levantó la cabeza buscando sus ojos, sintiendo un temblor en todos sus sentidos. Jamás se había detenido a mirarlo y menos tan cerca, él era grande y fuerte como un roble, corpulento, musculoso y con cara de pocos amigos. Él giró alrededor Sasha, echándole un vistazo desde todos los ángulos posibles y cuando estuvo detrás de ella, se detuvo escaneando con el radar de sus ojos, su delgado y fibroso cuerpo. Cuando Sasha iba a hablar, él se detuvo nuevamente frente a ella, provocándole algo que nunca en su vida había sentido.

—Usted es una atrevida y una maleducada —comentó señalándola con su dedo índice—. ¿Qué es lo que quiere? Hable rápido, que no tengo tiempo que perder con pavadas. ¡Hable! —gritó Leandro sin dejar de observarla.

—Usted sabía que ellos no podían correr dos kilómetros e igualmente los obligó —dijo segura. Él se sonrió de costado como siempre y dando vuelta a su escritorio, se sentó sin dejar de observarla, jugando con su lapicera entre los dedos.

—Y usted cadete, ¿qué pretende que yo haga? ¿Dígame? —habló en alto de nuevo, enderezando su cuerpo en el sillón. Y sin permitirle que respondiera continuó— Esto es el Colegio Militar, no uno para niños. Si reprueban se van. ¿Entendió? Y ahora fuera de mí vista. —Sasha sin saludar se dio vuelta para irse, pero él bramó deteniéndola al instante—Salude antes de irse, cadete—. Ella se volvió colorada como un tomate, llena de ira saludó y envenenada y llena de furia.

—Hijo de mil putas... —susurró, pero él la escuchó.

—¿Qué dijo? Dese vuelta y repítalo —dijo a voz en grito, parado delante del escritorio. A ella le temblaron las piernas, la voz de él sonó como la de su padre, y se arrepintió de sus palabras. Se dio la vuelta con temor y se encontró con la cara del teniente que destilaba ira controlada.

—Nada, no dije nada —mintió. Él apretando los dientes, le hizo una seña con la mano para que se retirara.

Apenas cerrar la puerta, Leandro sonrió y estiró los brazos sobre su cabeza, luego se puso serio molestándose con los pensamientos y sentimientos que esa chica tan joven, con su desfachatez y frescura le provocaban.

Los días fueron pasando, los meses también y Sasha odiaba a ese hombre, porque sentía que él también lo hacía, a diferencia de las demás cadetes mujeres que lo amaban, aunque él les gritara para que se esforzaran en todo.

—¿No te gusta? —le preguntó Ángeles refiriéndose al instructor.

—¡Para nada! Es viejo, podría ser mi padre y el de todas las que babea por él —comentó y su amiga se largó a reír. Sí, era mayor que ellas, pero nadie podía poner en duda que el hombre era todo un bombón.

Los viernes a la noche Rodrigo o Marcus, pasaban a buscar a Sasha por el Colegio Militar donde debía regresar el domingo. Esta vez también se llevaron a Ángeles, como cada dos fines de semana. Después de disfrutar de una rica cena, escuchaban como Sasha entusiasmada, contaba sus anécdotas.

—¿No tuviste ningún problema? —preguntó el padre dejando de cenar y limpiándose la boca con la servilleta, los ojos de todos se volvieron hacia ella. Sasha abrió grande su boca, sabiendo que ya conocía el altercado con el instructor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Quién te cuenta? —inquirió enojada.

—Tu padre sabe todo, quiero que me lo cuentes vos, dime hija ¿qué paso? —quiso saber tratando de mantener la calma.

Ella contó lo que había sucedido y viendo la cara de su padre, supo que iba a tener problemas.

—Te dije que no debes desafiar la autoridad, que debes obedecer —le recriminó Marcus. Ella sabía muy bien cuando su padre estaba enojado.

—Papi, no es desobedecer, el teniente es un hi...—empezó a decir y su padre, levantó su mano haciéndola callar.

—No quiero oír malas palabras en la mesa. Sabes muy bien que debes acatar las órdenes, si no puedes o no quieres hacerlo, mejor te retiras y punto —afirmó. Carla tragó saliva y su hija y Ángeles, bajaron la mirada.

—No volverá a suceder, pero debes saber que odio con todo mi corazón a ese hijo de puta —soltó sin más, aunque su madre trataba de callarla. Marcus agudizó su mirada y movió su cabeza, jamás nadie lograría silenciarla, era una desobediente en potencia, pensó. Al comprobar que había metido la pata, Sasha se arrepintió y se levantó sonriendo para abrazar a su padre, que no pudo hacer otra cosa que besarla en la mejilla.

—Vayan a la piscina que yo ayudaré a mamá a limpiar —dijo Marcus. Sasha y Ángeles, salieron corriendo en dirección al jardín y sin más, se zambulleron en la gran piscina.

Marcus secaba los platos al lado de su mujer, siempre fue igual, cariñoso y cooperativo con todo lo relacionado a su hogar, sabiendo que ella también trabajaba y se llevaba al taller a su pequeño hijito, pues ninguno de los dos querían dejarlo en manos de extraños. Diseñaba ropa con su marca y al llegar a casa, se encargaba de las tareas cotidianas, aunque a él le encantaba cocinar, cosa que Carla adoraba.

—Mañana haré asado ¿quieres? —preguntó él observándola.

—¡Qué rico! Estás cansado, déjalo para el otro fin de semana —respondió Carla abrazándolo.

—Nunca para mi familia, sabes que es lo que más importante en mi vida —aseguró y ella levantó su mirada, buscando esos ojos del color del cielo que tanto amaba.

—Te amo —susurró Carla en sus labios. Él, posó sus dos grandes manos en sus cachas sin dejar de mirarla, cuando de pronto entró Sasha corriendo y riendo toda mojada, al verlos se paró poniéndose seria, y ellos sonrieron.

—Marcus Santillán, no quiero más hermanos —dijo observándolos.

—Le hice un mimo a tu padre, porque me ayudó en la cocina —exclamó Carla.

—Cuando consiga al hombre de mi vida, quiero que sea como mi padre —susurró abrazándolos.

—¿Igual de celoso? —comentó su madre y los tres largaron una carcajada.

—¿Dónde está mi hermano? Queremos ir a bailar —preguntó.

—Rodrigo tiene su vida, quién sabe dónde andará —contestó Carla, Sasha sin pensarlo más, lo llamó por teléfono.

Rodrigo que siempre tenía una compañía distinta, esa noche había decidido descansar, se encontraba preparándose una ensalada cuando sonó su celular.

—¿No piensas venir a ver a tu hermana? ¿Qué te pasó? —oyó al otro lado.

—Nena iba a ir mañana, hoy estoy cansado. ¿Viniste con tu amiga? A ver si traes a una más rellenita, a esa pobre le contamos los huesos —respondió revolviendo la ensalada.

—¡Serás desgraciado! —gritó Sasha. Sus padres se mataban de risa y tomados de la mano se fueron a ver al pequeño Benjamín, que dormía en su cuarto.

—Es tarde para ir loca, salvo que estés queriendo que las lleve a bailar. ¿Es eso lo que quieres? Prepárense que en media hora voy, pero volvemos temprano, que mañana debo ayudar a papá —le dijo Rodrigo.

—¿Vendrá el abuelo? ¿Y Luigi? —preguntó Sasha.

—Sí nena, los de siempre. Creo que papá invitó a unos amigos también —contestó.

Marcus como nunca podía quedarse quieto, mientras su mujer se ponía la maya comenzó a preparar la parrilla para el otro día, cuando su hija le comunicó que venía su hermano para llevarlas a bailar. Cuando se dio la vuelta al verla cambiada, no podía dejar de pensar cuánto había crecido.

—Hagan caso a tu hermano, y no se separen —le indicó.

—Papá ¿cuántas veces me lo vas a decir? ¡No soy una nena! —replicó Sasha. Marcus se arrimó y la besó en la cabeza. Rodrigo había entrado a la casa con su llave, y los miraba con ternura.

—Bueno ¿nos vamos o qué? —inquirió levantando la voz. Tenía puesto un

jean gastado y una camisa negra, Ángeles estaba cada vez más embobada con él.

La hermana corrió a sus brazos y como siempre, se le subió a caballito ante la risa de todos.

—¡Para, que tienes vestido y se te ve todo, nena! —gritó Rodrigo, mientras lo despeinaba. Ella se rio y bajó corriendo para buscar una campera.

—¿Dónde van a ir, al lugar de siempre? —trató de averiguar Marcus.

—No, Sasha quiere ir a uno nuevo donde van los cadetes, la semana pasada ya me había dicho —comentó Rodrigo—. Tranquilo papá, yo la cuido. Está en San Miguel.

Luego de saludar a los padres, subieron al auto de Rodrigo y se pusieron en marcha. Mientras iba manejando, las chicas hablaban del Colegio Militar y él, no dejaba de prestarles atención.

2

Apenas llegar, las chicas se unieron a algunos de sus compañeros, Sasha se olvidó de su hermano y se puso a bailar, aunque Rodrigo parado en la barra, no dejaba de observarla con un trago en su mano. Ya habían pasado dos horas y él se quería ir pues estaba aburridísimo, hasta que una chica se arrimó a pedir un trago y se pusieron a conversar.

Mientras Sasha seguía divirtiéndose, unos ojos la observaban en la distancia. Se encontraba a pocos metros de ella, apoyado en una columna sin perder detalle de todos sus movimientos. Su amiga Ángeles lo divisó y quiso saber quién era, codeó a la amiga que se dio vuelta enseguida.

—Hay un hombre que no deja de mirarte, no puedo ver su cara —expresó con curiosidad.

—Yo no veo nada, ¿dónde? —preguntó.

—Ahora se corrió. No me gusta, ¡vámonos! —pidió nerviosa.

—Déjate de joder, hay mil hombres. Estaría mirando a otra, vamos a bailar —respondió sin darle importancia.

Rodrigo que las oyó, se alejó de la chica con quien hablaba y caminó a través de la gente buscando al hombre, pues él también lo había visto. Cuando llegó al lugar en el que estaba, este se había evaporado. Volvió sobre sus pasos y se arrimó a Sasha, para susurrarle.

—Vamos nena es tarde. —Se encontraba alterado.

Ella tomó su campera, y saludando a todos se dirigieron a la salida, Ángeles de pronto vio otra vez al hombre y mirando a Rodrigo, le hizo seña. Este dio varias zancadas largas y el individuo volvió a desaparecer, lo que lo volvió más irritable.

—Sasha, debes ser cuidadosa, hay mucho degenerado suelto —expresó Rodrigo. Ella lo miró sin entender.

—¿Qué decís? ¡Mis amigos no son degenerados! —replicó.

—Nena no hablo de tus amigos, un hombre estuvo toda la noche observándote y vos ni te diste cuenta, pregúntale a Ángeles —dijo haciendo una seña, ella se dio la vuelta observando a su amiga, que se encontraba en el asiento trasero.

—¡Es verdad, yo lo vi! —exclamó.

—Pero qué saben si me miraba a mí, son dos paranoicos Dios mío —protestó.

—Escucha, solo digo que debes prestar más atención. Ser más desconfiada —dijo Rodrigo.

—No le cuentes a papá, no me dejará ir más —le pidió—. Prestaré más atención, lo prometo.

—No le diré por esta vez, ¿de acuerdo? —consintió su hermano.

Cuando llegaron, las chicas subieron al cuarto de Sasha luego de besar a Rodrigo en la mejilla, él se quedaría a dormir en su cuarto. Esperó a que las chicas subieran las escaleras y sacándose la campera, se dirigió a la cocina a tomar algo, apenas poner un pie en la habitación, lo encontró a su padre con una copa de vino en la mano, se miraron y Marcus, supo al instante que algo le preocupaba.

—Papá ¿qué haces aun levantado? —preguntó mirando su reloj.

—No puedo dormirme, hasta que tu hermana llegue. ¿Sabes que contestó mal en el Colegio Militar? —contestó poniendo una sonrisa—. Ahora dime qué te preocupa, lo noto en tu mirada —dijo, sirviéndole una copa de vino.

—Le dije a Sasha que no te lo contaría, pero debo hacerlo —el padre se enderezó en la silla y preocupado siguió con atención sus palabras—. Había un hombre, no era de nuestra edad quiero decir que era más grande y se pasó varias horas, observando a Sasha —le explicó a Marcus, que se paró para servirse otra copa de vino.

—Pero, ¿cómo no lo viste bien? ¿Quién era? —inquirió nervioso.

—No sé, dos veces me acerqué donde estaba y desapareció —comentó Rodrigo encogiéndose de hombros.

—El viernes que viene vamos los dos, a ver si ese desgraciado aparece —comentó Marcus.

—Quizás no sea nada, solo un degenerado —trató de calmarlo Rodrigo.

—¡No, vamos a ir! Ahora quiero saber quién mierda es —aseguró Marcus.

La semana comenzó movidita para Sasha y todos los cadetes, el teniente estaba como loco, luego de desayunar y tener unas pruebas de improviso que la mayoría reprobó, llegó el almuerzo y tras dejarlos descansar, comenzaron una serie de ejercicios que los dejó rendidos a todos. Mientras trataban de encontrar el aire que sus pulmones necesitaban, los cadetes comentaban.

—Este hombre está loco hoy, se le fue la mano —aseguró Milo.

—Estoy muerto, creo que me desmayaré —expresaba Félix, que era el más débil de todos.

—A mí me agarró hambre, vamos a la cocina a ver si consigo algo para comer —propuso Sasha, y todos movieron su cabeza en señal de reprobación pues no querían meterse en problemas, sabían que a esa hora se encontraba cerrada, entrar sería buscar lío.

—Bueno voy sola, son unos cobardes —afirmó sonriendo.

Caminó decidida sin que nadie la viera, se paró frente a la puerta, apoyó

su mano en el picaporte girándolo lentamente y se abrió. No tenía llave, por lo que soltó un suspiro y entró sigilosa como un gato, sin hacer ruido. La cocina estaba a media luz en la entrada y al fondo totalmente a oscuras, tragó saliva pues le daba un poco de miedo, pero en un segundo se hizo dos sándwiches. Cuando se estaba por retirar, miró las heladeras donde se encontraban las bebidas, su razón le decía que no vaya hacia allá, pero como era una desobediente, fue mirando para todos lados. Llegó, abrió y sacó dos gaseosas, cerrando la puerta dos grandes y fuertes manos apretaron su cintura haciéndola estremecer.

—Nunca conocí a alguien tan desobediente, ¿sabes lo que esto te puede costar? —susurró una voz gruesa a su espalda, mientras atraía su delgado cuerpo contra su torso.

Ella sintió que las piernas se le aflojaban, pero no de temor sino de excitación. Sasha se quedó muda, sabía perfectamente de quién era esa voz, la reconocería dentro de miles y aunque su mente lo odiaba, sintió que su cuerpo lo deseaba. El hombre se agachó a su altura y notó su aliento en el oído.

—Quiero que te vayas rápido, sin mirar atrás. No vuelvas nunca más sin permiso. ¿Entendiste? —le dijo tan cerca, que hizo que su piel se erizara. Aunque eso no consiguió que se quedara callada.

—Y si no lo hago ¿qué pasa? —preguntó sin darse vuelta, provocándolo y con las pulsaciones de su corazón a mil, mientras sus dedos se posaban en esas manos grandes que más que apretar, acariciaban su cintura.

Al sentirlo, él hundió su nariz en ese pelo atado y aspirando su olor, sonrió, ¿qué le podía responder? ¿Que desde el primer momento que lo contradijo, lo tenía a sus pies? ¿Que después de años de estar solo, ella desafiándolo con la mirada lo enamoraba? *“Te haría mía acá mismo sobre esa mesa, no te imaginas las cosas que te haría mi pequeña desobediente”* pensó al mismo tiempo, que sentía un tirón en su entrepierna y al segundo, se retiró unos centímetros.

—Vete lo más rápido que te den las piernas y no vuelvas, porque no respondo de mí —aseguró.

Sasha salió como diablo que se la lleva el viento, sus sentidos se nublaron y comenzó a sentir algo que jamás había sentido. Sus amigos la esperaban en el gran patio sentados y al verla llegar agitada y toda colorada, se

preocuparon. Ángeles fue la primera que se acercó y tomándola del brazo le habló.

—¿Estás bien? ¿Pasó algo? ¿Tienes una cara...! —la acosó.

—Estoy bien, no pasó nada —respondió largando el aire de sus pulmones —. Solo me dio miedo la cocina, estaba toda a oscuras —comentó.

Los amigos hablaban y reían, mientras que en la mente de ella solo retumbaban las palabras de él, su aliento en su oído, sus manos en su cintura, mientras sus dedos la acariciaban y su bulto apoyado en ella. De repente, sobre un borde del terreno asomó la cabeza de un perro enorme, que saboreaba a lo lejos el sándwich que ella comía. Y sin pensarlo dos veces, todos se acercaron a tocarlo a través de la alambrada.

—Es hermoso, pobrecito tiene hambre —aseguró Sasha, mientras cortaba un trozo de lo que comía y se lo pasaba al perro.

—¿Qué raza será? —preguntó uno de sus amigos.

—Raza perro —respondió otro riendo.

—Es una mezcla de policía y pitbull —afirmó Ángeles.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Sasha mirándola.

—Porque mi prima es veterinaria y me enseñó mucho de perros. Es un hermoso animal, se nota que esta descuidado, seguramente lo habrán abandonado —terminó diciendo.

El perro cuando terminó de devorarse lo que Sasha le dio, le lamió la mano en señal de agradecimiento y esa acción, a ella le robó el corazón. Jamás había tenido un can y ya quería que ese fuera suyo, de repente escucharon unos gritos sabiendo que el recreo había terminado, ella acarició al animal y este movió la cola.

—Mañana te traigo más comida. Espérame, hasta mañana Bobby —dijo antes de irse y todos se rieron.

—¿Ya le pusiste nombre? —comentó Ángeles mientras se dirigían al llamado del instructor.

Luego de formar, el teniente los miró a todos menos a ella, que la ignoró deliberadamente. Lo que quedaba de la tarde, Leandro los llevó al sector de

armamento y artillería, algunos ya habían aprendido el uso de las armas, otros aún no, pero la desobediente lo tenía tan claro, que todos se quedaban con la boca abierta al observarla, mientras el instructor mostraba como desarmarlas, Sasha en segundos luego de hacerlo ya las había armado. Su manejo era extraordinario, el teniente la observaba de costado moviendo su cabeza serio. Sasha se encontraba enojada con él, por los sentimientos que nacieron en ella, ninguno de los dos se miraba hasta que Leandro levantó la voz llamándola, y ella lo miró irritada.

—¡Cadete Santillán! Ya que sabe tanto de armas, quiero que desarme eso —pidió girando la cabeza y mostrando con su dedo índice una bazuca— y que lo vuelva a armar si puede —comentó irónico, con su característica sonrisa de costado.

Sasha aceptó el reto sin hablar, ante la mirada expectante de todos sus compañeros que se quedaron con la boca abierta pues no solo lo desarmó y limpió, sino que, en minutos, volvió a armarlo depositándolo otra vez donde estaba, dedicándole una sonrisa a ese hombre que la estaba desafiando con la mirada.

—¿Algo más, señor? —pregunto con bronca, mientras él sintió que lo desautorizaba enfrente de los demás cadetes.

—¡Pueden retirarse todos! —expresó el teniente, sin dejar de mirarla. Ella balbuceó algo que él no alcanzó a escuchar y cuando Sasha se dirigía a la puerta, la detuvo con un grito que retumbó e hizo estremecer a todos—. Usted no Santillán, quiero hablarle. —Se quedó de espaldas a él sintiendo que se acercaba, pensó que la tomaría de la cintura nuevamente. Leandro bajó la cabeza a su altura y susurró en su oído muy despacio, sin tocarla—. No me provoque, usted es una desobediente. No se atreva a desautorizarme enfrente de todos. ¿Escuchó? ¿Entendió? —dijo saliendo raudo del lugar, dejándola pensando que había sido eso.

La mente de Sasha se debatía entre putearlo o irse, decidió quedarse y volverlo loco, ese sería su castigo por despertar el deseo en ella. Deseo de besarlo y tenerlo en sus brazos, deseo que hasta ese momento estuvo dormido y a causa de esa noche en la cocina, había despertado.

—¿Qué te dijo? ¡Dios! Tenía una cara cuando salió... —trató de averiguar Ángeles, ella se sonrió.

—Nada, dijo que soy una desobediente y que lo desautorizo enfrente de todos, está loco, vamos a cenar que tengo hambre —mintió.

Lo que menos tenía era hambre, juntaría su porción de comida y se la daría al perro antes de dormir pensó. Esa noche, el teniente entró en el comedor buscándola con la mirada, sentándose lejos de ella sin sacarle los ojos de encima, cuando la observó guardando su cena comprendió lo que haría, esperó pacientemente a que ella y sus compañeros se retiraran para hacerlo él. Aguardó alejado de los dormitorios fumando y a las dos horas, cuando todas las luces se apagaron, la vio salir con una bolsita en la mano y arriba de su uniforme, un buzo con capucha. Se sonrió pues sabía dónde se dirigía, la siguió en la oscuridad y observó como el perro esperaba del otro lado del alambrado. Se arrimó a ella lentamente mientras sacaba trocitos de carne de una bolsa y se los extendía al perro que, al olerlos, comenzó a mover su cola, ella se dio la vuelta asustada y observándolo, se enderezó.

—¡Dios mío, qué susto me di! —exclamó Sasha y él agachado, levantó el rostro y sus ojos se encontraron. Sus cuerpos y mentes se dijeron mil palabras sin mover los labios, ella aún no había experimentado la hermosa sensación de amar, él por el contrario le llevaba dos décadas y lo había experimentado todo y también lo había perdido.

—Yo también vengo a darle de comer —dijo Leandro mirando al perro, que con ansias devoraba la comida, luego observándola le preguntó.

—¿Le pusiste nombre? —Sasha le regaló una sonrisa, en la que él vio a una niña mimada, que jamás le faltó nada. Sus piernas quisieron salir corriendo, pero su corazón se resistió y permaneció embobado observándola, aun sabiendo que ella era un fruto prohibido, una persona inalcanzable para él.

—Bobby le puse. Pobrecito está muerto de hambre —aseveró ella.

—Hora de dormir, no quiero verte nuevamente sola a esta hora. ¿Escuchaste? —ordenó el teniente, mientras los dos caminaban rumbo a los dormitorios.

—Pero solo a esta hora puedo darle de comer, de día me retarán —replicó ella. Leandro la miró sonriendo, sabiendo que era verdad que no permitían perros dentro del Colegio Militar. Al llegar a los dormitorios los dos se pararon.

—Vamos, vete a dormir. Mañana haremos muchos ejercicios y debes estar

fuerte para hacerlos —comentó y Sasha le saludó levantando su mano, mientras su mirada la siguió hasta entrar.

“¿Que estás haciendo Leandro? ¿Te volviste loco?” Sentía a su razón hablarle. “Ella es solo una chica inexperta, debes alejarte de ella o tendrás problemas”. El teniente se tapó la cabeza con su almohada ahogando los pensamientos de su mente, aunque ya era tarde, estaba perdidamente enamorado de ella y su cansado corazón, rechazaba la idea de perderla. Merezco ser feliz nuevamente, se decía en silencio. Cerraba los ojos, recordando la muerte de su mujer embarazada, después de años de investigación, desistió de buscar culpables cuando debido a la depresión, fue internado en un instituto psiquiátrico, por su gran amigo y el padre de este. Ellos junto a otros amigos, eran la única familia que le quedaba. Pretender amar a Sasha era traicionar a su amigo, para él era su hermano del alma, si no hubiera sido por Marcus, seguramente su vida hubiera terminado en suicidio. Y así, con sentimientos encontrados lo saludó la madrugada. Se levantó, se duchó, tomó una taza de café y se cambió para comenzar el nuevo día, se había propuesto alejarse de esa niña que sin proponérselo había logrado revivir su corazón herido, haciéndolo palpar nuevamente. No sabía si lo lograría, pero debía intentarlo.

Ya en el patio, los cadetes lo esperaban moviéndose en el lugar haciendo un precalentamiento de su cuerpo, de pronto lo vieron venir a largas zancadas, serio y con porte arrogante.

—¡Buenos días! —gritó y todos respondieron, sabiendo por su cara que su humor era de perros.

Luego de una caminata comenzaron las carreras de obstáculos, no solo tenían que trepar a una altura de tres metros, lo difícil era saltar esa pared de madera sin ayuda, ella veía como su compañero Félix poniendo todo su esfuerzo, no podía subir y cuando trató de ayudarlo, recibió un grito del instructor que carpeta en mano hacía sus anotaciones.

—¡Santillán! —bramó Leandro y todos lo miraron, pero ella hizo caso omiso y trepándose junto a su compañero, lo ayudó. La vena de la garganta del teniente comenzó a palpar de ira, otra vez lo desafiaba desacreditando sus órdenes frente a todos—. ¡Santillán! —volvió a gritar y ella, se bajó todo lo rápido que pudo parándose frente a él, provocándolo con la mirada—. Está castigada, retírese a los dormitorios —ordenó, ella iba a abrir su boca cuando

él la fulminó con la mirada y se fue protestando.

Al cabo de las actividades todos se dirigieron a los baños donde se ducharon y cuando entraron en los dormitorios a cambiarse, la vieron sentada en su cama leyendo.

—No debiste ayudarme, por mi culpa te retaron —comentó Félix apenado, entrando al dormitorio de las mujeres.

—¡Es un hijo de puta! Ese no quiere a nadie, ¡lo odio! —exclamó Sasha enojada.

—Nena, él lo tiene que hacer solo —dijo Ángeles.

—Vamos, cámbiate vamos a cenar —pidió Milo, acariciando su cabeza.

Él también había entrado con Félix a verla, cuando de pronto escucharon un golpear fuerte en el gran portón de entrada. Al ver que nadie entraba, uno de los muchachos se arrimó y al ver al teniente se puso colorado.

—Pase señor —demandó nervioso.

El teniente recorrió el espacio con sus ojos, viendo el momento que Milo acariciaba la cabeza de ella. Ya se encontraba cambiado y listo para cenar, cada uno se fue a su lugar y los amigos de Shasa salieron de la habitación mientras ella de mal modo, se paró y miró el piso.

—Santillán afuera, debo hablar con usted —ordenó y ella salió a tras de él. Cuando puso un pie fuera de los dormitorios, se llevó una gran sorpresa.

—¡Bobby! —gritó ella arrodillándose en el piso para abrazarlo, mientras el perro lamía su cara, después de unos minutos se levantó y miró al instructor que sonreía.

—Pedí permiso y lo dejaron pasar, luego de cenar lo bañas, toma ponle esto por las dudas que tenga bichos. Vos te encargarás de cuidarlo y darle de comer, el cocinero te dará la comida y si hace algún lío, se deberá ir. ¿Has entendido? —preguntó serio.

Y ella sin pensarlo se arrojó a sus brazos, la fragancia de su perfume entró en sus fosas nasales haciéndola suspirar, mientras que él se quedó helado sin poder reaccionar. El cuerpo de ambos, sufrió una corriente eléctrica que ninguno de los dos había experimentado antes, él tragó saliva y tuvo que contenerse para no besarla, luego Sasha se retiró y besándolo en la mejilla se

lo agradeció, mirándole a los ojos después.

Leandro no pudo resistirse a esa mirada, quedándose segundos eternos apreciando su sonrisa, su boca, su rostro. Un hombre tan experimentado como él en el amor, solo hablar con ella el primer día, comprendió lo vulnerable que podía llegar a ser. Al no poder controlar sus sentimientos hacia ella, decidió alejarse, sería lo mejor, antes de que cometiera la terrible locura de amarla y hacerla suya para siempre. El recuerdo de su familia lo visitaba todas las noches, volver a amar sería como traicionarla. Se alejó de ella, poniéndose serio y mirándola directamente a los ojos.

—Sé que lo harás. Él cuidará de ti como tú cuidarás de él, solo te pido que no desobedezcas, no contradigas nunca a un superior, sos uno de los mejores cadetes que hay, si sigues estos consejos llegarás muy lejos. Cuídate mi pequeña Sasha —le dijo.

Ella permaneció observándolo detenidamente, eso más que un consejo parecía una despedida y era lo último que ella deseaba, odiaba la idea de que él se alejará de su lado y puso su mano en su pecho, sin alejar su mirada de sus bellos ojos.

—¿Te estás despidiendo? Ya nos acostumbramos a ti, no lo hagas, por favor —le pidió. Él la miró y tomó su mano acercándola a sus labios, depositando en ella mil besos chiquititos, sin dejar de observarla.

—¿Me extrañarás si me voy? —preguntó. En su respuesta estaba la clave.

Ella se quedó minutos eternos mirándolo, él bajó la cabeza y cerró los ojos, tratando de guardar en sus pupilas su rostro, su cuerpo y esa sonrisa, que sería el más bello recuerdo que se llevaría de ese lugar.

—¿Por qué me haces esto? Dime Leandro porqué —inquirió Sasha, con las dos manos puestas en su torso.

Él levantó su rostro y sus ojos se encontraron, los de ella estaban llenos de lágrimas y los de Leandro, mostraban una tristeza inmensa.

—Me llamaste por mi nombre —dijo tratando de dibujar una sonrisa.

—Si ya no serás más mi instructor, puedo llamarte como quiera —respondió enojada.

—Serás la mejor soldado. Llegarás tan lejos como te lo propongas, pero

no desobedezcas. Tengo que irme, quizás algún día nos volvamos a encontrar —afirmó él acariciándole el pelo.

—¿Es por trabajo o es por mí que te vas? —preguntó y Leandro, abrió grandes sus ojos hermosos y sonrió.

—Por los dos —le mintió, queriendo ocultarle que era solo por ella.

—Bueno que tengas mucha suerte y ojalá nunca más te cruces en mi camino —gritó ella furiosa. Cuando rodeó su cuerpo para irse, él la tomó del brazo y en solo un segundo entraron en la cocina y apoyándola en la puerta, la cubrió con sus brazos, ella se abrazó a su cintura y aspiró su delicioso perfume.

—Sos una niña, una hermosa criatura, pero inalcanzable para mí —susurraba Leandro en su oído mordisqueándolo, luego arrastró los labios por su mejilla llegando a los de ella, donde con sus dientes los mordisqueó suavemente y se perdieron en un beso húmedo. Sus lenguas se recorrieron la cavidad de su boca desesperadas, hambrientas de un amor y una pasión que se descontrolaba al pasar los minutos, ella sentía como el miembro de él crecía y estiró su mano con vergüenza, pero decisión y a través de su pantalón, sintiéndolo palpar.

—No te vayas quédate. Por favor —pidió ella.

La lujuria y excitación de ambos era absoluta, sus cuerpos transpiraban y se encontraban fuera de control, él debía tomar la iniciativa e irse, sería lo mejor para ambos. Alejándose de su cuerpo y tomándola por los hombros, le habló.

—Sasha nena —empezó mientras le acariciaba el rostro. Ella permanecía con los ojos cerrados hasta que sintió su contacto—. Tu padre es mi mejor amigo —declaró provocando que abriera los ojos desmesuradamente—. No quiero, ni debo enfrentarme a él. Eres tan niña... Cuídate nena, jamás te olvidaré —terminó de decirle en un susurro, mientras la besaba suavemente.

Sasha se quedó quieta sin animarse a verlo partir, porque nunca le habían gustado las despedidas y mucho menos esa. Ángeles que de tonta no tenía nada, esa noche le preguntó por el teniente y ella en un mar de lágrimas, le confesó la conversación que había tenido con él, lo mucho que lo amaba, y que era amigo de su padre.

—No llores quizás es lo mejor, él es muy grande para vos y si es amigo de

tu padre, yo lo pensaría —murmuró—. Además, ¿no era que lo odiabas?

—Mentira, solo lo decía de rabia. Desde el primer día que lo vi, me enamoré y sé que a él le pasó lo mismo —aseguró mientras sonaba su nariz, Ángeles se quedó pensando.

—Mira si es así, se fue porque lo de ustedes no puede ser, sabes lo que pasaría si se enteran. Él perdería el trabajo y tu padre pondría el grito en el cielo —aseguró.

—Me importa una mierda todo, lo amo, y si él me ama, se tendría que haber quedado y afrontado la situación, ¿no crees? —afirmó y su amiga no pudo responderle.

A la mañana siguiente mientras formaban listos para las actividades cotidianas, los cadetes vieron que se acercaba el teniente serio y a su lado un hombre enorme, morocho y con un cuerpo que daba miedo solo mirarlo.

—Buenos días cadetes —gritó Leandro, todos respondieron y aunque no era su intención mirarla, sus ojos escanearon el cuerpo de su pequeña desobediente, al segundo presentó al hombre que lo acompañaba.

—Les presento al teniente Máximo —dijo, mientras se escuchó un comentario irónico debido a su gran cuerpo.

—Buenos días cadetes —saludó el hombre sonriendo— ya que están muy animados esta mañana, haremos el doble de ejercicios —comentó y a todos se les cayó la mandíbula al piso y miraron al chistoso del comentario.

—Los dejo en buenas manos, obedezcan y la pasaran bien, hasta siempre cadetes —se despidió Leandro saludándolos y todos hicieron lo mismo, mientras Sasha bajaba la mirada.

Los dos tenientes se despidieron primero con el saludo habitual y luego con un apretón de manos. Comenzaron los ejercicios y como siempre ella destacada en cada uno de ellos, Máximo la miraba de reojo y el parecido con el padre era asombroso, meditaba mientras corría a la par de ella. Sasha realizaba su trabajo con total dedicación y poniéndole toda la pasión, nunca estaba quieta. Aun cuando el teniente ordenaba descansar y todos se sentaban o se tiraban sobre el pasto, ella seguía de pie ejercitando sus piernas, lo que provocaba en el teniente una sonrisa, comprendía que ahogaba su tristeza en el entrenamiento.

Marcus cada fin de semana notaba más distinta a su hija, triste y de mal humor. Leandro luego de meditarlo mucho, una mañana tomó coraje y antes de irse al extranjero, decidió hablar con él como lo hacen los hombres, de frente. Lo encontró junto a Alf, pero eso no lo amilanó.

—Vengo hablar con vos, te debo una explicación —dijo Leandro saludando a Marcus, que arrugó su frente, sin saber a qué se refería.

—Ya me dijiste amigo que debes viajar, no hay problema Máximo cuidará a mi hija —terminó diciendo, pero al mirarle comprendió que esa no esa era la verdadera razón—. No me asustes, ¿cuál es la verdadera razón? —preguntó Marcus. Leandro tragó saliva y se arrimó a su lado, mientras Alf servía unas bebidas.

—Mira te lo diré porque para mí sos mi hermano, el que siempre estuvo a mi lado en los momentos más jodidos de mi puta vida y si no lo haría, sería traición —comenzó a decir.

—Habla de una vez, me estás poniendo nervioso —exclamó Marcus

—Me enamoré de Sasha, y antes de que comiences a gritar —dijo, al ver que a su amigo se le contraía el rostro— es un amor imposible, por eso me voy —terminó. Marcus se ahogó con su bebida y de dos zancadas se paró frente al amigo desafiante.

—¡Te volviste loco! ¡Es una criatura! ¿Cómo me hiciste eso? —inquirió fuera de sí.

—No pasó nada, solo un beso —se defendió él, pero Marcus ya no comprendía y para no pegarle lo empujó tirándolo al piso, Alf se metió en medio de los dos. Ante los gritos, el coronel abrió la puerta y sujetó a su hijo, que se encontraba descontrolado.

—¡Basta hijo! ¿Qué pasa acá? Él es tu amigo, ¿qué mierda pasó? —preguntó desconcertado.

—Este hijo de puta me viene a confesar que se enamoró de mi hija, ¿te parece poco? —gritó Marcus—. ¡Te voy a matar! ¡Aléjate de ella!

—Vete Leandro por favor, todo se solucionará, pero ahora márchate —le pidió Alf mirando a Marcus, que se preparaba para cualquier cosa.

—Me podría haber callado la boca, pero era traicionarte, vine de frente y

te lo dije. Sos mi amigo y siempre te querré, aunque ahora me echés —aseguró Leandro. Marcus no pudo controlar su genio, lo tomó del hombro y le dio una trompada que le rompió la nariz.

—Ahora sí vete, y no regreses nunca más. Has traicionado mi amistad y eso jamás te lo perdonaré traidor —gritó envenenado.

Leandro limpió su sangre con la palma de su mano y se retiró con el alma rota. Esa noche con su hija en casa, Marcus no podía mirarla a la cara, no podía creer que se hubiese dejado besar por él, pero si le lleva años ¿cómo pudo él hacer semejante cosa? Pensaba duchándose.

3

Carla aprovechó que su marido se duchaba y comenzó a hablar con su hija, que le comentó todo lo sucedido.

—Dime la verdad, ¿el abusó de vos? —preguntó y su hija se enfureció ante ese comentario.

—¡Mamá por favor! Ya no soy una niña, solo fueron besos, solo eso. Aunque no pasó nada, porque él no quiso —replicó airada. Carla abrió su boca como un buzón, sabía que su hija decía la verdad, ella nunca mentía.

—A ver no entiendo hija, ¿por qué se fue? —inquirió Carla que conocía bien al amigo de su marido y su pasado tan triste. Seguramente huyó por lo que diría Marcus, estaba convencida.

—Está claro que mi padre lo espantó. Mamá yo lo amo, es el primer hombre que amo —dijo con lágrimas en los ojos.

Carla le acarició la mejilla moviendo su cabeza, no quería verla en ese estado, pero sabía muy bien que el amor no siempre es felicidad, a veces duele como si tuvieras una astilla en el corazón. “*Si su felicidad estuviera al*

alcance de mi mano jamás sufriría mi niña”, pensó besando la cabeza de su hija, que apoyada en su falda lloraba por un hombre que por miedo se había alejado de su vida. Con mimo, corrió el pelo de su hermoso rostro observándola.

—Mi vida, si ese amor tiene que ser, él volverá. Ya verás cómo se encontrarán otra vez —afirmó tomándola de los hombros— si los dos se aman nada importará, ni tu padre, ni nada en este mundo los separará. Debes seguir con tus estudios si eso es lo que quieres. Sal los fines de semana con tus amigos como siempre, diviértete, vive mi hija querida. Todo en esta vida tiene solución menos la muerte, no lo olvides. Eres tan joven nena... No me gusta verte mal, ve a lavarte la cara y nos iremos a cenar afuera los cuatro, ya está por venir tu hermano, ponte linda —le ordenó Carla y su hija se levantó con su tristeza acuestas, entró en su dormitorio a ducharse y arreglarse, sin muchas ganas.

Marcus escuchaba tras la puerta entreabierta, amó a su mujer más que nunca. Los consejos que le dio a su hija le llegaron a su corazón, sabiendo que ella también sufría si su hija lo hacía. Se arrepintió de haberle pegado a Leandro, reconociendo que él y Alf eran amigos hasta la muerte. No quiso escuchar más y se sentó en el jardín, con un vaso de cerveza en la mano a pensar en lo que estaba sucediendo. Muy a su pesar, sabía que su amigo era un buen hombre. “*Se llevan muchos años, mi hija aún es una niña*” meditaba, pero su conciencia le gritaba que él también era mayor que su mujer. Su cabeza era un desorden total, pronto sería la terminación del primer año del Colegio Militar de Sasha, la entrega del sable y uniforme, donde jurarían la bandera frente a la Basílica de Lujan. No deseaba verla triste, por lo que se prometió a sí mismo que hablaría con Leandro.

Por otro lado, Sasha le había robado a su padre el número de teléfono de Leandro y lo llamaba todos los días, pero él nunca respondía. Fue entonces que decidió seguir con su vida, siguiendo el consejo de su madre si ese amor debía ser, ya más adelante se encontrarían.

—¿No lo encontraste? —preguntó Marcus a su amigo Alf, sentado en su oficina de Puerto Madero.

—No, parece que se lo tragó la tierra, también averigüé en Colombia y no hay noticias de él.

—Solo espero que este bien y no cometa una locura, como quiso hacer años atrás —maldijo el padre de Sasha.

—Tranquilo amigo no te amargues, ¿cómo está tu hija? —inquirió preocupado Alf.

—Bien, sigue con sus estudios, cuando llega a casa se muestra alegre, pero a mí no puede mentirme, sé que lo extraña —dijo sonriendo, tocándose su pequeña barba—. Sale con los amigos y Rodrigo la acompaña a todos lados, pero sé que la procesión va por dentro. Quizás se olvide, sabes cómo es esto del primer amor —comentó pensativo.

—Bueno, basta de preocuparnos y dime cuando será la entrega del sable, todos los hombres quieren estar presentes —dijo cambiando de tema.

—Es mañana y estamos todos muy nerviosos, ella también. A las diez de la mañana veré a mi hija con ese uniforme que le quedará de maravilla —afirmó Marcus orgulloso.

Ángeles se había quedado a dormir para ir juntas a la entrega de sables y jura de la bandera, pero Sasha era incapaz de conciliar el sueño. Luego de cansarse de nadar, se acostaron para dormir tres horas. Con el uniforme puesto, entró a la mañana siguiente en la cocina, donde su padre servía unas tazas de café. Al verla, se le hizo un nudo en la garganta y ella sonriente se paró frente a él, saludándole como a un superior y él murió de amor, mientras a Carla se le caían las lágrimas.

En el viaje hacia la Plata, Rodrigo que llevaba en la falda al pequeño Benjamín, hacía chistes para que los nervios se distendieran, Marcus tomaba la mano de su mujer mirándola de reojo y ella se la acariciaba. Cuando llegaron, todos los hombres del equipo de su padre estaban esperándolos, vestidos con traje de gala y apenas verlos, Sasha corrió tirándose a sus brazos. Verla entre medio de esos hombres de metro noventa causaba risa y emoción, ellos no paraban de mimarla, en ese momento Marcus recordó cuando nadaba con ellos o cómo a escondidas suya, subía la soga de tres metros. Cuánto había crecido la pequeña Shasa.

El calor era apremiante y a los cadetes les transpiraban las manos, se miraban entre sí y cada uno recordaba los momentos vividos durante el primer año, pero Sasha lo único que pensaba era en él. Su teniente, al primer hombre que besó y le hizo sentir sensaciones en el cuerpo que nunca había sentido.

“*Mi amor...*” meditó en silencio, justo cuando comenzaron a llamar al silencio. Trató de tranquilizarse y enfocarse en ese precioso momento que estaba viviendo, giró su cabeza buscando con la mirada a los hombres del equipo de su padre y ellos señalaron el escenario, Sasha volvió a girar su cabeza y se quedó de piedra, Leandro subía con una sonrisa.

—Tuvimos que rogarle porque estaba descansando antes de irse de servicio a otro país, pero decidió venir para entregar en mano los sables a su grupo —afirmó un coronel mayor, que estaba al lado de su abuelo que no dejaba de mirarla—. Señores saluden al teniente Leandro Martínez Acevedo.

—Buenos días cadetes —gritó con esa voz gruesa que conocían y respetaban. Todos respondieron al unísono.

—¡Buenos días teniente Martínez Acevedo!

Sasha lo miraba, sin entender por qué había asistido si antes huyó de su lado, se puso firme buscando su mirada que en cuestión de segundos encontró, mientras acomodaban todo, él no le sacó los ojos de encima. Para ellos no existía nadie más en esos momentos, no escucharon los murmullos, sus miradas decían lo que sus bocas callaban, Marcus y su mujer solo verlos mirarse comprendieron todo, ellos se amaban más allá de la diferencia de edad, del mundo, de todo y de todos.

—Por favor Marcus, no le digas nada —pidió Alf al ver como miraba al teniente.

—Hablaré con él, debo aclarar unos temas —comentó tragando saliva, sin dejar de observar como su hija miraba a su amigo.

—Sasha Santillán —se escuchó la voz de Leandro. Todos sus amigos y familia se pararon y aplaudieron, mientras que Claudia y Carla lloraban a moco tendido de la emoción y Marcus pasaba sus dedos por su rostro secando las lágrimas, que sin pudor salían. Los hombres gritaban y silbaban, mientras que a ella se le aflojaron las piernas al subir al escenario no solo por recibir el sable, si no por recibirlo de las manos de él, su amor, su hombre. Se paró como siempre desafiándolo con la mirada. Y él le regaló su mejor sonrisa—. Fuiste y serás mi mejor cadete, mi pequeña y desobediente Sasha —susurró observando como ella tragaba saliva y los ojos se le llenaban de lágrimas—. Llegarás muy lejos, felicidades cadete Santillán —dijo levantando la voz y entregándole el sable a la vez que sus dedos suavemente acariciaron los de

ella.

—Gracias teniente Martínez Acevedo —saludó ella con el corazón en un puño.

Cuando todo terminó, las familias y amigos se mezclaron con los cadetes abrazándolos y felicitándolos, ella vio venir caminando a su padre y se perdió en un abrazo llorando en sus brazos y él supo al instante que no lloraba de emoción, sino de dolor.

—Estamos todos muy orgullosos de vos —dijo mirando a sus hombres que se acercaban.

En el revuelo de saludos y aprovechando el gentío, Marcus desapareció, Alf que siempre estaba atento a su amigo lo siguió a la distancia, sabía muy bien donde se dirigiría.

Marcus preguntó a un cadete por el teniente Leandro, y este confirmó que lo había visto caminando hacia el estacionamiento, fue todo lo rápido que pudo, y llegó cuando se estaba subiendo a su camioneta, Leandro al verlo, bajó y lo esepró con el rostro desencajado y triste.

—¿Por qué huyes como un cobarde, si no lo eres? —exclamó Marcus parándose frente a él.

—¿Quieres pegarme otra vez? ¡Hazlo! Me lo merezco, me odio por traicionarte, por enamorarme justo de tu hija —declaró Leandro.

—Primero quiero pedirte perdón porque no debí golpearte y segundo, no sé si amas a mi hija como dices o si solo es una calentura —expresó Marcus.

Esas palabras desataron la furia de Leandro, que saltó como leche hervida enfrentándolo como jamás lo había hecho. Alf se aproximó un poco a ellos, creyendo que la conversación terminaría mal. Leandro se paró frente a Marcus, cara a cara.

—Porque soy un hombre que ha conocido el amor, ¿o no recuerdas que yo también tuve mi familia? Porque amo a esa pequeña desobediente desde el primer día que la vi, porque por ella me dejaría morir. Ella es lo que más deseo en este mundo, es en quien pienso todas las noches antes de dormir y es su recuerdo el que me saluda cada mañana. Por más que he intentado olvidarla, ¡no he podido! No puedo arrancarla ni de mis pensamientos ni de mi corazón. Si eso no es amor, dime que lo es —gritó con los ojos nublándose de

lágrimas y apretando la mandíbula. Marcus y Alf, se quedaron mudos y él siguió hablando con vehemencia—. Pero puedes estar tranquilo, que no le arruinaré la vida. Me iré y no volveré jamás. Solo quise verla por última vez —declaró roto de dolor.

—¿Y si hablas con ella? —preguntó Alf al ver que a Marcus le faltaban las palabras y sobraban las emociones.

—¡No! Tiene un gran futuro, encontrará a alguien de su edad que la amará más que yo —aseveró con tristeza, al tiempo que abría la puerta de su camioneta. Marcus lo tomó del brazo, lo miró y recordó las de su mujer.

—Nunca está dicha la última palabra, si el amor que sienten es verdadero, permanecerá y después de un tiempo lo podrán hablar —sentenció.

—No amigo, me voy, no quiero arrastrarla a mi mundo. Ella vale oro y yo no la merezco —señaló Leandro.

Y sin más, subió raudo a su camioneta arrancando y perdiéndose entre los autos que salían del estacionamiento, Marcus miró a Alf y supieron que ese hombre amaba a Sasha más que a su vida misma, pero nada podían hacer, él había decidido no ser parte de la de la ella. Mientras caminaban los dos callados, se encontraron con su familia y amigos y solo mirarlo a la cara, su hija supo que había hablado con él.

—¿Lo viste? ¿Hablaste con él? —preguntó delante de todos. Marcus abrazándola, susurró a su oído.

—Se fue, no va a volver —le dijo tragando saliva. Sasa enredó sus brazos en su padre, que desde niña la había alejado de todo peligro y sollozó amargamente, mientras todos se alejaban—. La vida es así mi niña, debes ser fuerte y seguir tu camino, tu familia y amigos nunca te abandonaran —expresó tomando su rostro entre sus manos y besando su frente, tragando la amargura de ella. Cuando de amor se trataba sabía muy bien que ella lloraría más de mil veces, sin que él pudiera hacer nada y se maldijo por ello.

Sasha siguió los consejos de su padre, en cada ejercicio desafiaba sus propios límites, siempre queriendo dar más de lo que podía, el nuevo teniente, aunque sabía que debía cuidarla, le exigía como a todos los cadetes, sabiendo que ella era la mejor. Aguantó que los superiores le gritaran en la cara cuando algo salía mal, trató de vencer el sueño o sentir los pies hinchados de tanto estar parada, las carreras cuerpo a tierra donde los bichos y astillas se

incrustaban en las manos y el rostro, sentía dolores en lugares que ni sabía que existían. Tuvo hambre, sueño y un cansancio profundo y cuando desobedecía o respondía sin respeto a los superiores, tuvo que quedarse de guardia de castigo o simplemente a limpiar, mientras ella puteaba por lo bajo el teniente sonreía. Pero jamás, a pesar de todo, pensó en renunciar, sabía lo que quería y lo lograría. Cuando se quedaba internada en el Colegio Militar castigada, una idea rondaba por su cabeza, al terminar la carrera militar y recibirse, iría a buscar a Leandro. Lo encontraría estuviera donde estuviera, y se lo repetía cada noche como si de un mantra se tratara.

Un fin de semana que Sasha decidió ir a bailar con sus amigos, sus padres se pusieron contentos, hacía meses que la veían triste. Sus amigos le indicaron un nuevo boliche, ella esa noche quería olvidarse del mundo y solo pasarla bien, Milo que ya la miraba con otros ojos la invitó a bailar.

—Estás hermosa —susurró en su oído atrayéndola hacia su cuerpo, pero ella enseguida lo puso en su lugar, alejándose de él sin dejar de bailar.

—No te equivoques, vos solo serás siempre mi amigo —afirmó mirándolo directamente a los ojos.

—¿Aún piensas en él? —preguntó molesto.

—Ese tema no lo hablaré con vos —replicó airada, y desde ese momento su relación de amistad, se fracturó.

Cuando se cansaron de bailar se subieron al auto y acercaron a Ángeles hasta un taxi, quería estar en su casa pues al otro día era el cumpleaños de su madre. Rodrigo luego de esperar que su hermana entrara por el garaje de su casa se fue, tenía una cita que no podía rehuir.

Apenas poner un pie en el mismo, Shasa presintió que no estaba sola, comenzó a traspasar y la adrenalina se esparció por su cuerpo, en solo un segundo, mientras a pasos agigantados trataba de llegar a la puerta que la llevaría al jardín, de golpe la luz se apagó, tragó saliva y lentamente sacó su celular, encendiendo la linterna a la vez que alguien la tomaba desde atrás arrinconándola contra la pared, tirando al suelo el celular. Trató de zafarse y lo logró, aunque no duró mucho, el adversario era más fuerte y la doblegó nuevamente poniéndola de cara a la pared. Respiró profundo y recordó el combate cuerpo a cuerpo, cerró los ojos, levantó su pie derecho y de un solo golpe, hundió su zapato en los testículos del atacante, él se quejó, pero no dejó

de sostener con un brazo su cintura mientras pasaba el otro por su garganta, apretándola a su gran cuerpo.

—¿Qué buscas? ¿Dinero? Te lo daré, suéltame y lo tendrás —pronunció en un grito ahogado.

—Te busco a vos, sos la cura para todos mis males —susurró la voz de un hombre en su oído, para después lamer su cuello, de repente aflojó su brazo del cuello de ella y lentamente pasó su gran mano por sus pechos, acariciándolos. Ella sonrió relajando su cuerpo y muy despacio se dio la vuelta encontrándose con él. Su amor, su hombre, su teniente volvía a su vida.

Leandro luego de hablar con Marcus, comprendió que no podía vivir más sin ella y en un arranque de locura total decidió volver a su encuentro, su corazón y su cuerpo necesitaban de esa criatura que después de años, lo había vuelto a la vida. Lucharía por ese amor, aun en contra de sus propias convicciones.

—¿Me extrañaste, mi desobediente Sasha? —preguntó tomando con sus dedos el rostro de ella y cubriéndolo de besos ardientes.

—¡Volviste! No vuelvas a dejarme nunca más, ¡te amo! —respondió Sasha regalándole sus labios llenos de lágrimas saladas.

—¿Qué haré con vos? No quiero dejarte —dijo Leandro. Ella lo miró y supo que no se quedaría.

—Me iré contigo —expresó ella sin dudarlo.

—No permitiré que lo hagas, debes terminar tu carrera y luego veremos qué pasa. No dejaré que arruines tu futuro por alguien que aún no sabes si amas —susurró sin dejar de observarla.

—¿Cómo me decís eso? ¡Yo te amo! —afirmó arrimando sus labios a los de él que le mordió su labio inferior y apretando sus dedos en su cintura, provocó que ella gimiera y su bulto despertara al instante.

—¿Cuánto me amas? —preguntó Leandro provocándola.

—¡Hasta el infinito y más allá! —respondió Sasha, tratando de esbozar una tímida sonrisa.

El se separó de ella, tratando de entender por qué esa desobediente le provocaba tanta ternura y lo calentaba tanto, por qué solo verla se había

enamorado perdidamente de esa niña, a la cual le doblaba la edad. Tenía que pensar por los dos, no permitiría nunca córtarle la carrera, jamás podría hacer eso.

—Quiero que te recibas y luego...—empezó a decirle, pero ella no lo dejó terminar de hablar.

—Cuando lo haga, quiero que vengas a buscarme.

—Lo haré, te lo prometo, pero hasta entonces no te tocaré más de lo que lo estoy haciendo —aseguró Leandro sonriendo y provocando en ella el desconcierto.

—¿Entonces no me amas? —inquirió. Los ojos del teniente la comieron con la mirada.

—Tendría que estar loco para no hacerlo, ¡y aún no lo estoy!, pero quiero que seas mi mujer con todas las letras y no me acostaré contigo antes — comentó Leandro.

—Pero sí te acostarás con otras, no me creas tan idiota como para pensar que ya no lo estás haciendo —le espetó ella y Leandro la envolvió entre sus brazos mimándola, quería estar seguro de que el amor que ella sentía, era auténtico y no un espejismo.

—Sasha, debes terminar tus estudios. No es justo que los dejes, luego de sacrificarte tanto —la conminó él, pero la tensión sexual entre ellos era irresistible, indomable, difícil de soportar. Ella se colgó de su cintura con sus piernas y tomándole la nuca comió su boca, sin dejarle hablar.

—No es justo que me hagas esto —trataba de decirle él, mientras sus manos desesperadas, tomaban sus cachas estrujándolas y su lengua inquieta y ardiente, recorría la cavidad de la boca de esa mujer, que con caricias y sin experiencia lo estaba enloqueciendo—. Para, para mi vida, por favor — repetía él mientras ella bajándose de su cintura, trataba de abrir la bragueta de su pantalón—. Mañana te espero a las dos de tarde en esta dirección —le pidió Leandro, mientras sacaba una tarjeta de su pantalón poniéndola en su mano, Sasha lo miró pasando sus dedos por ese rostro que tanto amaba, no podía creer que se encontraría con él a solas—. Aún no le digas nada a tu familia, hablaremos y veremos —concluyó él.

—Iré y hablaremos —respondió ella guardando la tarjeta.

Leandro sujetó su cintura atrayéndola hacia su cuerpo y buscando sus labios, le dio un beso enredado con nostalgia, luego mil besos chiquititos recorrieron el rostro de Sasha y en un descuido, se alejó tan rápido como había llegado, dejándola temblando y como en una nube.

El problema era salir al otro día sola, nunca lo hacía. ¿Qué diría en su casa? ¿Qué mentira se le ocurriría? No le gustaba engañar, pero entonces pensó en sus amigos. Apenas entró en su habitación llamó a su amiga, a pesar de la hora que era, debía planear todo con antelación nada debía salir mal.

—¿Ángeles? Hola amiga, ¿estabas durmiendo? —preguntó sonriente.

—Hola amiga, ¿estás bien? Sí hasta que me despertaste. ¿Pasa algo? —inquirió preocupada.

—Perdón, pero debo contarte algo —le dijo y comenzó a explicarle lo sucedido y entre las dos idearon un plan.

Apenas había podido dormir unas horas, estaba eufórica y muy nerviosa. Se levantó, se duchó y luego de cambiarse, se dirigió a la cocina dónde sus padres y Benjamín se encontraban desayunando, solo verla entrar su padre le regaló una sonrisa.

—Se levantó mi hija, buenos días hermosa —exclamó, mientras ella saludaba a todos con un beso en la mejilla.

—¿Como estuvo la salida? Ángeles se fue a su casa ¿no? Era el cumpleaños de su madre comentaste. ¿Se va directa al Colegio? —preguntó la madre mirándola y sirviéndole café a su padre que la observaba.

—Bien mamá, como siempre. Ángeles vendrá a las dos para irnos al cine y luego a cenar algo, de ahí nos iremos al Colegio Militar —contestó Sasha. Rodrigo que entraba justo por la puerta, la escuchó.

—¡Qué bueno, yo también quiero ir al cine! Hace mucho que no voy —comentó.

Sasha mientras él saludaba a todos, lo miró queriéndolo matar y él al percatarse de su mentira, sonrió.

—Es salida de chicas, lo siento no puedes ir —respondió comiendo una medialuna.

—¿Seguro que no estás saliendo con Milo? Umm esto me suena a trampa

—apuntó y ella que no sabía mentir, se puso toda colorada pero su madre la salvó.

—Basta déjenla en paz. Si sale está bien, es un buen chico, me gusta — comentó Carla mirando al padre que dudaba que fuera él.

—¿Ves lo que lograste con tus comentarios? —dijo observando a Rodrigo que tomaba unos sorbos de su café—. No salgo con nadie, cuando lo haga les diré. Solo queremos salir las dos solas.

Se acercaba la hora y Ángeles no llegaba, ella se moría pensando que no podría ir a encontrarse con Leandro, apenas sonó el timbre de su casa salió corriendo abrir, ante la atenta mirada de su hermano que sentado en el jardín la vio correr. Mientras conversaban en la habitación, ella se cambiaba a mil por hora pues ya se les hacía tarde, de pronto la madre tocó a su puerta y Ángeles abrió.

—Hola Carla, ya nos vamos estamos apuradas —dijo Ángeles, pero la mirada de Carla solo busco a su hija. Al verla con vestido y tacones, comprendió que su hija estaba enamorada y no precisamente del amigo, se cruzó de brazos observándola sonriente.

—Mamá no es Milo, debo hablar con él, ya te contaré. Por favor, no digas nada —suplicó, la madre movió su cabeza asintiendo y acercándose a ella la abrazó.

—Imagino quién es, solo ten cuidado —respondió con ternura.

Apenas poner un pie fuera del cuarto, vieron a Marcus y Rodrigo que la observaban con la boca abierta, estaba hermosa.

—Bueno que la pasen bien, llámame cuando entres al Colegio, ¿escuchaste? —ordenó el padre besándola en la mejilla.

Cargaron los bolsos en el baúl del auto que su padre hacía meses le había comprado y tocando la bocina, puso primera alejándose. Marcus se giró a su mujer y le pidió, agarrándola de la cintura, trató de sonsacarle información. Carla le sonrió y salió corriendo en dirección a la cocina. Rodrigo aprovechó para despedirse de sus padres con la excusa de que había quedado. Apenas salió de la casa puso en el GPS de su auto el cine más cercano que se encontraba a poca distancia, aunque imaginaba que su hermana no iría justo ahí. Al llegar no vio nada y comenzó a dar vueltas, estaba empecinado en

saber con quién se vería ella y porqué tanto misterio.

4

A Sasha le transpiraban las manos mientras manejaba, giró la cabeza observando a su amiga que se encontraba tranquila sentada a su lado con el celular entre sus dedos y sonreía, siempre pensó que Ángeles haría una linda pareja con Rodrigo, aun sabiéndolo un mujeriego sin control, esta levantó la cabeza y la observó sonreír.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ángeles.

—Que vos harías linda pareja con mi hermanito, ¿qué te parece? —comentó.

—Cual hermano, ¿Benjamín? —Sasha largo una carcajada— Porque Rodrigo es un hijo de puta, a ese le gustan todas —replicó Ángeles y Sasha pensó que era verdad—. Ahí amiga, es ese edificio —señaló Ángeles con su dedo índice, al comprobar la dirección que buscaban. Estacionarion y a Sasha le entró el pánico.

—¡Qué nervios! ¿Estará ahí? —preguntó mirándose en el espejo y arreglándose el pelo.

—Claro que sí. Dale, baja y dense el revolcón que se deben —le soltó Ángeles, Sasha le pegó en el brazo nerviosa—. Yo me bajaré e iré a caminar por ese shopping que está ahí, quizás me compre algo. —Sasha abrió su cartera poniendo unos billetes en su mano y aunque Ángeles quiso resistirse, los tomó ante su insistencia.

—¡Tómalos! Dos horas, ¿escuchaste? Solo dos horas y nos vamos al Colegio —dijo Sasha y Ángeles se rio con ganas.

Por otro lado, Rodrigo se rebanaba los sesos pensando quien era el enamorado de su hermana, cansado de dar vueltas dobló para ir a su departamento y la vio tocar el timbre de un gran y lujoso edificio. Se detuvo y estacionó tras un auto, de ahí observaba si alguien bajaba a recibirla, pero nadie lo hizo y ella entró. Entonces pensó dónde estaría Ángeles y se bajó, comenzando a caminar mientras observaba el vecindario, que era exclusivo. De golpe, se encontró con el auto de Sasha, vio que dentro estaban las camperas, por lo que la amiga de su hermana, no debía andar lejos y en ese instante se acordó del shopping, al que una vez fue a tomar café con una chica. Sonrió y se dirigió hacia allí.

Rodrigo entró y sus ojos escaneaban todos los espacios, pensaba con rapidez dónde podría estar Ángeles hasta que de pronto, vio salir a una chica con una bolsa de la librería y recordó, que siempre la veía con un libro en la mano. Se paró en la puerta, admirando la gran cantidad de gente comprando libros. Entró despacio, con las manos en los bolsillos mientras algunas chicas se daban vuelta para mirarlo y él se hacia el interesante observando algunos libros. Al poco, levantó la vista y vio a Ángeles concentrada, leyendo la sinopsis de un libro en un rincón. Se acercó lento por atrás, observándola de pies a cabeza, jamás se había detenido a observarla de esa manera, y pensó que era muy linda.

—Mientras esperamos a mi hermana, te invito un café —susurró en su oído agachándose a su altura y Ángeles, soltó el libro tirándolo al piso del susto, mientras él sonriente, se agachaba a recogerlo. Cuando los ojos de ambos se encontraron, tuvieron la sensación de verse por primera vez. Ella se repuso tan rápido como pudo y se levantó de golpe.

—¡Idiota! Me asustaste —le espetó, observando que varias personas los miraban.

—¿Dónde está mi hermana? —preguntó él con esos ojos que le traspasaron el cuerpo, poniéndola tensa. Ángeles comenzó a tartamudear y él, aprovechó su desconcierto para acercarse más a ella, achinando sus ojos—. Responde, ¿con quién está mi hermana? —dijo levantando la voz y ella casi se pone a llorar. Pensó rápido y contestó lo primero que se le vino a la mente.

—Con Milo —soltó y Rodrigo supo al instante que mentía.

—¿Desde cuando vive en un edificio de miles de dólares? No me mientas —ordenó, poniendo su cabeza de costado sin dejar de observarla.

—¿Vos nos estabas siguiendo? Acepto ese café —dijo en un susurro, tratando de cambiar de tema. Cogió el libro y fue a pagar, dejando a Rodrigo sin saber reaccionar.

Ángeles salió volando de la librería sin esperarlo, él tuvo que apurar el paso para no perderla entre el gentío que pululaba por el lugar.

—Que apurada estas, ¿dónde vamos? —preguntó él sonriendo, ella de repente se paró, mirándolo con su mejor cara de odio.

—Me estás cargando, ¿no me invitaste a tomar un café? —le respondió Ángeles y Rodrigo se sonrió irónico.

—Yo te invito a un café, a mi departamento o a lo que vos quieras nena —contestó y Ángeles, que había comenzado a caminar otra vez, se paró enfrentándolo.

—No te hagas el vivo. ¡Jamás iría a tu departamento! Justo ahí, es donde llevas a las que se regalan, no me confundas —le gritó enojada y él se mató de risa.

—Bueno te invito a otro lugar —afirmó él guiñándole un ojo y Ángeles enojada, comenzó a caminar rápido delante de él, que se adelantó parándose frente a ella tomándola de la mano, regalándole su más bonita sonrisa.

—No seas tonta, entra —pidió, mientras abría la puerta de una casa de té —. Tomemos un café, jamás te invitaría a algo semejante —declaró.

Apenas entrar, él le indicó una mesa alejada del resto y corriéndole la silla la hizo sentar, jamás nadie la había tratado así, él a pesar de todo, era un caballero y un sinvergüenza, pero muy bonito meditó. Rodrigo apoyó los codos en la mesa, sin dejar de observarla. Ella se sintió confundida, no solo

por la invitación sino porque sabía que él jamás se fijaría en ella y eso la molestó, sus sentimientos eran encontrados, desde siempre le gusto y tenerlo ese día tan cerca, provocaba que todos sus sentidos reaccionaran a la vez. Ángeles le clavó la mirada y solo por un segundo, sintió que él también la deseaba, luego la bajó la mirada. Era tan lindo estar a solas con él y tan cerca, no podía resistirse a esos ojazos que la contemplaban con ternura. Por solo unos segundos, se dejó llevar por una fiebre y necesidad de amor, el cuerpo de él desprendía un perfume sensual, que bloqueaba todos sus sentidos. Cuando el abrió su boca, reaccionó y de solo un plumazo espantó a su voz interior.

—¿En qué piensas? ¿No me dirás dónde está mi hermana y con quién? —inquirió Rodrigo.

—¡No puedo! Por favor, no me pidas eso —respondió ella mordiéndose el labio, y a él se le oprimió el corazón, ella era fiel a su amiga, no se cansaba de observarla. Le dio la impresión de que jamás la había mirado bien y sin ella proponérselo, lo cautivo. Rodrigo no podía creer lo que esa chica le hizo sentir, pero no podía lastimarla.

—Tómame el café y luego vete a buscarla, dile que se cuide y que me duele que no haya confiado en mí. ¿Se lo dirás? —preguntó extendiendo una de sus manos, y acariciando la de ella a través de la mesa, Ángeles se sobresaltó ante ese contacto, pero sin quererlo, tomó sus dedos y sonrió.

—Claro que se lo diré —afirmó levantándose, pero él no soltó su mano. La tibieza de la misma le agradó, y sin saber por qué extraña razón, se la llevó a sus labios besándola tiernamente, sin dejar de observarla.

—Nos vemos hermosa —se despidió. Solo esas tres palabras, removieron en ella mil sensaciones inexplicables y sin saber qué responder. Colorada como un tomate, tomó su cartera y se alejó del lugar, dejando a un Rodrigo inquieto y pensativo.

Mientras eso ocurría, Sasha subía en el ascensor con el corazón oprimido en un puño, pensando si estaba haciendo lo correcto, si Leandro merecía su amor. Mil preguntas navegaban por su mente y tomó aire tratando de calmarse. Sabía que él no la defraudaría, entonces se abrió la puerta del ascensor y ante ella se presentó el hombre que le robaba los sueños. Leandro la esperaba vestido solo con un jean, descalzo y reclinado en el marco de la puerta de su lujoso departamento, lo vio sonreír y su mundo se iluminó, ella se acercó y la

tomó de la mano invitándola a entrar. Cerró la puerta y con las dos manos, apresó el rostro de Sasha, se inclinó a su altura y pasó muy suavemente la lengua por sus labios, mientras ella con vergüenza, colgó sus brazos alrededor de su cuello comenzando a dar rienda suelta a esa pasión y deseo contenidos.

—Dios Sasha, no sabes lo que me calientas. ¿Estás segura que esto es lo que quieres hacer? Porque luego que comience a amarte, no podré detenerme, ¿entiendes? —le susurró, mientras le lamía el cuello, provocando en ella una tremenda excitación.

—Quiero que me ames, solo tú —le pidió ella, mientras su mano traviesa bajaba lentamente, palpando el bulto que no dejaba de crecer bajo el pantalón.

Él había pasado toda la noche meditando si encontrarse con ella era lo adecuado, pensaba en la amistad con Marcus y acostado, se tapaba la cara con la almohada maldiciendo. Justo se había enamorado de ella, habiendo tantas mujeres sabía que era chica y eso lo hacía sentir culpable, quizás ella solo tenía un deslumbramiento. Estuvo a punto de anular la cita, pero lo que Sasha le provocaba cada vez que la tenía enfrente a su cuerpo, nunca lo sintió con nadie y en un acto de locura, quiso apostar por ese amor y si debía enfrentar a todo el mundo lo haría, solo por ella lo haría.

Leandro bajó sus manos y sin pensarlo comenzó lentamente a subirle el vestido, sus dedos largos arrastraron su pequeño bikini. Podía sentir como su delgado cuerpo, temblaba sobre el suyo, se agachó a sus pies y sus labios impetuosos besaron su entrepierna, provocando en ella pequeños espasmos. Ella acariciaba el cabello de él, mientras sus dedos se apresuraron a abrir su sexo, buscó su clítoris absorbiéndolo y mordisqueándolo suavemente, para terminar, hundiendo su lengua, haciéndola estremecer.

—Ya estás lista mi amor, estás listas para mí —exclamó y abrió la bragueta de su pantalón, dejando salir su enorme y grueso pene, fue entonces que la escuchó decir.

—Te amo —dijo Sasha, con los ojos nublados de deseo.

Esas dos palabras hacía años que no las escuchaba, apoyó el cuerpo de Sasha contra la pared y comenzó a besarla con lujuria. De pronto, el ruido de unas llaves en la puerta, los puso en alerta, Sasha se puso nerviosa, mientras él enseguida se arregló el pantalón. Alguien estaba entrando, Leandro buscó con la mirada su arma que siempre lo acompañaba, y se dio cuenta que la había

guardado para no poner nerviosa a Sasha, no le pareció buena idea que la viera.

—¿Quién es? —susurró asustada, mientras él la cubría con su cuerpo. Al segundo apareció una mujer, que Leandro reconoció enseguida y provocó su ira e indignación.

Vanesa había sido tiempo atrás su amante y una noche donde los dos se encontraban completamente ebrios, ella se había llevado la llave de su departamento y aunque él se cansó de pedírsela, jamás la había devuelto.

—¡Dame las llaves y fuera de mi casa! —le gritó furioso.

—¿Con quién estas? ¿Por eso no me llamabas? —preguntó ella mimosa y vio a Sasha asomar la cabeza, detrás del gran cuerpo de él.

—¡Que me des las putas llaves o te saco a la fuerza! —chilló de nuevo.

—¡Me voy! Déjame pasar —le pidió Sasha descompuesta de los nervios, no sabía qué pensar y se maldijo mil veces, por encontrarse en ese lugar.

—No, no te irás, es ella quien debe irse. No tengo nada con ella, desde hace meses. ¡Por favor, cree en mí! —le suplicó mirándola a los ojos, pero Vanesa no iba a dejar que se escapara.

—Mientes, hace unos días estuve acá e hicimos el amor como siempre —aseguró.

En un descuido de él, Sasha tomó su cartera y corrió a la puerta de entrada, la abrió y en segundos subió al ascensor. Dentro, dio rienda suelta a su llanto y dolor, sin poder creer como él la había engañado. Leandro sacó a empujones a Vanesa del departamento, arrancándole de la mano las llaves y cerrando la puerta de un golpe, corrió bajando las escaleras llamando a los gritos a su desobediente, quien se encontraba bajo un ataque de nervios. Cuando la puerta del ascensor se abrió él la esperaba parado, quiso tomarle la mano y decir su verdad, pero ya era tarde Sasha comprendió que amarle era un error y empujándolo, salió del edificio llorando a moco tendido.

—¡Sasha! ¡Cree en mí! ¡Sasha, no te vayas! —gritó roto de dolor.

Leandro quería matar a Vanesa que sin permiso alguno arruinó su vida, había soñado una segunda oportunidad para formar una familia y poder ser feliz y ella en un segundo, había aniquilado todo. Volvía a estar solo, abatido,

triste y con ganas de morir.

Vanesa iba bajando la escalera sonriente y triunfante por el daño hecho, Leandro al verla achinó sus ojos plantándose frente a ella, de solo una mirada y apuntándola con su dedo índice la hizo retroceder, el administrador de edificio un hombre grande y con bigotes no salía de su asombro, había presenciado la escena anterior y no sabía si retirarse o quedarse, tragó saliva presintiendo lo que se venía.

—¡No quiero verte nunca más en mi vida! Si te veo a cien metros de mi persona, te juro que no respondo de mí. ¿Entendiste? —le gritó en la cara.

—¡Perdóname solo lo hice de rabia, de celos! —adujo ella tratando de disculparse.

—Vos no sabes lo que hiciste —siguió diciendo él muy enojado— me arruinaste la vida. ¡Sabes por todo lo que pase! —soltó y el administrador que lo conocía bien, intervino.

—Señorita, quiero que se vaya del edificio o llamaré a la policía y por favor, no regrese más —manifestó serio. Vanesa agacho la cabeza alejándose rápidamente del lugar y apenas salir, esbozó una sonrisa triunfante.

Leandro se encontraba muy enojado, tocó el botón llamando al ascensor y con un movimiento de cabeza agradeció al hombre que lo miraba con tristeza.

Con el rostro empapado en lágrimas y con una ira que la consumía por dentro, Sasha caminó velozmente hacia su auto, donde Ángeles con los pensamientos en una nube por culpa de Rodrigo la esperaba apoyada en un árbol. Levantó la vista de su celular y vio a su amiga con el rostro contrariado, sabía que algo andaba mal, muy mal.

—Subí vámonos, rápido —gritó Sasha y obedeció de inmediato, sin decir nada.

—¡Qué cara! ¿Qué pasó amiga? Por Dios, ¿estás bien? —preguntó mirándola, Sasha no respondía solo dejaba que las lágrimas se esparcieran por su rostro, sus dedos apresurados las quitaban, pero volvían a nacer desde la profundidad de su alma. Se encontraba lastimada y muy enojada, apretaba el acelerador pasando los semáforos en rojo, hasta que tuvo que gritarle—. ¡Basta! Para..., paraaaaaa, ¡nos vamos a matar!

Sasha estacionó en una calle casi desierta y tapándose la cara con sus dos

manos se largó a llorar, Ángeles la miraba sin saber qué hacer, hasta que se calmó y comenzó a contar lo sucedido en ese departamento. Ángeles escuchaba atenta sin poder creer lo que escuchaba.

—Es un hijo de puta. ¿Cómo pudo hacer algo así? Si sabía que ella tenía llaves, no lo entiendo —le dijo, quedándose pensativa—. Escucha amiga, ¿y si es verdad lo que él dijo? Pienso que sabiendo lo de las llaves el jamás te habría citado ahí, esa debe ser una zorra, nena piénsalo.

Pero Sasha se encontraba muy indignada, no entraba en razones, ya no debía ni quería saber nada más de él. Llegaron antes de la hora de entrada al Colegio Militar. Se cambiaron y le prohibió a Ángeles seguir hablando del tema, luego de llamar a su familia apagó su celular y se dedicó a leer un libro, esa noche ni cenó, solo se durmió cansada de llorar y maldecir el día que había conocido al hombre que luego de enamorarla, destrozó su corazón.

Leandro no lo estaba pasando mejor que ella, solo en su departamento, luego de una ducha fría se sentó en el living tomando un porrón de cerveza y sin quererlo su rostro expresaba su mal humor, el delgado y fibroso cuerpo de su pequeña desobediente, hicieron aparición ante él, y maldijo recordando el mal momento pasado y lo que Vanesa afirmó y su desobediente creyó. Meditó sobre olvidarla y seguir con su patética vida. Debía irse lejos, a un país lejano y mientras estos pensamientos le invadían, se le nubló la vista y una lágrima comenzó a surcar su rostro.

Rodrigo sin decir nada, averiguó sobre el departamento donde su hermana había entrado y lo que descubrió no le gustó nada. No sabía si contárselo a su padre y decidió que hablaría con su abuelo, él sabría qué hacer.

—Rodrigo, ¿ocurre algo? Sube hijo —respondió por el portero. Inmediatamente la gran puerta se abrió, subió al ascensor nervioso, sin saber muy bien qué le decirle a su abuelo. Cuando llegó, su abuelo le esperaba en la puerta y se fundieron en un abrazo.

—Siéntate ven, estaba por comer algo, acompáñame —le pidió señalándole unos taburetes en la cocina y los dos se sentaron.

El abuelo, sacó algunos temas del trabajo y así poco a poco lo hizo relajar y alejar el nerviosismo que traía. Comieron, rieron y el abuelo disfrutaba de su visita, mientras él hablaba, lo miraba detenidamente y comprobaba cuanto se parecía a su hijo.

—Ahora hijo, dime qué te trae por aquí, ¿alguna mujer que te roba el sueño? —preguntó sonriendo.

—Abuelo, quiero contarte que hace unos días seguí a mi hermana —comenzó Rodrigo y Patricio, reclinó su gran espala sobre el taburete, observándolo sin entender.

—¿Por qué hiciste eso? —inquirió.

Su nieto le contó todo lo que había ocurrido y que luego averiguó a quién pertenecía el departamento. Patricio se quedó mudo, solo atinó a beber un poco de vino pensativo.

—No puedo creerlo. ¿Seguro que es el dueño? ¿Quizás lo ha alquilado? —preguntó.

—No abuelo, él vive ahí, me lo confirmaron —afirmó Rodrigo.

Entonces en silencio, el abuelo comenzó a atar datos y tomó en seguida su teléfono e hizo una llamada, Rodrigo lo miraba angustiado, pero enseguida Patricio tapando con una mano el celular, lo tranquilizó.

Esa llamada le confirmaba lo que su nieto contaba, él vivía ahí. Se levantó dando una vuelta por la cocina tratando de acomodar sus pensamientos, sabía que él era un buen hombre, aunque su pasado de inestabilidad por lo sucedido en su vida no le agradaba. Sentía pena por él.

—Cuando tu padre se entere, va a arder Troya. Debes hablarlo con él, no podemos dejar pasar esto, es un buen hombre, pero... ¿Qué opinas? —preguntó Patricio a Rodrigo.

—Sé que papá se lleva años con mamá y a pesar de todo son felices, lo que pasa es que mi hermana es muy inocente, muy niña aún y no me gustaría, que él abusara —respondió.

Patricio se puso nervioso y muy tenso, decidió no esperar ni un minuto más debían contarle a Marcus lo que había descubierto su nieto. Se lo comunicó a Rodrigo y juntos salieron del departamento en dirección a la casa familiar. Cuando llegaron, Carla acababa de bañar a Benjamín, y lo había llevado a su dormitorio para dormir, mientras Marcus, estaba en el despacho. Al sentir el timbre se sorprendió por las horas, y después de cerciorarse de quién venía, calculó que algo pasaba.

—¿Pasa algo? —preguntó nada más abrir la puerta.

—Tenemos que hablar con vos hijo, vamos al jardín —pidió Patricio y los tres se dirigieron allí, se sentaron y Rodrigo contó lo que había descubierto.

Marcus no alcanzaba a entender qué pasaba, él mismo le había pedido que hablara con su hija y este se había negado, ¿le estaba mintiendo? ¿Solo quería acostarse con ella? No podía creer eso de él, pero apuntaba que así era. Cada instante que pasaba, su rostro se contraía y su cuerpo iba levantando presión.

—Creo que me mintió, sino por qué lo visitó en su casa —comentó. Y esa pregunta se la hacía a sí mismo una y otra vez. De repente, se levantó dirigiéndose a la salida, su padre y su hijo hicieron lo mismo y sin mediar palabra, se subieron a su camioneta que salió arando las ruedas—. Dime la dirección de ese hijo de puta, ¡lo voy a matar! —exclamó.

—Papá por favor, no sabemos qué paso, quizás solo hablaron —trató de calmarlo Rodrigo, mientras se pasaba la mano por el pelo nervioso, reprochándose para qué mierda tuvo que contar lo que sabía.

—No seas niño hijo, él abusó de ella —rebatía Marcus.

—Escucha hijo, para y hablemos —le pidió Patricio.

—¡La dirección! —gritó con todo el aire de sus pulmones y el hijo se la dio.

Apenas doblar la esquina, observaron que Leandro guardaba unos bolsos en el baúl de su vehículo, Marcus se mordió el labio inferior y estacionó tras él, de un salto bajó de su camioneta seguido de su padre y su hijo, sin mediar palabra alguna lo tomó del hombro dándole vuelta y mirándolo directamente a los ojos.

—Si abusaste de ella, juro por Dios que te mato acá mismo —le dijo y Leandro lo miró sin entender nada.

—¿De qué me hablas? Estás completamente loco, yo jamás haría algo semejante. ¡Jamás! —exclamó.

—No te hagas el idiota, mi hija estuvo en tu departamento, ¿qué mierda hicieron? —preguntó Marcus que se encontraba fuera de sus cabales. Patricio lo trataba de calmar, pero él solo pensaba arrancarle la cabeza a su amigo.

—¡No paso nada! ¿Vos me crees capaz de hacer algo así? Si lo crees no, me conoces. Te dije que la amo. ¡La amo! —gritó en su cara—. Y por eso me voy lejos, muy lejos —soltó tirando otro bolso en el baúl.

—El otro día, me dijiste lo mismo y mírate, citándola en tu departamento como si mi hija fuera una cualquiera —soltó Marcus, y sin poder contenerse le pegó un puñetazo. Leandro cayó sobre el baúl, pero no quiso defenderse, se paró frente a él poniendo el rostro para que lo golpeará nuevamente, el padre e hijo no entendían nada, ¿por qué no se defendía?

—¡Basta, Marcus, basta! —dijo Patricio, y entre él y Rodrigo, lograron retirarlo para atrás.

—¡No quiero verte nunca más! ¡No vuelvas a acercarte a mi hija, porque, aunque vaya preso te mato! —chilló Marcus, mientras Leandro se subía a su vehículo mirándolo con tristeza. No solo perdía al amor de su vida, también perdía a su mejor amigo.

Se alejó del lugar aferrado con saña e ira el volante. Manejó pensando, por qué el destino le prohibía ser feliz otra vez, por qué nunca pudo vengar las muertes de su familia, a la que tanto amaba. Siguió así durante una hora, con el alma hecha pedazos, sin poder sacar de su mente la imagen de esa mujercita que tanto amaba. Sabía que su recuerdo lo perseguiría hasta el fin del mundo, ya nada en su vida tenía sentido, le arrancaron lo único que le importaba y sabía que moriría solo en algún lugar perdido. Y no le importaba, total nadie lo lloraría porque ya no tenía nada que perder.

Cuando se enamoró de esa desobediente, apostó nuevamente al amor y por un tiempo, pensó que era lo más lindo que le había pasado. Cuando sintió temblar su pequeño cuerpo entre sus brazos, su triste vida se iluminó de una esperanza que creía perdida, pero nuevamente el destino y la vida se empeñaban en separarlo de esa criatura, que, con solo su presencia y su sonrisa, había puesto luz y sentido a su patética vida.

Marcus luego de dejar a su padre y su hijo en sus respectivos departamentos, llegó a su casa y se encerró en el baño envuelto en un ataque de angustia que lo desbastaba por dentro, no entendía como su hija se había enamorado de su amigo, no le entraba en la cabeza. Carla que lo vio entrar con el rostro desencajado y casi temblando acudió al baño, pero él cerró la puerta impidiéndole entrar.

—Marcus amor, déjame entrar por favor. ¿Qué paso? ¿Mi hija está bien?
—preguntaba desesperada Carla golpeando la puerta.

—Déjame solo —grito más que enojado triste, seguía sentado apoyando su espalda en la bañera y tomándose la cabeza. Él también sentía la pérdida de ese amigo, pero estaba seguro que había querido aprovecharse de su hija, traicionando así su amistad de años.

—Si no abres la puerta, la tiraré abajo. ¿Escuchaste? —exclamó su mujer, robándole una pequeña sonrisa. La sabía débil y frágil, aunque quería aparentar siempre lo contrario.

De repente unos golpes fuertes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos negativos y abrió grandes sus ojos, Carla seguía golpeando con todas sus fuerzas la puerta con algo contundente, y escuchó los gritos de su pequeño hijo que lloraba a mares y se paró, temiendo que su mujer se lastimara, la familia para él era su prioridad.

—Para Carla, voy a abrir —dijo levantando la voz, pero su mujer no lo escuchaba estaba poseída, seguía golpeando la puerta hasta que la cerradura cedió y se abrió de golpe.

Marcus no podía creer lo que veía, su mujer toda transpirada con un gran rodillo de amasar en la mano, lo miraba furiosa. Se fue acercando a ella despacio y cuando le sacó el rodillo de las manos, la abrazó calmando su furia, le acarició la espalda y besó su cabeza.

—Ya está mi vida, está todo bien —afirmó tomando su cara entre sus manos y besándola—. Sí mi vida Sasha está bien, ven siéntate que iré a ver al nene —le dijo y fue a ver a su hijo que venía hacia ellos asustado por los golpes. Lo alzó sentándolo en la falda de su madre, el nene mimoso se abrazó a ella y en segundos se durmió.

Entonces Marcus, tomó aire y le explicó a Carla lo que le pasaba. Ella le escuchó atenta, sacando sus propias conclusiones, luego Marcus acostó a su hijo y volvió a sentarse al lado de su mujer, con dos tazas de café que trajo de la cocina. Los dos bebieron sin hablar, hasta que su mujer lo miró y supo que iba a emitir su opinión.

—Ellos se aman —dijo simplemente y Marcus la miró sorprendido.

—¡No! Ella lo ama, él es un vivo —afirmó tajante.

—No Marcus, él es un buen hombre nunca me equivoco y lo sabes — rebatió observándolo.

—Y ahora ¿cómo seguimos? ¿Qué haremos? —preguntó mirando a su mujer.

—Nada, no haremos nada, esperaremos si ella quiere contarnos algo, no preguntaremos, solo estaremos a su lado como siempre, apoyándola eso haremos. ¿Sabes adónde fue Leandro? —inquirió Carla.

—No lo sé, ojalá muy lejos, no quiero volver a verlo en mi vida, me defraudó. Abusó de su autoridad para enamorarla —contestó Marcus.

—Tu hija lo ama. No cuenta que te sientas defraudado. ¿Sabes lo que pasó? Son dos personas que se enamoraron, ¿qué mal hicieron? Leandro es bueno, lo sabes, es tu amigo —respondió segura Carla.

—El abusó de mi hija, y no se lo perdonaré en la vida. Creo que, si vuelvo a verlo, lo mataré —exclamó Marcus parándose frente a su mujer lleno de ira.

—Vos no eres así. Vamos, no guardes odio en tu corazón, dejemos que pase el tiempo, te lo pido yo amor, no quiero verte mal —le pidió Carla abrazándolo para tranquilizarlo.

Sasha por su parte, aunque Ángeles trataba de consolarla seguía furiosa con Leandro, no quería ni sentir su nombre, repetía una y otra vez que ya lo había olvidado, aunque la verdad, ese hombre la había marcado de por vida, su recuerdo la acompañaba hasta en los sueños y su corazón y su cuerpo lo pedían a gritos. Trabajaba más duro que cualquiera, Máximo observaba como día a día superaba sus propios límites. La carrera de obstáculos era agotadora, trepar por sogas a una altura de más de tres metros no era para cualquiera, muchos se quedaban en el camino y cuando algunos de sus amigos no podía, ella volvía sobre sus pasos ayudándolos, lo que ponía de muy mal humor al instructor, que la observaba moviendo su cabeza en señal de reprobación. Cualquier ejercicio, lo superaba por difícil que fuera estaba preparada, por lo que esperaba con ansiedad la instrucción militar propia, aquella en la que debían disparar al blanco en dos series de tres disparos cada uno y acertar tres blancos, en un rectángulo de treinta centímetros. El ejercicio era rigurosamente controlado por el instructor. Sasha acertó los tres disparos ante la sonrisa del teniente Máximo y la incredulidad de sus compañeros.

Así fue pasando el tiempo, el viernes a la noche llegaba a su casa, salía

con sus amigos a bailar o cenar afuera y aunque ella no lo supiera, su hermano Rodrigo se fue enamorando lentamente de Ángeles. Sus padres la veían más animada y eso les gustaba, necesitaban que fuera feliz para poder serlo ellos también.

5

De Leandro no se supo nada más, había desaparecido de la faz de la tierra y aunque a Marcus le dolía haber perdido un amigo, creyó que eso era lo mejor para su hija, pero Carla en silencio sabía que no lo era y que Sasha aún lo seguía amando con la misma intensidad. Una mañana, por negocios Alf se acercó al Colegio Militar para hablar con Máximo en un descanso de su trabajo.

—¿Cómo está mi amigo Marcus? —preguntó Máximo, luego de darle a Alf un gran apretón.

—Bien, me envía para hablar contigo. Como sabemos que terminas tu trabajo en este lugar, quería saber si te interesa hacer un viaje a Colombia, hay que llevar un gran cargamento y le gustaría que vos dirigieras la entrega —le explicó Alf.

—Claro que me interesa, ¿para cuando sería? —averiguó.

—En cuanto termines aquí —respondió Alf.

—Hecho, dile que cuente conmigo —afirmó Máximo.

—Bueno, ahora cuéntame un poco sobre nuestra consentida —demandó Alf.

—Se recibirá con honores, ella aún no lo sabe —susurró Máximo inclinándose hacia adelante.

—Lo supuse, es una gran soldado y lo lleva en la sangre, los que la conocemos desde chica, no podemos creer en lo que se convirtió. Con los muchachos recordamos, que apenas con seis años se tiraba a la piletta con nosotros —Alf se pasó la mano por la pequeña barba, recordando—. Nuestra pequeña Sasha ya se ha convertido en una bella mujercita —dijo en un tono muy bajo con melancolía, sabiendo lo que había sufrido con la partida de su primer amor. Máximo captó sus dichos y apoyando los codos en la mesa, habló despacio.

—Aunque no lo digas, sé que ella se enamoró de Leandro y como él estaba loco de amor por ella, se fue —Alf lo observó serio—. Sí, no me mires así, él se confesó conmigo antes de irse —afirmó sorbiendo un trago de su vaso—. *“Me voy porque no quiero arruinarle la vida, me voy lejos para morir solo en algún lugar alejado de la mano de Dios”*, así me dijo. Jamás lo vi tan enamorado —exclamó mientras levantaba sus manos para agarrarse la nuca.

—¿Vos sabes dónde mierda fue? Lo estuve rastreando, pero no doy con él, vos sabes que una vez casi lo perdemos —Máximo tragó saliva y bajó su cabeza recordando los momentos difíciles—. Tengo miedo de que esta vez lo logre y se hunda en un abismo que terminará con su vida.

—Sí lo sé, pero me hizo prometer que no lo diría —afirmó Máximo.

—¿Quieres que muera solo en un lugar alejado de todo? —inquirió Alf, Máximo no sabía qué hacer. Él también quería a ese loco, pero no podía traicionarlo.

—Perdón, pero no te diré dónde está. No puedo —aseguró.

—Está bien, ojalá no te equivoques y cuando aparezca muerto, tirado en una zanja no te arrepientas —sentenció Alf parándose y dándole un abrazo.

Alf todos los días en su casa, seguía rastreando el paradero de Leandro sin poder encontrarlo hasta que un día se topó en la calle al negro Álvarez, un soldado grande y fuerte como Máximo que había trabajado con Marcus.

—Hey amigo ¿cómo estas? —Escuchó la voz de un hombre a su espalda,

Alf se dio vuelta y al reconocerlo se perdieron en un abrazo, luego caminaron conversando y sin pensarlo, entraron en una cantina donde se sentaron y con un trago de por medio, recordaron misiones anteriores entre sonrisas, y de pronto Álvarez nombró a Leandro.

—¿Sabes quién sigue trabajando? Leandro. Pensé que se había retirado, pero no, sigue de servicio. Yo puse un negocio y vivo tranquilo con mi familia —comentó y siguió hablando, pero Alf ya no lo escuchaba, no podía creerlo.

—Me parece lógico que te dediques a la familia —respondió pensativo— ¿Me puedes decir justo en qué lugar está trabajando Leandro? Debo hacer un viaje y me gustaría verlo —acotó mintiendo.

—Debo decirte que lo vi mal, ojeroso, demasiado delgado y con el semblante contraído... ¿Recuerdas cuando pasó lo de su familia? Bueno del mismo modo, me contaron otros que se arriesga a todo, creo que quiere morir. Me dio mucha lástima. —Alf que recordaba todo lo vivido, quería tomar un avión y partir a buscarlo, pero no podía, el gran trabajo que tenía con Marcus se lo impedía. Le agradeció en silencio al amigo por la información y luego de dos horas se despidieron.

Sasha se encontraba muy nerviosa, pronto terminaría sus estudios y no sabía cómo decirle a su familia lo que iba hacer, sabía muy bien que todos se enojarían, pero ella ya lo había decidido y aunque el mundo estuviera en contra lo haría igual. Esa noche de sábado tirada en su cama, recordaba con el corazón roto a su teniente. Mientras él se arriesgaba todos los días para poder morir, mujeres no le faltaban, pero al terminar le dejaban un sabor amargo en la boca, y se sentía más solo que nunca. El eco de la sonrisa de Sasha, endulzaba sus oídos como si fuera una melodía perfecta. Cada mañana se levantaba, esperando que fuera la última.

Alf llegó a su casa destruido por la noticia, no pudo ni cenar y le costó horrores conciliar el sueño. Claudia al darse cuenta, insistió en que le contará lo que le sucedía, pero él solo dijo estar cansado. Al otro día entró en la oficina de Marcus y luego de saludar, se sirvió una taza de café sentándose.

—Dime qué sucede, algo te pasa, ¿peleas con tu mujer? —trató de averiguar Marcus.

—Sé dónde está Leandro —respondió con temor. Marcus levantó la mirada de unos papeles y lo interrogó, pero al segundo se arrepintió y siguió

con su trabajo—. ¿No te interesa saber cómo está? —inquirió cauto Alf.

—No me interesa una mierda dónde está. ¿Viniste a trabajar o a boludear? —respondió airado.

Alf lo sabía enojado, sin decir nada se cambió y se dirigió al centro de entrenamiento, Marcus cuando se fue cerrando la puerta de mal modo, se sentó en su sillón y comenzó a putear, claro que quería saber cómo estaba, pero aún sentía ira por su conducta inapropiada con Sasha. Patricio entró sin llamar, con una espléndida sonrisa en los labios que se borró al observar la cara de su hijo.

—¿Pasó algo? —se animó a preguntar, Marcus lo miró con esa mirada que daba miedo.

—Alf sabe dónde está Leandro —respondió finalmente.

—Y ¿cómo está? ¿Adónde fue? —inquirió Patricio.

—¡No me importa, no quiero saber nada! Si fue a morir pues que lo haga, yo no levantaré un solo dedo para salvarlo. ¡No se lo merece! —exclamó y a su padre le hirvió la sangre escucharlo hablar de esa manera.

—Pues a mí, sí me interesa y a vos debería —afirmó, señalándolo con el dedo— ¿Sabes por qué? Porque te salvo la vida más de una vez —gritó—. Porque cuando pasó lo de tu hijo, él fue uno de esos amigos que se ofreció sin pedir nada a cambio, sabes muy bien que amigos así son familia. Vos lo ayudaste cuando pasó lo de su familia, pero a los amigos se los ayuda siempre y no se les echa en cara nada. ¿Me escuchaste? Si no aprendiste eso, te educé mal —terminó con su alegato Patricio que se encontraba bastante airado.

—Papá no te pongas así, solo estoy lastimado por lo de Sasha —afirmó.

—Vos no sabes qué mierda pasó, no me vengas con eso. Yo iré a verlo, te guste o no —aseguró y se marchó dando un portazo en busca de Alf para saber.

Después de caminar como un león enjaulado decidió llamar a Alf, la voz de su conciencia y las palabras de su padre retumbaban en su cerebro, sin dejarlo pensar con claridad. Su amigo entró acompañado de Rodrigo, que también se había enterado de todo. Supieron que estaba teniendo una lucha interna con solo verle la cara.

—¿Puedo hablar? —preguntó Rodrigo levantando la mano, haciendo

sonreír a Alf, Marcus le clavó la mirada y respondió con un ademán de su cabeza—. ¿Quién te dijo que la deshonró? ¿Ella o solo estás especulando? —dijo y Marcus quiso matarlo.

—¿Vos me estás desafiando? —dijo saliendo de atrás de su escritorio y parándose frente a Rodrigo que tenía el mismo carácter. Este se paró derecho sin dejarse adrementar y Marcus no pudo por menos que abrazarlo. Al separarse, miró a Alf y a Rodrigo serio—. Ustedes dos que defienden tanto a ese hijo de puta, irán a por él y lo traerán frente a mí para que lo mate a trompadas —soltó y ambos lo miraron serios, Marcus largó una larga y sonora carcajada—. Vamos es una broma, mañana averigüen bien su destino y planearemos qué hacer.

Llegó el día de la graduación de los cadetes del Colegio Militar, por supuesto todos tenían los nervios a flor de piel. Sasha no salía de la piscina, nadaba y nadaba como queriendo ahogar sus pensamientos, el padre la miraba comprendiendo su tristeza, lo tenía todo, pero en sus ojos veía que no era feliz.

—Vamos hija, sal del agua o llegaremos tarde —protestó Marcus mirándola con todo el amor del mundo, ella fue nadando hacia la escalera. Cuando salió, él la tapó con el tallón aprovechando para secarle el rostro y buscando en esos ojos una explicación, ella lo miró y se abrazó a su cintura y Marcus comprendió que no se equivocaba, su hija estaba triste. acarició su cabeza y besó su frente—. Hoy será un gran día, será tu gran día —le susurró sin dejar de abrazarla.

El momento esperado llegó, aunque Sasha no lo disfrutaba como imaginó, estuvo cuatro años estudiando, sobresalió sobre todos. Su dedicación y esmero no pasaron desapercibidos por sus instructores, siempre daba más de lo que podía, ayudaba a sus amigos y en los últimos años ya no desobedecía, canalizando su tristeza en su trabajo poniéndole toda la pasión e ira, que la ausencia de Leandro le provocaba. Sus valores y actitud de supervivencia eran notables, excelente tiradora y nadadora, y en los ejercicios cuerpo a cuerpo, luchaba contra quien le ponían adelante. Era un ejemplo de estudiante. Sus padres sentían un gran orgullo, al igual que su hermano que siempre se encontraba dispuesto a contenerla y ayudarla en todo.

—Debes sentirte contenta, cumpliste tu sueño, yo estoy feliz —le dijo Ángeles a su lado, formando fila frente a tenientes, coroneles y generales que estaban parados sobre un escenario.

—Estoy feliz —susurró ella mirando al frente. Su amiga giró la cabeza y la codeó.

—Avísale a tu cara —le espetó y las dos sonrieron.

Sasha sentía que nada valía la pena, ni haber conseguido sus objetivos, ni cumplir su sueño, si no lo tenía a él a su lado. Lo necesitaba, lo extrañaba y a la vez lo maldecía, por haberla dejado. Su vida sin él no tenía sentido, en un momento dado quiso correr muy fuerte y alejarse de todo y de todos, encontrarlo y sentirse viva entre sus brazos, sentirse amada y protegida por el único hombre que amó. Lo que ella no sabía era que desde una altura considerable su amor, la observaba con binoculares. No le importó haber cruzado los siete mares solo para verla en su graduación, para sentirse cerca de ella tan solo unos minutos. Sus ojos ardían debido a la fuerza que hacía para contraer las lágrimas que se empeñaban por salir, su cansado y roto corazón latía desbocado queriendo salir de su pecho, sus manos sudaban y su boca se secaba. Todos sus sentidos se pusieron en alerta cuando ella lentamente subía a recibir su diploma, con todos los honores.

“Mi querida desobediente, siempre supe que lo lograrías, siempre supe que eras la mejor cadete. Mi vida si vos supieras lo que este loco te ama, lo que te extraño, mis ganas de besarte, abrazarte y amarte... Pero vos te mereces algo mejor que yo, deseo que encuentres el amor de tu vida y logres ser inmensamente feliz. Yo solo soy un hombre cansado y triste con un pasado que jamás podre olvidar. Adiós mi pequeña desobediente” pensó con tristeza Leandro desde las alturas.

Sasha recibió de mano de su abuelo el diploma que con tanto esfuerzo se había ganado, pero su mente se encontraba muy lejos de allí. En ese preciso momento, el destino y el universo comenzaron a confabularse a su favor, sus almas hoy tristes ya estaban predestinadas.

Cuando Sasha volvió a la fila, tragó saliva nerviosa y sus ojos escanearon todo el lugar con la esperanza de verlo, pero no lo consiguió. Leandro apenas terminó la graduación, tomó su bolso y se escabulló alejándose en silencio como había llegado, sus ojos llevaban en su retina la figura de la mujer que lo

tenía a sus pies sin ella saberlo. Llegó a su camioneta y con sus sentimientos colgando de un hilo, se alejó del lugar pensando que no la volvería a ver. Con eso en la mente, llegó al fin del mundo como él lo llamaba. Había ido a Mosul, una ciudad al norte de Irak, destruida por la guerra. Lo habían contratado junto con más soldados, para tratar de mantener a raya a los pequeños grupos terroristas. Estaba en ruinas y era lo único que hacía juego con su estado de melancolía.

Caminaba junto a un soldado colombiano, con el que hacía cinco meses que estaba compartiendo guardias. Nunca hablaban, pero ese día fue diferente.

—¿Cuánto hace que estás acá? —preguntó el colombiano, que también llevaba una tristeza anudada en su alma.

—Algunos meses —afirmó observando una iglesia totalmente en ruinas.

—Las iglesias como las mezquitas, eran los lugares preferidos del Estado Islámico para esconderse pues sabían perfectamente que las fuerzas aliadas no bombardearían esos sitios —comentó el colombiano, mientras Leandro se agachaba sobre el piso lleno de escombros a tomar un mortero. Luego de tirarlo a un lado, observó una espada con la que decapitaban a sus enemigos y sintió una pena inmensa por ese pueblo vilmente masacrado—. Me iré a otro país, cuando acabemos. ¿Qué harás tú? —le preguntó el colombiano mirándolo.

—No sé, no tengo donde ir. Mi contrato también termina —respondió con tristeza.

Marcus y su mujer estaban encantados de tener a su hija en su casa, los dos descuidaban sus trabajos para compartir momentos con la familia. El pequeño Benjamín crecía a pasos agigantados y verlos en la pileta reír y jugar, les llenaba el corazón de alegría. Las noches de calor la pasaban en el jardín en compañía de Alf, Claudia, la hija de ambos, Patricio y Luigi, que por desgracia su salud día a día, se iba deteriorando.

Sasha hacía cinco meses que planeaba lo que quería hacer, aunque sus padres no estaban al tanto, solo su hermano Rodrigo y le había hecho jurar no abrir su boca.

—Dime hija, ¿qué piensas hacer ahora que has terminado tus estudios? —preguntó Marcus una noche cuando terminaban de cenar, y todos se quedaron mirándola esperando su respuesta.

—Aún no lo sé —mintió y Rodrigo desvió la mirada justo cuando su padre lo miró. Marcus supo que su hija ya tenía un plan y no le iba a gustar.

—¿Vendrás a trabajar con nosotros? —trató de averiguar, pero Carla no la dejó contestar y cambió de tema.

—Debe descansar Marcus, déjala. Voy por el postre —dijo levantándose. Sasha aprovechó para hacer lo mismo y así ayudar a su madre, evitando así más preguntas por parte de su padre.

Rodrigo le propuso ir a bailar, y ella aceptó encantada, avisó a su amiga Ángeles y mientras ella se dirigía a su cuarto para cambiarse, él se dirigió a hablar con su padre. Bobby su perro del Colegio Militar, la siguió hasta su habitación. Esa noche deseaba divertirse, se sentía enojada con la decisión que había tomado, sabiendo que haría sufrir a su familia, pero tenía la necesidad de huir, no se encontraba feliz en ningún lugar. Se duchó y cuando se encontraba cambiándose sonó su celular.

—¿Hola? ¿Quién es? —preguntó, pero nadie respondió, corto la comunicación pensando que podría ser él.

Sin quererlo y extrañando más que nunca a Leandro, deseó que fuera él quien la había llamado. El celular volvió a sonar y rápidamente atendió.

—¿Hola? —respondió en un segundo.

—Hola amiga, estoy en la puerta —dijo Ángeles, ella suspiró.

—Ahora voy, aviso a Rodrigo y salimos —contestó, pero no pudo aguantar la intriga—. ¿Vos llamaste hace unos minutos? —inquirió, temiendo la respuesta.

—Sí, pero no se escuchaba nada y corte —afirmó Ángeles, convirtiendo en humo sus esperanzas.

Apenas salieron de la casa, Rodrigo apoyó a Ángeles sobre la pared del jardín besándola con pasión.

—¿Me extrañaste? —averiguó mirándola a los ojos.

—Claro que sí, esta noche duermo en tu departamento —respondió ella mimosa. Sasha puso los ojos en blanco y les instó.

—¡Vamos! Que esta noche quiero divertirme —dijo subiendo al auto de su hermano que la sabía triste, y esas ganas de divertirse lo alegraron.

Cuando Marcus observo que sus hijos se fueron y su mujer y Claudia fueron a acostar a los pequeños, se reunió con Alf, Patricio y Luigi, sentándose en el parque junto a la pileta.

—Mira está nota que imprimí y dime si Leandro no se encuentra más loco que nunca —le pidió Alf a Marcus.

“La ciudad de Mosul, la segunda más grande de Irak se encuentra destruida casi en su totalidad. Sus cinco puentes y el aeropuerto se están en la misma condición.

Un soldado de fuerzas gubernamentales ha logrado detener a uno de los verdugos más conocidos del Estado Islámico, Abu Omer a quien se le adjudica la muerte por decapitación de varias personas”

6

Marcus tiró el papel sobre la mesa luego de leerlo en voz alta, comprobando que su amigo se había vuelto loco nuevamente y su aprecio por la vida era cero.

—Debemos ir a buscarlo, Marcus. ¿Me escuchas? —pidió Alf, observando que no respondía.

—Te escucho y sé que él quiere morir, esa es la razón de estar metido en toda esa mierda. Si de verdad ama a mi hija como dice, ¿por qué se fue? Que alguien me lo explique, porque no lo entiendo —exclamó y Patricio lo miró acusativamente—. No me dirás, que yo tengo la culpa de esta locura —le gritó — sabe muy bien donde se metió. Esto no es un juego de niños. ¡Es Irak! —dijo con frustración en la voz.

—Mira, no es mi deseo pelear o discutir contigo, pero quizá si vos no te hubieras puesto en contra de ellos, si no le hubieras pegado, él no se hubiera marchado —afirmó Patricio sin dejar de mirarlo. Luigi que de todo eso no estaba al tanto, se quedó helado y Alf se mordió el labio—. Vos siempre crees que tienes razón, y no es así. ¿Por qué no dejaste que ellos fueran felices?

Sabes que él es un buen hombre —terminó muy enojado.

Marcus tragó saliva sabiendo que su padre tenía razón. No podía negar que, con su actitud, corrió de su lado a su amigo, ¿Qué debía hacer ahora? Su conciencia, comenzó a trabajar vertiginosamente tratando de pensar cómo arreglar esa situación. La única era irlo a buscar.

—Creo que me equivoqué y debo remediar todo esto, antes que sea demasiado tarde —concluyó mirando a su padre, pidiendo con su mirada ayuda.

—Yo iré con Alf a buscarlo —aseguró Patricio apoyando una mano en su hombro, Marcus levantó la cabeza mientras apoyaba su mano sobre la de él—. Vos quédate a cuidar el negocio y la familia.

—Lo primero que haré mañana es comunicarme con la ciudad de Mosul en la cual tengo un contacto, quiero asegurarme de que se encuentre ahí —alegó Alf.

Marcus se quedó pensando en lo peligroso que sería enviar a su amigo y su padre a ese país, donde la guerrilla aún seguía operando y solo imaginar que les pasara algo por su culpa y no volvieran, lo puso nervioso.

Rodrigo y Ángeles hicieron lo imposible para que Sasha se encontrara feliz y pudiera sacar de su mente, al hombre del cual se había enamorado. Bailaron y charlaron con otros amigos que encontraron en el lugar pasando una noche divertida, ya de vuelta a su casa en el auto de su hermano, este trató de convencerla de no irse, algo que ella ya tenía decidido desde tiempo atrás y ya sabía, con quién se iría. Estacionó frente a la casa de sus padres y antes de que su hermana bajara, le habló.

—¿Por qué no consideras tu viaje? Sabes que nuestros padres se pondrán como locos —dijo observándola— y aún no me has dicho con quién mierda te irás a ese infierno. Dime quién es el otro loco, porque no creo que mi chica te acompañe, ¿no? —preguntó mirando a Ángeles, que se sintió incómoda.

—Después te digo —respondió— y claro que me iré. Mañana mismo hablaré con papá, sé que él entenderá y aceptará mi decisión —afirmó bajando del auto, dejando a la pareja a solas.

—¿Vamos cielo? —propuso con cariño Rodrigo, pero antes de que pusiera el auto en movimiento, ella lo miró sin poder guardar más el secreto.

—Sé que te vas a enojar, pero me iré con tu hermana —habló rápido, sabiendo que se enojaría.

—¿Me estás jodiendo? Vos no sos como ella, no te irías y me dejarías... ¿O sí? —inquirió Rodrigo con miedo a su respuesta.

—Sí, me voy. Te llamare por el celular, estaremos comunicados. No quiero que te enojés —le pidió observándolo, quiso acariciarle el rostro con los dedos, pero él de mal modo le retiró la mano.

Tarde fue pedirle eso porque la ira ya estaba instalada en él, la miró con bronca sin comprender por qué se iría a un lugar tan peligroso. ¿Qué haría él sí le pasara algo? Era la única mujer que amó, tenían planes, planes que ella los pospondría, por sus deseos locos de irse lejos. Se pasó las dos manos por el pelo, para dejarlas atrás de su cabeza pensativo.

—Creo que vos no me amas como yo a ti —sentenció.

—Por Dios, te amo. ¡Te amo y lo sabes Rodrigo! Mírame por favor, volveré en unos meses y nos iremos a vivir juntos como planeamos, pero entiéndeme será una gran experiencia para mí —respondió Ángeles nerviosa tratando de arrimarse a su cuerpo, pero él giró la cabeza y se inclinó para abrirle la puerta del auto.

—Tengo cosas que hacer, será mejor que te bajes y esta noche te quedes con la loca de mi hermana, vos y yo ya no tenemos nada más que hablar. ¡Bájate! —ordenó y ella que lo sabía enojado bajó tomando su campera y su cartera.

Rodrigo arrancó el auto sin mirar atrás, se marchó dejándola sola, parada y totalmente angustiada. Ángeles tomó su celular y llamó a su amiga, entre lágrimas le contó lo que había sucedido. Sasha sin hacer ruido, salió de su dormitorio y fue abrir la puerta de calle para que entrara, entonces Ángeles se largó a llorar desconsoladamente.

—Es un desgraciado, ¿cómo hizo eso? ahora lo llamo —dijo Sasha indignada, mientras Ángeles limpiándose la nariz, le hacía señas para que no lo hiciera—. Hola, ya que no quieres escuchar a nadie, solo te diré que eres un desgraciado. ¿Cómo la dejas sola en la puerta? Ella no tiene la culpa de nada,

es una buena amiga que me quiere acompañar. Mañana no quiero verte, ¿escuchaste? —gritó Sasha al contestador.

A la mañana siguiente, Marcus se levantó y se dirigió a la cocina a beber una taza de café, en el momento que se iba a sentar, entró Carla aún con cara de sueño, se arrimó y lo besó en los labios. Él rápido se levantó a servirle el café.

—¿Te vas temprano hoy? —preguntó observándola.

—Hoy me quedaré, el nene tiene tarea y trabajaré desde casa, ¿vos ya te vas? —inquirió ella, sirviéndole una tostada, mientras él miraba la hora en su reloj pulsera, sabiendo que debía preparar los detalles del viaje de Alf y su padre a Mosul.

—Tengo varias reuniones —mintió— hasta la tarde no llego, comemos fideos a la noche —cuestionó cambiando de tema. Al ver la cara de su mujer, supo que haría otra comida.

—Está bien, haré para vos y Sasha. Los demás comeremos pescado —dijo mimosa, él sonrió y se paró arreglándose el saco—. ¿Dónde te entra tanta comida? —rió Carla arrimándose y apoyando la cabeza en su pecho.

—Debo estar fuerte, pues esta noche gastaré todas las energías contigo —afirmó levantándole el mentón para besarla en los labios.

—Buenos días —saludó entonces Sasha entrando en la cocina sonriendo.

—Hola hija, ¿te sirvo café? —preguntó Carla mientras veía entrar en la cocina a Ángeles.

—No gracias, tomaremos mate —respondió ella y los padres observaron los ojos hinchados de la amiga, pero no quisieron preguntar el motivo.

—Bueno señoritas, este hermoso cuerpo se retira, ¿vas a pasar por la oficina hija? —inquirió Marcus.

—Sí papá, antes del mediodía voy para allá. Espérame —contestó Sasha y Marcus asintió, besó a todas en la mejilla saliendo apurado rumbo a su trabajo.

Cuando quedaron solas, Sasha vio el momento de comentar lo sucedido la noche anterior entre Ángeles y su hermano, pues sabía que su madre estaba a punto de preguntar.

—Mi hermano está saliendo con Ángeles —dijo haciendo que Carla y Ángeles abrieran grandes los ojos—. Bueno lo tenían que saber ¿no? —aseveró observando a Ángeles que se moría de vergüenza.

—Salíamos, porque anoche nos peleamos —puntualizó esta.

—Me gusta la pareja que hacen, ¿por qué se pelearon? —cuestionó Carla y las amigas se miraron sabiendo, que aún no debían contar el viaje que iban a hacer.

—Cosas de enamorados mamá, solo eso, verás como en unos días se arreglan —dijo tratando de ocultar la verdadera razón.

Sasha sabía que su madre lloraría, pero se le pasaría, temía más a lo que su padre le diría, aunque sabía que, por su carácter, no comprendería la ocurrencia de hacer ese viaje y menos a ese sitio, aun contra su voluntad ella ya estaba decidida y lo haría. Ángeles decidió quedarse en la casa esperando a que volviera.

—Después vengo mamá —dijo dándole un beso en la mejilla.

Al subir a su auto se le ocurrió contarle el viaje a su abuelo, él podría apaciguar los ánimos cuando su padre se enterara y así lo hizo, lo llamó mientras manejaba rumbo a la oficina.

—Hola abuelo, ¿dónde estás? —preguntó apenas él atendió.

—Hola querida, voy rumbo a la oficina, ¿pasó algo? —contestó Patricio.

—No, solo quería hablar contigo antes que entres, ¿viste la confitería que hay a dos cuadras, antes de llegar? Te espero ahí —replicó Sasha sin querer darle más detalles.

Los dos llegaron al mismo tiempo, estacionaron y al encontrarse se dieron un beso en la mejilla, su abuelo abrió la puerta haciéndola pasar.

—¿Qué tomas querida? —averiguó observándola nerviosa.

—Un café —pidió. Patricio, tomó sus manos a través de la mesa pensando que podía estar embarazada y le sonrió con ternura.

—Dime que es lo que pasó. ¿Por qué tanto secreto? —preguntó. Sasha se acomodó en el sillón sin apartar los ojos de los de él.

—Me voy por seis meses —soltó de golpe. Patricio se la quedó mirando

serio.

—¿Dónde te vas? ¿Tu padre lo sabe? —cuestionó preocupado.

—No, ahora voy a decírselo —contestó y tomó de nuevo la mano de su abuelo—. Mira abuelo, seguramente a vos tampoco te gustará, pero lo tengo decidido, me voy a Colombia —le explicó y Patricio se quedó perplejo.

—Hija a tu padre le agarrará un ataque. Lo conoces, si te pasará algo creo que moriría, piénsalo, por favor —pidió Patricio, mientras ella soltaba su mano y negaba con su cabeza.

—Iré abuelo, después volveré y trabajaré con ustedes o con mamá. Te lo conté para que cuando papá se entere, puedas contenerlo. Sé que se enojará —demandó Sasha.

—Está bien vamos, que hoy hay muchas cosas que hacer. Si ya lo tienes decidido, nada hay más que decir, solo que te cuides y cualquier cosa debes llamarnos de inmediato. Promételo —dijo Patricio.

—Sí abuelo, te prometo que te llamaré, porque seguramente él no querrá ni verme —rio con ganas y el abuelo al salir, la abrazó besándole la cabeza.

Al llegar a la oficina se encontraba Marcus, Alf y Rodrigo observando un mapa, que cubría gran parte del escritorio, Rodrigo al verla desvió la mirada.

—Buenos días, ¿qué hacen? —preguntó ella queriendo ver el mapa que Marcus dobló raudamente.

—Trabajando hija, ¿quieres ver cómo remodelamos todo? —inquirió solícito, pero Sasha que siempre iba de frente, prefirió soltar la noticia.

—Mira papá, vengo a decirte que debo viajar unos meses, seis para ser exactos —comenzó a explicarle. Marcus se sentó prestando atención—. Voy a trabajar —dijo Sasha.

—¿Dónde vas a trabajar? ¿No te unirás a nuestro equipo? —cuestionó desubicado.

—Mañana parto para Colombia, envié un currículum y me aceptaron. Por seis meses perteneceré a la Jungla —le soltó de golpe. Marcus tragó saliva, se levantó y caminó por el espacio serio, mirándolos a todos.

—¿Quiénes de ustedes sabían esto? —gritó.

—Yo papá —levantó la mano Rodrigo.

—Yo recién lo supe, pero bueno pensemos que esto le dará más experiencia —se atrevió a decir Patricio, tratando de apaciguar la situación.

—¡Muy bien, te felicito! Todos lo sabían menos yo —le dijo furioso a Sasha—. Claro que le dará más experiencia... ¡Si vuelve viva! Vos sabés muy bien lo que es eso ¿no papá? —le espetó a Patricio.

—Mira Sasha Santillán, sos mayor de edad ¿quieres irte? Hazlo, pero debes saber que, si te pasa algo, yo no iré a buscarte y matarás a tu madre de un disgusto, ¿eso quieres hacer? Ahora debo seguir trabajando —la retó mientras bajaba la vista y miraba unos papeles que descansaban sobre su escritorio.

Todos se quedaron mudos, él jamás había tratado así a su hija, era la luz de sus ojos, pero en ese momento si ella no salía de la oficina, era capaz de romper todo a su alrededor. Estaba muy enojado y herido con su proceder, pero no deseaba que ella lo viera así.

—Papá yo te amo, volveré y estaré siempre a tu lado. Solo serán unos meses —susurró ella tratando de abrazarlo, pero Marcus no podía. Sabía perfectamente que ir ahí, era peor que la triple frontera.

—Sí, yo también te quiero. Ahora ve a hacer lo que te gusta, déjame trabajar —dijo alejándose de ella que salió llorando ante las miradas de desaprobación de todos los presentes. —No me miren así. Déjenme solo, fuera todos —gritó.

—Nena, no vayas es muy peligroso, papá tiene razón, ¿qué mierda vas a hacer ahí? —preguntó Rodrigo. Sasha se dejó abrazar.

—Vos no seas malo con Ángeles, ella es una santa —le dijo entre lágrimas. Rodrigo sonrió muy a su pesar, pues, aunque estaba enojado con ella, entendía sus razones.

—Yo la amo, no quiero que vayan. Si te pasara algo, papá se moriría de pena —exclamó.

—No me va a pasar nada, nos vamos a cuidar —aseguró Sasha.

Cuando Sasha volvió a su casa, era un alma en pena y aún debía enfrentar a su madre. Bajó de su auto secándose las lágrimas, odiaba hacer sufrir a su

familia, pero ella debía irse. Carla la esperaba sentada en los sillones limpiándose con un pañuelo sus ojos, Ángeles ya le había contado. Sasha la miró preguntando con la mirada y Ángeles le explicó que habían llamado para adelantar la misión y partían en una hora, se sentó al lado de su madre y la abrazó, juntas empezaron a llorar.

—Por favor hija, cuídate mucho y vuelve pronto a nosotros, ¿qué haríamos si te pasará algo? —le dijo su madre.

—Nada va a pasar, mamá no llores. Papá se enojó y tiene razón, pero debo irme, ¿vos lo entiendes? —preguntó Sasha.

—Sí y no, solo te diré que irte lejos no te garantiza que lo olvides —afirmó— siempre te estaremos esperando —terminó diciendo, tratando de sacar fuerzas.

—Cuando llegue los llamaré, vos no te preocupes, todo va a estar bien —dijo y se levantó para preparar su bolsa.

Cuando terminó, besó con cariño a Benjamín y se abrazó a su madre, Ángeles hizo lo mismo. Una vez en el auto, le pidió que le dijera a Rodrigo, que fuera a buscar el auto al estacionamiento del aeroparque militar. Ya en marcha, Ángeles la miró de reojo, estaba muy concentrada manejando.

—¿Cómo sabes que estará en esa ciudad? —averiguó.

—Porque sigo las noticias, en Mosul ya no hay casi acción, se va a trasladar ahí es un presentimiento —contestó.

Apenas su hija se fue Carla lo llamo al marido enojada, echándole la bronca por haberse enfadado con Sasha, en lugar de protegerla de los posibles peligros. Ella no sabía dónde iría, tampoco preguntó, pues todos le parecían igual de peligrosos. Marcus trató de defenderse, diciéndole que ya era grande y había decidido. Entonces Carla le echó en cara que, desde chica, la metiera en ese mundo suyo, en lugar de aconsejarla que fuese con ella al taller. Lo hizo responsable de la decisión de Sasha. Marcus era capaz de llevar a cabo la más misión más peligrosa, eso para él era un juego de niños, pero cuando de su hija se trataba se sentía perdido, sin saber qué camino tomar. Quería detener a su hija, pero no sabía cómo.

—¿Me estás escuchando Marcus? —preguntó Carla envuelta en una ira que sacudía todos sus sentidos.

—Escúchame Carla, contrala tus nervios. Voy para allá y trataré de hablar con ella —le dijo.

—Ella ya salió a tomar el avión, se fue Marcus. Se fue, ¿entiendes? —respondió llorando a mares.

—Carla ¿dónde fue? ¿Cuándo? Pero si me dijo... —comenzó a decir, pero su mujer lo atajó.

—Llamaron por teléfono a Ángeles el viaje se adelantó, preparó su bolso y se fue al aeroparque militar hace más de media hora, dijo que le diga al hermano que vaya a buscar su auto, que lo dejaría en el estacionamiento —le explicó algo más serena.

—Salgo para allá, Carla yo amo a mi hija, pero no sé qué hacer con ella, juro que no sé. Siempre busca el peligro —exclamó desesperado.

—¿Y no te imaginas por qué lo hace? No solo le pegaste a Leandro, sino que le echaste. Escúchame bien, si a mi hija le pasa algo te haré responsable y juro por Dios, que no me verás nunca más —afirmó Carla con aplomo.

Marcus se quedó helado con las palabras de su mujer, jamás le había hablado de ese modo, se sentía destruido, perdido y herido, apenas entró Rodrigo en la oficina, tomó un llavero del cajón de su escritorio y le pidió que lo siguiera. Rodrigo caminó tras él sin hablar y observaba como la vena de su cuello se hinchaba de ira.

Marcus iba manejando como un loco y su hijo rezaba a su lado sin animarse a abrir la boca, cuando llegaron como lo conocían, lo miraron en la entrada dejándolo pasar. Estacionó rápido y se bajó con su hijo, rumbo donde veía un avión militar pronto a salir. Apresuraron sus pasos, pero cuando estaban a unos metros el avión comenzó a carretear por la pista para levantar lentamente el vuelo. Su hija se iba y su amargura y abatimiento se hicieron presentes. ¿Qué le diría a su mujer? Sabía que ella esperaba que la detuviera, puteo en todos los idiomas que conocía, sabiendo que Carla no lo perdonaría.

—Iré a buscarla no te preocupes papá —atinó a decir Rodrigo al verlo en semejante estado de nerviosismo.

—Yo soy el culpable, tu madre tiene razón. Hice todo mal, alejé al hombre que amaba de su lado y sin querer la alejé a ella de la familia —dijo mirando a su hijo, que lo abrazó con cariño. Volvieron hacia el auto, caminando uno al

lado del otro.

—Sube, ya veré qué hacer, por el momento tratare de encontrar a Leandro —comentó y Rodrigo, le señaló el auto de Sasha. Le dio las llaves y ambos vehículos partieron rumbo a la oficina.

—¿Me averiguaste lo que te pedí? —preguntó a Alf, nada más entrar. Este lo miro y supo que se encontraba mal.

—Se fue, ya no está en Mosul. Ayer partió y no me supieron decir dónde, se fue con otro soldado —respondió con tristeza. Marcus no podía creer en su mala suerte, todo le salía mal y quiso gritar, pero se contuvo, solo atinó a sentarse y quedarse perdido en sus propios pensamientos.

—¿Quieres que lo busquemos? —inquirió Alf, pendiente de sus movimientos.

—No, quiero que te encargues de averiguar quién está al mando de la operación Jungla en este momento —le pidió— Sasha ha viajado hoy ahí. Se va a meter en la boca del lobo y no se me ocurre qué más puedo hacer — terminó de explicarle a Alf, sintiéndose abatido y derrotado. Muy cansado.

7

—¿Por qué mierda hizo eso? Se volvió loca —preguntó Alf sin alcanzar a comprender la decisión de Sasha.

—Creo que sí y ahora debo enfrentar a mi mujer que me echa la culpa de todo, conociéndola sé que tendremos problemas. Muchos problemas —afirmó serio.

Después de tomar unas tazas de café, Marcus se retiró rápido al banco pues ya estaba pronta la hora de cierre y debía depositar dinero, apenas cerró la puerta de su oficina Alf hizo una llamada.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó Alf a su interlocutor—. Necesito información del avión que partió a Colombia —pidió a un amigo, que trabajaba en las oficinas del aeroparque militar.

Este arrugó la frente y sentado frente a su computadora tecleó en la misma, de nuevo frunció el ceño y repondió a Alf.

—¿Alf? El único avión que partió fue con destino a Bagdad, ninguno rumbo a Colombia —le explicó.

—Gracias te debo una —contestó y colgó. Puso sus manos tras su cabeza, comenzando a caminar por el espacio de su casa.

“Seguramente se enteró que Leandro está ahí, y lo fue a buscar” pensó. Así lo encontró Marcus susurrando como un loco.

—¿Qué te pasa? ¿Hablas solo? —preguntó al verlo, al volver del banco —. Me voy a mi casa no sé con qué me encontraré —dijo acomodando su maletín, Alf se había calmado y se encontraba parado frente al ventanal de la lujosa oficina, el amigo al ver que no respondía lo miro—. ¡Alf! ¿Pasó algo? —inquirió y este no sabía si contarle lo que había descubierto.

—Recién llame al aeroparque militar, el avión que salió no se dirigía a Colombia, sino a Bagdad —soltó de seguido y Marcus se quedó petrificado.

Un frío helado recorrió el cuerpo de Marcus, sus nervios se tensaron y apretó los puños de sus manos tan fuerte, que se clavó las uñas. ¿Dónde mierda había ido su hija? ¿Y por qué? De repente observó un gran mapamundi que descansaba sobre una mesa de madera, en un rincón de su oficina y lentamente se acercó a él haciéndolo girar, buscó la ciudad de Bagdad e hizo correr su dedo índice, hasta encontrar Mosul.

—Fue a buscarlo a él —gritó justo cuando su hijo y su padre entraron.

—¿Qué pasó? Marcus hijo, ¿estás bien? ¡Alf llama a un médico! —ordenó viendo como a su hijo se le aflojaban las piernas.

Entre los tres lo sentaron aguardando la llegada del médico, que en minutos se hizo presente. Le indicó reposo ya que, por la noticia, su presión había bajado estrepitosamente. Antes de irse, le puso una inyección y pidió que alguien lo acompañara a su casa. Rodrigo y Patricio no dudaron un instante, y lo metieron en el auto. Al llegar, Carla que se encontraba echa una fiera por no tener noticias de su hija, salió dispuesta a seguir discutiendo con su marido, cuando oyó la llave en la cerradura. Su amiga Claudia que también estaba allí, corrió presta para reternela, pero no hizo falta cuando lo vio agarrado de su padre y de Rodrigo. Se le estrujó el corazón, ¿había pasado algo grave? Mil cosas le pasaron por su cabeza y salió corriendo a su encuentro, Marcus estaba ido no hablaba.

—Dios ¿qué paso? ¿Está herido? —preguntaba presa de los nervios tocando a su marido y Patricio negó con la cabeza.

—Vamos a la habitación, debe descansar —le indicó Patricio.

Entraron y lo recostaron, lo taparon con una manta y ella se arrodilló al lado de la cama, observando al hombre del cual se había enamorado, que parecía un trapito viejo. Estaba en posición fetal, mientras ella le acariciaba la barba.

—Mi vida, dime qué pasó —le pidió en un susurro. De repente se cruzó la imagen de la hija y no pudo contener las lágrimas—. ¡Dime que mi hija está bien por favor! —le suplicó.

—Ella está bien —dijo con la boca pastosa, y los ojos se le cerraron.

Carla se retiró de la habitación y entró a la cocina, donde los dos hombres y su amiga ya saboreaban unos mates. Se sentó observando a su suegro pidiéndole explicaciones con la mirada.

—Mira Carla, nos enteramos donde viajó tu hija y esa noticia desbastó a mi hijo —comenzó a explicarle Patricio y Carla achinó sus ojos, sin entender.

—¿Cómo? ¿Ustedes no lo sabían? —inquirió.

—Sí, ella nos dijo que marchaba a Colombia, que ya de por sí es muy peligroso, pero Alf averiguó que no fue ahí —le comentó con toda la tranquilidad que fue capaz de reunir.

—Me están volviendo loca. Por favor, dime dónde fue. ¿Dónde está? —demandó Carla.

—Irak, más precisamente en Bagdad —dijo Patricio. Los ojos de Carla se salían de sus órbitas y se quedó muda.

—Creemos que fue a buscar a Leandro. No sabemos cómo se enteró, que él estaba en Mosul que está a unos kilómetros de Bagdad. Como en Mosul sus cinco puentes y el aeroparque están destruidos por los bombardeos, seguramente llegará a Bagdad y de ahí a Mosul —intervino Rodrigo observando su reacción.

—¡Mi hija se volvió loca! No puede hacer eso, ya estoy destruida y ahora el padre se descompuso, decime Patricio ¿qué vamos a hacer? —preguntó Carla y su suegro movió su cabeza en señal de reprobación, aún no le decían lo peor.

—No lo sé, pero aún no escuchaste todo. Marcus averiguó por medio de

otro soldado, que Leandro se encontraba en Mosul, nosotros estábamos planeando irlo a buscar, pero resulta que una información que nos llegó de última hora, cuenta que él ya se marchó de esa ciudad, esto quiere decir que tanto Sasha como Ángeles, están completamente solas. Eso es lo que descompuso a mi hijo, Irak es un país a miles de kilómetros de distancia, bombardeado a cada segundo, si Leandro se encontraba ahí sé que las cuidaría con su vida, ahora no sé Carla, estoy perdido —confesó Patricio, bajando la cabeza y mirando el piso.

—¡Vamos a buscarla! Yo iré —propuso Rodrigo.

—Veremos qué dice Marcus, no quiero que tenga otro dolor de cabeza. Esperaremos hasta mañana —ordenó Patricio mientras su mente preparaba un plan. No se quedaría cruzado de brazos y no permitiría que su hijo y su nieto corrieran peligro.

Después de que Claudia, Patricio y Rodrigo se fueran, Carla fue a mirar a su marido que a causa de la inyección descansaba, luego de dar la cenar a Benjamín y acostarlo, se recostó al lado de Marcus abrazándolo fuertemente, arrepentida por todo lo que le había dicho. Besó su gran espalda y acarició suavemente su cabeza, quedando totalmente dormida.

A la mañana siguiente Patricio, Alf y Máximo que había acudido según la conversación que habían mantenido hacía meses, además de un par de hombres de su equipo de trabajo, estaban preparados con sus trajes camuflados, bolsos y armas, para ir a buscar a Sasha y a Ángeles. Patricio sabía que Marcus se enojaría, pero eso ahora no importaba, poner a su nieta a salvo era su mayor prioridad.

Desde la ciudad de Mosul o lo que quedaba de ella, Leandro después de controlar las fuerzas opositoras, se dirigió a la ciudad de Bagdad con otros soldados, por eso Marcus y sus hombres pensaron que habría salido del país. Su compañero el colombiano insistía para irse, pero él ya había decidido que quería morir en esa ciudad. Aunque no lo decía, su amigo lo imaginaba al ver siempre su mirada perdida en el tiempo, sus pocas ganas de hablar y muchas veces su mal carácter, a Leandro nada lo conmovía, ni los miles de cuerpos desperdigados por la ciudad en ruinas, ni los niños llorando perdidos vagando por el lugar. Él ya se encontraba más allá del bien y del mal, llevaba en su

cuerpo y en su vida una mochila difícil de cargar, la muerte de su mujer embarazada era un recuerdo imposible de olvidar y cuando decidió ser feliz nuevamente, una cruel mentira volvió a arruinar todo dejándolo solo y perdido. Ya nada tenía sentido, nada le robaba una sonrisa, le daba lo mismo cualquier lugar sobre la tierra, porque el infierno se encontraba dentro de él. Uno que le recordaba cada día, que la necesidad de morir era un mal necesario, solo muriendo sentiría esa paz que ya no encontraba.

—Después de estos días de descanso, me iré a mi país amigo —acotó el colombiano tratando de captar la atención de Leandro, que como siempre tenía su mente perdida en recuerdos de un pasado que lo atormentaba.

—Está bien, cuídate y que Dios te acompañe —comentó sin mirarlo.

—Vamos, ven conmigo. ¿Qué vas a hacer acá? Esta guerra no es la tuya —le respondió. Leandro giró su cabeza lentamente y lo miró, con una mirada tan triste que al colombiano le dolió el alma.

—Ya no tengo donde ir, mi vida está hecha pedazos. No quiero ir a ningún lugar, creo que no pertenezco a ninguno. Me quedaré acá —comentó.

El amigo se arrimó a él, que se encontraba sentado sobre unos escombros y lo obligó a mirarlo.

—Bueno como quieras —afirmó— descansaré unos días y luego me iré a mi país, tú no sé amigo donde irás —le dijo.

—Quizás a la frontera de Israel, sé que ahí pronto habrá mucha acción. Ahí me dirigiré —confirmó convencido.

—He visto gente loca, pero vos amigo mío te llevas todas las palmas —exclamó enojado el colombiano. Lo enfadaba sobre manera su desprecio por la vida, para Leandro se había convertido en una ruleta rusa y él había decidido morir, nadie podía ayudarlo pensó el colombiano.

Mientras tanto, Sasha viajaba rumbo a un infierno llamado Irak, Ángeles la miraba de reojo mientras ella se sumía en una tristeza profunda con su corazón destrozado. Hacer ese viaje con la esperanza de encontrarlo, era como hallar una aguja en un pajar, sabía lo árduo que sería y aun así se había arriesgado. Si no lo encontraba en Bagdad, iría a pelear en la frontera de Israel. Ese sería su propósito, sentir de cerca el miedo y encontrar al hombre de su vida.

—¿Estás bien? —preguntó Ángeles al notarla tan callada, ella la miró, su

tristeza era palpable, seguramente pensaba que cuando su padre descubriera el destino de su viaje, provocaría en él una furia difícil de detener.

—¡Sí, estoy bien! ¡Gracias amiga por venir en este alocado viaje! —respondió.

—Acá estoy, no te iba a dejar venir sola. Quizás encontremos unos soldados lindos y nos quedamos allá —susurró sacándole una sonrisa—. Los que vienen con nosotras no me gustan.

Cuando llegaron a Bagdad, camionetas 4x4 los esperaban en el aeroparque, para llevarlos a un edificio donde se asignaban todos los soldados. Estarían ahí dos días, antes de dirigirse a la frontera israelita. Sasha en esos dos días, daría una vuelta por toda la ciudad, miraría hasta debajo de los escombros, para encontrar a su teniente.

Luego de los rigurosos saludos, los soldados dejando sus bolsos algunos se dispusieron a caminar por la ciudad y otros solo se tiraron a descansar. Ellas se encontraban hambrientas, no quisieron comer la comida de allí y salieron a la calle. En cada soldado que pasaba junto a ellas buscaba los ojos de él, su mirada la llevaba clavada en el centro de su corazón. Observaron unos soldados que iban caminando adelante de ellas y Ángeles, se adelantó a preguntarles si sabían un lugar para ir a saciar su apetito, estos les indicaron uno a solo dos cuadras.

—Menos mal que sabemos un poco de inglés, si no nos morimos de hambre —murmuró—. Estos soldados eran estadounidenses —afirmó Ángeles sonriente.

—No me gustan, caminemos rápido que en cualquier momento se arriman y no tengo ganas de hablar —pronuncio Sasha, tomando del brazo a su amiga, pero ya era tarde pues los soldados poniéndose a su lado, las invitaban a almorzar. Ángeles en un inglés mal hablado hizo seña que no, apurando el paso.

—¡Ahí es! Mira está el cartel —comentó y Sasha no veía nada, pues estaba casi encima de su cabeza.

Ángeles le señaló un cartel en madera, con letras grandes que ponía “*Bagdad Café*”. En el frente del mismo, unas mesas y sillas de madera les daban la bienvenida, caminaron hasta ellas y antes de sentarse, Ángeles entró comprobando que el lugar estaba lleno de gente, en su mayoría soldados. Salió

a comentarle a su amiga y decidieron sentarse afuera, a los cinco minutos un hombre bajo y de bigotes muy grande fue a su encuentro, las saludó en su idioma y al escucharles decir buenas tardes, comprendió que eran extranjeras y en un inglés también mal hablado, les ofreció la comida que servían en el lugar. Mientras comían un trozo de cordero con arroz, vieron llegar a un soldado un tanto perdido como ellas, se encontraba solo y miró hacia todos lados, luego se arrimó a ellas para preguntarles.

—Disculpen chicas —habló con respeto mirándolas, las dos levantaron la vista observándolo— ¿Dónde debo pedir la comida para llevar?

Ángeles se limpió la boca, mientras miraba a su amiga.

—Entra adentro, ahí te atenderán —respondió escueta.

—Muchas gracias, qué suerte que les entiendo al hablar, son pocas las personas con las que uno puede hablar. ¿De dónde son? —preguntó con su mejor sonrisa.

—Argentinas —respondió Ángeles, tomando un trago de su jugo.

—Yo soy colombiano, en dos días mi amigo y yo nos iremos a la frontera israelita, ¿ustedes se quedan acá? —quiso saber.

—No, también vamos para allá —contestó seca Ángeles, intentando que se fuera y las dejara comer.

—Perdón, sigan comiendo. Voy a pedir, mi amigo no quiso venir y comeremos en el edificio —comentó, ellas lo saludaron con un movimiento de cabeza y él se alejó.

Cuando le vendieron la comida, al salir las saludó de nuevo, levantando su mano al pasar junto a ellas. Ángeles bufó.

—¿Cómo habla el colombiano! —comentó Ángeles terminando de comer.

—Lo que pasa, es que no hay mucha gente con la que puedas hablar —afirmó Sasha levantándose—. Venga vamos a caminar un rato, aún es temprano —propuso, y Ángeles riendo, se paró y sacó un mapa de su mochila.

Se pusieron en marcha y caminaron, hasta que Ángeles de repente se paró. Sasha le preguntó el motivo, y su amiga le señaló un punto en el mapa.

—Acá quiero ir, no queda muy lejos solo unas calles, hay venta de libros

—le explicó y Sasha puso los ojos en blanco y sonrió, sabía que a ella le encantaban leer.

Llegaron a la calle Mutanabbi y observaron que innumerables librerías ofrecían sus libros, la calle se conocía como el mercado de las librerías de la capital iraquí, cada viernes era abordada por estudiantes y profesores. Ángeles suspiraba con cada libro que sus manos tocaban y Sasha le hizo una seña, que caminaría unos metros de ese lugar. Le llamaba la atención una estatua la cual todos se pararon a observar. Vio a unas mujeres que se notaba que eran extranjeras y se arrimó a ellas, escuchando lo que hablaban.

—Mira esta es la estatua de Al-Mutanabbi un poeta memorable del siglo X —escuchó decir en un inglés no tan perfecto, se dio vuelta buscando con la mirada a su amiga que se había perdido entre el gentío, caminó lentamente observando todo, soldados por doquier y gente hablando en idiomas que ella no entendía. Miró a un niño mal vestido y descalzo, caminando tras un hombre y se le llenaron los ojos de lágrimas. Pensó en su hermanito y aunque se había prometido no hablar con su padre, no resistió la tentación de hacerlo, se paró contra una pared y sacando su celular, marcó el número y esperó a que respondieran. Pero el teléfono sonó y sonó, sin que nadie atendiera su llamada.

En el edificio que se encontraban los soldados, Leandro terminaba de comer lo que su amigo el colombiano había ido a comprar.

—¡Lindas las argentinas! Tendrías que haberme acompañado amigo —dijo mirándolo.

—Estoy cansado, no tengo ganas de conocer a nadie —respondió Leandro.

—Amigo decime que te gustan las mujeres!!! Y Leandro por primera vez soltó una carcajada donde mostró sus dientes blancos y perfectos.

—Claro que me gustan y mucho, pero no he tenido mucha suerte con ellas —afirmó.

—Bueno me quedo más tranquilo, creí que ya sabes... —dijo haciendo un movimiento con sus manos y Leandro volvió a sonreír.

—Vamos a caminar un poco antes que caiga la noche —pidió Leandro levantándose y acomodándose la ropa.

—¿Dónde quieres ir? Quizás consigamos un bar y nos emborrachemos toda la noche, para olvidarnos del mundo —propuso el colombiano.

—Vamos hay un mercado de libros a unas calles de aquí, compraré algunos —le dijo y su amigo lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Libros? Mierda que sos raro amigo —expresó moviendo su cabeza— vamos, pero después terminamos en el bar donde compré la comida hoy. Observé que se reúnen muchos soldados —comentó.

Sasha y su amiga volvían caminando tranquilamente, hablando de los libros que Ángeles había adquirido en una librería, la tarde caía en una ciudad donde sus habitantes parecían ignorar que estaban en guerra. Sasha se puso un gorro que sacó del bolsillo de su campera, pues un viento helado comenzó a soplar y a un comentario de su amiga se rio con ganas, justo cuando cruzaron la calle se le cayó el celular y al agacharse a tomarlo, su gorro voló por el viento.

Por la vereda de enfrente Leandro iba sonriendo de las cosas que el colombiano le contaba, giró de improvisto la cabeza viendo a una chica vestida con el uniforme de soldado que levantaba algo del piso, observó su pelo al viento y sus dedos apresurados trataban de ponerse un gorro, se llevó varias personas por delante porque no podía dejar de observarla. Era tan parecida a su desobediente, que su sonrisa se borró de su rostro, como si el recuerdo del pasado volviera a golpearlo de frente y sin aviso. Su amigo lo miró, observando que su ánimo había decaído.

—Amigo, ¿qué pasó? Parece que viste un fantasma —le preguntó.

—Sí, creo que el destino se empecina en hacerme sufrir —murmuró serio.

Al llegar al edificio, Sasha entró en el baño a ducharse pues no deseaba cenar, otra vez la melancolía se adueñaba de su cuerpo. Y aunque su amiga insistía en salir ella se negó, recostándose en la cama.

Ángeles quería salir, así que luego de insistirle otra vez y comprobar que ella seguía negándose, se puso un pantalón, un buzo y salió con dos chicas y un muchacho de su edad, a comer al mismo lugar que habían ido al mediodía.

Patricio luego de guardar en su bolso una gran cantidad de dinares, la moneda iraquí, pues este siempre habría puertas y muchas bocas, ya se disponía a partir a un viaje que no sabía cómo les iría, ya pronto a subir al avión sonó su celular, sabía que sería su hijo incluso antes de mirar la pantalla, se habría despertado enterándose de su viaje.

—Papá ¿dónde mierda están? ¡Acabo de enterarme de que viajas a Irak! ¿Te volviste completamente loco? —gritó apenas Patricio atendió.

—No grites, etoy subiendo ya al avión. Vos cuida el negocio y la familia, yo te aseguro que traeré a mi nieta y a ese hijo de puta de vuelta, cueste lo que cueste. Lo juro —le contestó.

Marcus cerró sus ojos y se pasó la mano por la cara, suspiró profundamente y le respondió.

—Papá por favor, déjame ir a mí, vos sabes el infierno en el que se convirtió ese país, por favor. Ya estás grande, no me hagas esto —chillaba con la rabia acumulada en todo su ser.

—¿Vos crees que estoy viejo? Todavía estoy fuerte y lucharé por mi familia hasta el día de mi muerte, ahora deja de joder que debo partir. Cuídate, te amo hijo —afirmó con la voz quebrada y el corazón en un puño.

—¡Maldita sea! Por favor, que no le pase nada —voceó Marcus colgando el teléfono, con los ojos llenos de lágrimas, mientras su hijo lo miraba sin saber qué hacer o qué decir, sabiendo cómo la amaba a la hermana sintió en carne propia su sufrimiento.

—Papá si vos quieres, yo te acompaño. ¡Vamos! —exclamó Rodrigo nervioso.

—No podemos hijo. ¿Quién se quedará a cuidar el negocio? Además, también están Benjamín y mamá, debemos cuidar a la familia, mientras ellos nos traen a Sasha. Si les pasa algo, no me lo perdonaré en la vida —afirmó sin dejar de mirar a su hijo.

Rodrigo salió afuera, no le gustaba ver a su padre tan angustiado, se dedicó a acomodar todo para el otro día donde un equipo nuevo de hombres, llegaban para entrenarse y debían tener todo listo. Su corazón también estaba sangrando, por dentro sabía que amaba a Ángeles pero al irse comprendió que ella era la mujer de su vida, tiró con rabia unas cuerdas lejos y se sentó en un

sillón recordando los momentos vividos con ella, pensando que tal vez se fue por no darle la seguridad que toda mujer necesita.

Leandro llegó al edificio y lo primero que hizo, fue tirar su gran cuerpo sobre una cama donde sus pies sobresalían, se estiró colocando las manos tras su nuca pensando en Sasha. Cuando vio a esa chica cruzar la calle, solo por un instante creyó ver a su amor, era tan parecida pensó, hubiera querido correr tras ella y mirarla de cerca pero no lo hizo, no por cobarde, sino porque sabía que era una locura que ella estuviera en ese lugar. Se sentía muy cansado, harto de sufrir, deseaba morir en la batalla, quería darle paz a su abatido corazón, ya ni ganas de comer ni de hablar, ni de vivir tenía.

El amigo que hablaba con todo el mundo, se puso a conversar con un argentino que encontró en el balcón del edificio, fumando un cigarrillo.

—Con mi amigo iremos a la frontera de Israel —comentó encendiendo él también uno, apoyando los codos sobre la baranda del balcón. El hombre que a su lado era inmenso, lo miró con recelo y movió la cabeza sin responder, lo que incomodó al colombiano. Y cuando este se iba a retirar, el hombre lo detuvo.

—Nosotros también, hoy está hermoso el cielo —dijo y el colombiano se acomodó otra vez, le encantaba hablar, pero no siempre otros estaban decididos a hacerlo.

—Voy a comer algo, ¿dónde van ustedes? —preguntó el colombiano.

—La comida acá es horrible, vamos al Café Bagdad, es un lugar cómodo y no es caro —comentó el argentino.

—¿Puedo ir con ustedes? Mi amigo es un poco raro, un buen hombre, pero muy triste —explicó con tristeza.

—¿Quién es tu amigo? ¿Dónde están ustedes? —averiguó el hombre apagando el cigarro.

—Un piso más abajo, se llama Leandro —afirmó sin mirarlo y el otro se quedó pensando.

—¿Leandro? ¿Cuál es el apellido? ¿Es argentino? —inquirió el hombre.

—Sí, dijo que sí, su apellido nunca se lo pregunté, pero vamos y se lo nuestro —aseguró.

Cuando llegaron donde tenían el dormitorio, el colombiano abrió la puerta y el hombre pegó un grito al ver a Leandro, quien en seguida se paró y se perdieron en un fuerte abrazo, mientras el colombiano los miraba sin entender nada.

—Acá estas amigo mío, ¡cuánto tiempo sin verte! ¡Loco de mierda! —gritó tomándolo de los hombros. —¿Qué haces acá?

—Voy a la frontera de Israel, ¿vos también Carlos? —averiguó Leandro, sentándose los dos.

—Sí, es lo último que haré, me canse. Me quiero jubilar —dijo riéndose — vos deberías hacer lo mismo. ¡Mírate, estas muy delgado! —comentó el hombre observando a Leandro.

—Últimamente no tengo muchas ganas de comer —acotó y Carlos se puso serio.

—¿No has hecho pareja? Leandro debes conseguir a alguien amigo, alguien que te acompañe —murmuró.

—Ese es un tema que ya te contaré —replicó este y Carlos, supo enseguida que estaba sufriendo por amor.

—Bueno, vamos levanta el culo y está noche viviremos una noche a pleno, nos emborracharemos como hace años —afirmó largando una carcajada, que los hizo reír a los otros dos.

Leandro se levantó sin muchas ganas y luego que pasaron a buscar a otro soldado, salieron del edificio rumbo al Café Bagdad, todos reían con las ocurrencias de Carlos.

—¿Cómo está Marcus? ¿Lo has visto últimamente? Hablé con él por teléfono, me contó de los hijos, dijo que la hija estudiaba en el Colegio Militar —le preguntó mirándolo.

—Sí lo he visto, pero la relación con él no es la mejor —comentó con la mirada en el piso.

—¡No! Pero si ustedes eran carne y uñas los tres con Alf. ¿Qué mierda paso? —quiso saber Carlos, ya entrando al bar.

Luego de cenar Leandro comenzó a contar lo sucedido con su amigo Marcus, mientras los otros escuchaban atentos sus palabras.

8

—¡Sabes muy bien todo lo que he pasado luego de la pérdida de mi familia! —Carlos asintió con la cabeza, mientras bebía un vaso de vino— jamás olvidare esa pesadilla —aseguró—. Gracias a la ayuda de Marcus, pude recuperarme y tratar de encaminar nuevamente mi vida y de pronto, volví a caer en un infierno del que la verdad, ya no deseo salir —sentenció y Carlos lo miró.

—Pero ¿por qué? ¿Qué mierda pasó? —preguntó y Leandro tragó saliva y continuó platicando.

—Entré a trabajar en el Colegio Militar y me enamoré como un adolescente. Conocí a una mujercita, que me movió todo lo que tenía dormido, primero me agarré una calentura padre. Me enamoré quizás más de lo que estaba de mi mujer, ella me tuvo a sus pies sin proponérselo. Bella por dentro y por fuera, arrogante, desobediente. Es una cosa de locos —acotó con voz ronca—. Resulta que un día, después de pensarlo mucho, nos vemos en mi departamento y cuando estábamos besándonos, entró una mujer que anduvo conmigo tiempo atrás y dijo que era mi mujer —les explicó y todos recostaron

sus espaldas en sus sillas, suspirando y abriendo grandes sus ojos.

—¡Mierda! —gritó el colombiano.

—Y bueno nada, ella se asustó o le creyó y se fue corriendo, traté de explicarle, pero era tarde no quiso escucharme, me volví loco de ira, quise matar a esa mujer. Preparé mis bolsos, pensando en irme muy lejos, pero luego llegó Marcus y sin preguntar nada creyendo que había abusado de su hija me pegó, él tampoco creyó en mí —terminó de contar y Carlos dio un brinco en la silla y se tomó la cabeza.

—¡Hijo de puta! ¿Dime que no es la hija de Marcus? —levantó la voz sin dejar de mirarlo.

—Sí amigo, es su hija. Sasha, una criatura adorable, con solo recordarla me calienta, sé que es muy chica pero la amo. No puedo sacarla de mi mente. Su recuerdo me persigue día y noche, creo que estoy enloqueciendo — exclamó y todos imaginaron como se sentía, pues en algún momento habían sufrido por un amor inalcanzable o imposible.

Leandro se levantó para ir al baño y la mirada de todos lo acompañó, hasta entrar en él.

—Mi amigo es un gran hombre —afirmó Carlos— es un tirador especial en cualquier milicia, se arriesga a todo, no le teme a nada. En una sola palabra un loco de atar. Le gusta jugar con la muerte día a día y siempre le ha ganado, pero creo está vez se dejará vencer por ella —susurró casi en silencio.

Sasha salió afuera del edificio y marcando el número de su padre lo llamó. Él esperaba ansioso esa comunicación, había tratado de llamarla, pero ella había dejado por horas su celular cargando.

—Hola ¿papá? —preguntó con temor.

—¡Sasha! Nena no sabes cómo estamos acá, caminamos por las paredes, ¿dónde estas? ¿Y con quién? —averiguó él pensando que quizás había encontrado a Leandro.

—Estoy bien, estoy en Bagdad con Ángeles, después nos vamos a la frontera de Israel —le explicó.

A Marcus casi se le cae el teléfono, no podía creer lo que expresaba su hija, su mente pensó rápido la respuesta, con miedo por si se cortaba la

comunicación.

—Te amamos hija, Benajmín pregunta por vos y tu madre que decir, me putea todos los días, echándome la culpa de tu partida y tu perro Bobby, casi no come. Se la pasa durmiendo en tu cama. Vuelve hija, por Dios te lo pido — suplicó Marcus.

A ella se le inundó el rostro de lágrimas, no podía responder pues un nudo en la garganta se lo impedía, respiró profundamente tratando de controlar el llanto que le produjo escuchar la voz de su padre.

—¡Perdón! Perdóname, pero no me iré —le respondió entre lágrimas.

—Esta locura es por él, ¿no? —preguntó angustiado, no sabía qué decir para convencerla de que volviera a su hogar.

—Sí es por él —confensó Sasha.

—Mira hija, yo lo iré a buscar y le pediré disculpas —dijo Marcus, ella achinó sus bellos ojos sin entender.

—¿Por qué le pedirías disculpas? —preguntó y Marcus tuvo que contarle lo que sucedió.

—Cuando me enteré de que estuviste en su departamento, fui rabioso a pedirle explicaciones pensando que te había llevado a su cama contra tu voluntad, y le pegué. No se defendió, puso la otra mejilla. Me di cuenta tarde, de que me había equivocado, pero lo arreglaré Sasha, vuelve por favor — pidió Marcus con la voz rota.

—La culpa de su partida, es solo mía. Lo tengo que encontrar, necesito verlo solo una vez más y pedirle que me perdone por no creer en él —contestó Sasha.

—Escúchame hija, se anuncia que puede haber otro atentado en Bagdad — comentó su padre.

—Si no lo encuentro acá, nos moveremos hacia la frontera de Israel — respondió Sasha por toda explicación. Marcus dejó caer su cuerpo sobre su sillón en la oficina, tapándose la cara con una mano, luego reaccionó enérgico y lleno de cólera.

—¡Quiero que vengas inmediatamente a tu casa! —le ordenó y Sasha colgó la llamada, dejándole con la palabra en la boca.

Marcus se quedó sumido en un desconcierto total, debía comunicarse rápidamente con su padre y decirle del paradero de su hija lo más rápido. Sasha por su parte, se sentó en un escalón, cerca de la puerta del edificio y buscó la noticia sobre el atentado que había leído. Casi cuarenta personas habían muerto y más de un centenar de heridos, cuando dos kamikaces se inmolaron en el centro de la plaza Al Tayaran, un lugar muy concurrido por jornaleros en busca de trabajo, esto puede hacer peligrar la cosecha de trigo y cebada, ante el temor de que se vuelva a repetir la masacre.

Cuando terminó de releer la noticia, su mente hervía con preguntas, sobre todo con la posibilidad de que Leandro ya no estuviera allí, que hubiera encontrado a alguien y se hubiera marchado. Notaba en las palabras de su padre, el amor que por ella sentía, extrañaba a su madre, a sus hermanos, a su querido perro que no comía por culpa de ella. Se sintió más perdida de lo que nunca estuvo. Vagaba por el mundo con el corazón hecho trizas, por un hombre que no sabía si la amaba realmente. Pensó que, si entraba y se acostaba, terminaría llorando, así que tomó el gorro de su bolsillo y se lo puso, a medida que comenzaba a caminar. Iría al Café Bagdad a encontrarse con su amiga, después de todo necesitaba tomar algo fuerte para levantar el ánimo, pensó a paso ligero. Solo se encontraba a unas cuadras del café, pero la calle estaba desierta y en un momento dado, el temor se apoderó de ella y apuró su paso mirando de reojo hacia todos lados.

Leandro y sus amigos ya con unas copas de más, contaban sus hazañas en otros países a lo largo de sus vidas y el colombiano, que no tenía tanta experiencia como ellos, solo escuchaba atento e intervenía de vez en cuando en la conversación.

Sasha entró rápido al café, observó para todos lados y detuvo su vista en cuatro soldados que reían a carcajadas, Leandro se encontraba de espaldas a ella y un gorro horrible de lana cubría su cabeza, la tenue luz del lugar no dejaba distinguir sus caras, siguió buscando a su amiga y la encontró al fondo, conversando y tomando con dos mujeres. Se dirigió hacia ahí y Ángeles al verla, como también iba un poco tomada, se paró haciéndole seña con la mano y gritó su nombre.

—¡Sasha! —exclamó contenta.

A pesar del ruido y risas reinantes en el lugar, a Leandro no le fue indiferente escuchar ese nombre. Estiró su cuello, pero no pudo ver la cara de

las chicas que hablaban animadamente, ¿serían ellas quienes gritaron ese nombre? Su cuerpo y sus sentidos se alertaron, y ya no pudo seguir disfrutando de la conversación.

—Creo que tomé demasiado —manifestó mirando a los amigos— me voy —murmuró.

—Vamos amigo, una copa más y nos vamos todos —gritaron y él, que ya se había parado, se sentó nuevamente pensativo, pero no tomó más. Llamó al camarero.

—Traígame agua por favor, lo más fría posible —le pidió y antes de que se marchara, lo tomó del brazo —¿Conoce a esas chicas del fondo? —preguntó señalándolas.

—Sí, ayer vinieron a comer, creo que son argentinas —respondió el hombre sonriendo.

Solo escuchar eso, se paró poniéndose nervioso, su corazón comenzó a galopar y aunque su intención era acercarse a ellas, sus piernas no respondían y todos lo miraron.

—¿Estás bien? —preguntó Carlos parándose.

—¡Quiero saber quiénes son esas chicas y me da miedo acercarme, Dios creo que es ella! —balbuceó. El amigo lo miró creyendo que se encontraba totalmente borracho, aunque lo conocía y sabía que su resistencia al alcohol era larga.

—Vamos, te acompaño —manifestó Carlos, sintiendo los mismos nervios que él.

A solo unos pasos las observó, ella estaba de espaldas con un gorro verde oscuro que le tapaba su cabello, las otras tres hablaban y reían contando historias o chistes. Él se apoyó en una pared esperando a que se diera la vuelta, miró y reconoció en seguida a su amiga Ángeles. No se animaba a presentarse frente a ella, ¿qué le diría? Había huido de ella, pero ¿qué hacía Sasha ahí? Sabía perfectamente, que Marcus jamás la hubiera dejado viajar a ese endemoniado país. Carlos lo observaba dudar y lo animó.

—Vamos ve, ¡sácate la duda! —exclamó, pero Leandro no podía despegar los pies del piso.

Si era ella, le suplicaría amor y la amaría por siempre, y si no lo era, su corazón no soportaría otro desengaño. Cabía la posibilidad de que fuera ella y le odiara, así que sin pensarlo más, iba a girarse cuando de pronto ella, se paró sacándose el gorro y su hermoso pelo cayó sobre su espalda en forma de cascada, nublando todos sus sentidos, agitándolos de tal manera que le costaba hasta respirar.

—¡Es ella! ¡Es mi desobediente! —murmuró.

Lentamente se fue acercando, mientras su amigo retrocedía para dejarlo solo, Ángeles que lo vio, se tapó la boca con una mano y Sasha se asustó por su gesto dándose la vuelta, quedando frente al hombre que había ido a buscar. Sus ojos se encontraron en una mirada intensa, penetrante, llena de dudas y preguntas, en la que se dijeron mil palabras sin hablar. Sintieron que el amor entre ellos se encontraba intacto, era tan profundo y verdadero, como esa guerra que no era de ellos y por la que estaban dispuestos a pelear.

Ninguno de los dos se animaba a dar el primer paso, hasta que él se acercó parándose a centímetros de su cuerpo y con sus dos manos, lentamente tomó su rostro acercándolo al suyo. Sus frentes se juntaron y los dos cerraron los ojos, disfrutando de ese encuentro tan esperado, entonces Leandro abrió su boca.

—¡Mi pequeña Sasha! ¡Mía, solo mía! ¿Qué haces en este infierno? ¿Por qué viniste mi vida? —preguntó observando sus labios. Ella posó sus manos sobre su fuerte y gran pecho, sin dejar de mirarlo.

—¡Vine por vos! ¡Solo por vos! —respondió luchando contra las lágrimas que estaban prontas para inundar su rostro.

—Vamos afuera, hablemos tranquilos —le pidió Leandro abrazándola.

Sasha asintió y le pasó un brazo por su cintura llevándola afuera del café. Las amigas, se quedaron mirándolos y los amigos, sonrieron al verlos pasar. Apenas salir, los recibió un viento frío, él le puso el gorro y mirando hacia todos lados, descubrió que en un rincón donde estaban las mesas de la terraza, había un banco rústico y hasta allí se dirigió con ella tomándola de la mano. La sentó arriba y él se quedó entre sus piernas para quedar a la misma altura, con una mano tomó su cintura y con la otra suavemente levantó su mentón, arrimó sus labios a los de ella llenándolos de besos chiquititos. No podía creer tenerla frente a él, después de haberla extrañado tanto y que ella se hubiera animado a irlo a buscar, era el acto de amor más grande que jamás

esperó. No quería volver al edificio con los otros soldados, no quería dejarla ir, la apretaba a su cuerpo pasándole el calor que desprendía ante su contacto, ella apoyó su cara en su pecho dejando salir las lágrimas que tenía reprimidas.

—¡No llores mi amor! ¡Estamos juntos, eso es lo que importa! ¡Nada más! —le dijo Leandro cariñoso, secándose una lágrima que le resbalaba por el rostro.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó ella, levantando la cabeza buscando su mirada.

—Nos iremos a casa —sentenció Leandro—. Hablaré con tu padre y tendrá que entender que nos amamos. Te cuidaré y te amaré, hasta el último día de mi vida. Te amo. Pensaba en vos, soñaba con vos y cuando no creíste en mí, me rompiste el corazón —declaró mirándola a los ojos. Sasha escondió la cara en su pecho y él besó su cabeza, agradeciendo a Dios haberse encontrado.

—Justo hoy, hablé con mi papá —dijo ella de improviso— me pidió que volviera a casa, que esto era un infierno —le explicó ella.

—Tiene razón, voy a hablar ahora mismo con él nena —replicó él enderezándose. Hablaría con Marcus, defendería y lucharía por ese amor, como lo tendría que haber hecho antes. Sacó su celular, marcó y esperó paciente.

—¿Leandro? ¿Dónde mierda estás amigo? Mi gente te iba a buscar y desapareciste de Mosul —inquirió Marcus. Leandro se quedó mudo al escuchar esas palabras, pues parecía que su amigo no estaba enojado con él.

—Marcus estoy en Bagdad con tu hija, nos encontramos hace un momento. Antes de que empieces a gritar, me importa una mierda lo que vos opines, me casaré con ella apenas lleguemos a casa. Si te gusta bien y si no amigo mío, lo lamento mucho —soltó de carrerilla.

Marcus tuvo que sentarse, pues le había pedido a Dios que se encontraran, porque sabía que él la protegería. Sonrió y mentalmente agradeció que sus súplicas hubiesen sido atendidas. Su hija ya no estaba sola.

—Seré el padrino de la boda o te arrancaré la cabeza —respondió entre el llanto y la risa. A Leandro el alma le volvió al cuerpo, tener la aprobación era más de lo que más deseaba—. ¿Está a tu lado? La ciudad es un polvorín. Tenemos código rojo. Deben irse de ahí cuanto antes. Mi padre y mis hombres

llegaron a Mosul buscándola allí, pero cuando recién me habló, les avisé que estaba en Bagdad. Tardarán de seis a ocho horas en llegar, pues solo hay una carretera accesible, apenas estén os buscarán. Por favor amigo, cuídala. Es la luz de mis ojos —le pidió con la voz rota.

—Tranquilo, me conoces. Creo que no sería conveniente dejarla ir al edificio donde fue asignada y están todos los soldados. Estamos cerca de un café que permanece intacto, averiguaré si tienen piezas disponibles y te paso la ubicación —replicó serio Leandro.

Cuando cortó la comunicación, Leandro miró a su desobediente a los ojos y no pudo por menos que abrazarla para sentir que estaba allí con él.

—Sasha nena, escúchame —dijo hablándole en el oído, mientras acariciaba su cintura— tu padre recomienda quedarnos en otro lugar está noche y tiene razón, quiero que entres y te quedes esperándome iré a por tu bolso y el mío. Mañana llegan tu abuelo y sus hombres y nos iremos con ellos —le explicó.

—¿Mi abuelo? —preguntó Sasha.

—Sí mi vida. Mañana si Dios quiere, escaparemos de esta ciudad, ahora vamos no perdamos tiempo —le pidió.

Cuando iban a entrar de nuevo en el café cogidos de la mano, Carlos salía a buscarlo y en su rostro vio preocupación.

—Mi amor, él es Carlos amigo de tu padre y mío —los presentó y ella como si lo conociera desde siempre, lo besó en la mejilla.

—Espérame adentro, no salgas por favor —demandó mientras asomaba la cabeza y con un movimiento de mano, llamaba al colombiano que al verlo enseguida se paró, yendo a su encuentro. Antes que ella pusiera un pie dentro del café, la miró y bajándose a su altura la besó en los labios.

Sasha entró y Leandro se reunió con sus amigos, antes de explicarles nada, le preguntó a Carlos qué pasaba.

—Amigo, ¡que cara! ¿Qué pasó? —averiguó sin dejar de mirarlo.

—Recién dijeron en las noticias, que mañana se espera un gran atentado en la ciudad salí para decírtelo —le contó.

—Yo recién hablé con Marcus, me dijo lo mismo. Su padre viene para acá

con un equipo, llegarán de madrugada. Yo me iré con ella, si quieren venir los llevamos —les explicó.

—Yo no iré, mañana me voy a la frontera de Israel, como te dije, te agradezco amigo, pero aún no iré a casa —respondió el colombiano. Leandro miró a Carlos esperando su respuesta.

—Yo voy con ustedes si salimos vivos, porque presiento lo peor —manifestó serio.

—Colombiano ¿puedes quedarte con las chicas? Iré a buscar nuestras cosas —le preguntó.

—Sí vayan tranquilos, ¿dónde se quedarán esta noche? —inquirió.

—Preguntaré acá, si no veré que hacer. Algo me dice que mañana atacaran el edificio donde están los soldados, será el primer lugar que querrán destruir —afirmó.

Carlos y Leandro se dirigieron a retirar sus pertenencias, al querer entrar en el edificio donde las mujeres se hospedaban se les complicó. Un soldado parado en la puerta no les dejaba pasar, pues ellos estaban en el edificio de al lado. La cara de Leandro se transformó demostrando su disconformidad, miró a Carlos y pensaron que era hora de demostrar sus habilidades. El soldado al ver su reacción se arrepintió de sus palabras, pero un segundo antes de que comenzara la pelea, se escuchó una voz detrás de ellos.

—Yo si soy de acá y mi novio vino a retirar mi bolso —dijo Sasha con firmeza.

Su desobediente y Ángeles, entraron sin que el soldado pudiera decir nada. La mirada de asesino de los dos hombres, le hizo retroceder desapareciendo en un segundo. Leandro puteaba al comprobar que una vez más, ella hacía lo que quería como en el Colegio Militar. A los pocos minutos salieron las chicas, fueron al edificio de al lado a por las cosas de ellos y luego caminaron serios, dirigiéndose de nuevo al Café Bagdad.

—¿Estás enojado? —preguntó Sasha y Carlos sintió ganas de reír, pero ante una mirada de Leandro se contuvo.

—Te dije que me esperaras adentro. ¿Vos aún no entiendes que estamos en peligro? —replicó Leandro enojado. Sasha se adelantó sin responderle.

—¡Sasha, ven acá! —gritó, pero ella no le obedeció. Él movió su cabeza y antes de entrar en el Café, dejó los bolsos en el piso abrazándola. Ángeles y el amigo entraron sonriéndose—. Amor no te enojés. Te amo —le pidió Leandro apretándola contra su cuerpo.

—Yo también, pero sabes que las órdenes no van bien conmigo —respondió Sasha dándose vuelta y colgándose a su cuello, Le mordió el labio inferior, lo que lo hizo calentar sobre manera, pero reaccionó al instante pues era una locura quedarse parado ahí en el medio de la noche, se apartó de ella enseguida, instándola a entrar con una miradita cómplice.

El colombiano, ya había reservado las únicas dos habitaciones que quedaban en el café, lo que Leandro agradeció. Se arrimó donde el dueño estaba y pagándole, este le entregó las llaves de las mismas. El problema venía en que Ángeles tendría que dormir con Carlos, que también se encontró sorprendido por la chica.

—Si quieres duermo con ella —comentó Sasha mirando a Leandro, que no veía la hora de estar a solas con ella.

—No te hagas problema, yo dormiré en la cama y Carlos se las arreglará —respondió Ángeles sonriendo y Carlos asintió.

Saludaron al colombiano, para ir a buscar sus habitaciones. Las mujeres se miraron sonriendo antes de entrar. La habitación era sencilla pero limpia, una cama matrimonial en el centro, dos mesas de luz a los costados, con sus respectivos veladores y en un rincón una mesa de madera con dos sillas. Para ellos era como estar en un hotel de cinco estrellas. La mirada de ambos hablaba sin pronunciar palabra alguna, sus cuerpos se deseaban, sus bocas se comían aún sin tocarse, las manos les sudaban y el corazón de ambos comenzó a latir desbocado. Por dentro sabían lo que vendría a continuación, nada y ni nadie lo iba a evitar esta vez, esa noche sus cuerpos se amarían, para conciliar un amor postergado a través del tiempo. Esa noche sus cuerpos y sus almas, entrarían en esa nube de amor de los que se aman de verdad. Los dos desearon retomar el momento que vivieron en el departamento de Leandro. Querían su noche de amor.

Al otro día Leandro fue el primero que despertó, estiró su cuerpo en la cama y recordando el momento vivido con su pequeña desobediente, el rostro se le iluminó de alegría, se sentía tan feliz que no lo podía creer. Se recostó

sobre un brazo y se pasó media hora observándola, tapó su cuerpo desnudo con la sábana y una manta, pasó la yema de un dedo por su rostro, para asegurarse de que lo que estaba viviendo, era realidad y no un sueño.

—Te amo, jamás dejaré de sentir lo que mi cansado corazón siente por vos. Te sacaré de este infierno cueste lo que cueste, no puedo quererte más de lo que te quiero, amor mío —susurró y al mirarla bien, observó que los hermosos labios de ella esbozaban una pequeña sonrisa y el río con ganas—. ¿Me escuchaste? —preguntó haciéndole cosquillas, cuando ella con sus dedos se refregaba los ojos arrimándose a su enorme cuerpo.

—Sí, te escuché, pero te faltó decir algo —manifestó. Leandro pasó un brazo por su cintura apretándola y besó su frente, luego levantó su mentón con el dedo índice mirándola serio.

—Nos casaremos y tendremos tres hijitos, que serán hermosos como su mamá. ¿Eso era lo que faltaba? —inquirió acomodándose sobre su cuerpo, lamiéndole el labio inferior.

—Sí, eso quiero. Serán hermosos y enormes como el padre, y tantos como vos quieras —exclamó estirando sus dedos para tocar su pene, que ya estaba listo.

Cuando estaba a punto de volverse a amar, sintieron que llamaban a la puerta, él se bajó lentamente de su cuerpo sin dejar de besarla, se levantó y en seguida se puso el bóxer, tomó su arma y le indicó a ella que se tapara, mientras abría lentamente la puerta. Carlos lo miró sonriendo y le hizo una seña para que cerrara la puerta y fuera con él. Leandro nervioso miró a Sasha, que se acomodó para seguir durmiendo, cerró despacio y acompañó al amigo que se había parado en una ventana que daba a un patio interno, él hizo lo mismo ya preocupado y Carlos levantó levemente la cortina y los dos observaron.

—¡Mierda! ¿Quiénes son? —averiguó

—No sé, me levanté y ya estaban ahí. No me gusta amigo, creo que están esperando algo —comentó Carlos y Leandro lo miró.

—¿Vos decís que vienen por nosotros? —preguntó Leandro.

—¿Vos que piensas? Quiero creer que no, pero me están poniendo nervioso. Mejor nos vamos pronto de acá —comentó Carlos. Leandro volvió a

mirar y observó que había al menos tres hombres armados.

—Nos vamos, ya debe estar por llegar el coronel, no nos arriesgaremos, dile a Ángeles que se prepare. Espérame cerca de las mesas —ordenó.

Entró rápido a la habitación y vio a su mujercita parada desnuda mirando por la ventana que daba a la calle.

—¡Córrete de la ventana! —sonó fuerte su voz, luego la suavizó— Amor ve a vestirte, nos vamos —le dijo Leandro, pero ella no se corrió llamándole.

—¡Mira! —le indicó. Un grupo de cinco hombres se encontraba en el frente del Café con armas.

—¡Dios! Vístete rápido, están por todos lados. Debemos salir de acá lo antes posible —afirmó.

Ya vestidos y con sus bolsos sobre el hombro, los dos salieron raudamente de la habitación tomados de la mano. Cuando llegaron donde habían cenado la noche anterior, se encontraba Carlos, Ángeles y el colombiano, lo que le llamó la atención.

—¿Qué haces acá? ¿Cómo entraste? —preguntó Leandro, el colombiano sonrió.

—Por la puerta, se encontraba sin llave —respondió chistoso.

—¿No viste los hombres que están en la entrada armados? —inquirió de nuevo

—Sí, pensé que eran soldados, ni los miré —contestó. Carlos no dijo nada solo lo miró, Leandro estaba ocupado pensando cómo saldrían de ese lugar. El dueño del bar que justo llegaba con unas bolsas, se acercó a ellos.

—Miren ¿esos hombres están buscándolos a ustedes? Si es así, no estoy dispuesto a que me rompan todo, los sacaré de acá —dijo en su idioma. Leandro y Carlos que sabían ese idioma a la perfección, respondieron que se lo agradecían, las mujeres se quedaron anonadadas de lo bien que hablaban el idioma, pero el colombiano se puso nervioso y Carlos lo notó.

Todos lo siguieron y el hombre los llevó por un pasillo que apenas se veía y todos se pusieron nerviosos. ¿Quién les aseguraba que este hombre no los entregaría? Sasha apretó fuerte la mano de su hombre y él la miró. Al final del pasillo había una puerta que daba a otra calle, el hombre abrió, asomando su

cabeza.

—¡Fuera! ¡Rápido! A dos cuadras hay un edificio en ruinas, que Alá los proteja —terminó diciendo y aunque el hombre no quiso agarrar un manajo de billetes que Carlos pretendía darle, se lo metió en el bolsillo de su delantal a la fuerza.

Corrieron sin mirar atrás los cinco, como almas que se las lleva el viento, solo pararon para entrar en el edificio que les indicó el hombre.

—Colombiano quédate con las chicas —ordenó Leandro—. Carlos registra los perímetros, yo trataré de llegar arriba —concluyó.

Todos hicieron lo que había mandando, Leandro trató de llegar al tejado, pero no se veía nada, cuando estaba por retirarse, llegó Carlos con cara preocupada. Leandro lo miró y esperó a que hablara.

—No me gusta tu amigo, ¿por qué lo dejaron pasar, en el café? ¿Quién te asegura que él no sea uno de ellos? —comentó mirando a todos lados. Leandro se rio.

—¡Estás loco! Es verdad que mucho no lo conozco, pero él es un cobarde amigo, está muerto de miedo. ¡Cálmate! Saldremos de esto —adujo tocándolo en el hombro.

Los dos bajaron como pudieron y aunque no lo creía, el teniente prestaría especial atención al colombiano.

—¿Por qué volvió si no iba a ir con nosotros? —siguió preguntando Carlos.

—¡Basta, termínala! ¡Lo vigilarémos, cálmate! ¡Pondrás nerviosas a las chicas! —le espetó Leandro.

Cuando llegaron donde se encontraban las mujeres, el colombiano estaba a unos metros de ellas observando por un agujero de la pared sin hablar, las chicas se encontraban atentas a cualquier ruido.

9

—¿Todo bien amor? —preguntó Leandro mirando a su chica.

—El frente está lleno de esos desgraciados —respondió el colombiano, con la vista perdida en la calle.

—Al fondo estamos igual —murmuró Carlos, revisando su arma.

Leandro se mordía el labio inferior nervioso maquinando una salida a la situación que vivían, se encontraban atrapados como ratas, en un edificio en ruinas y la duda de que el colombiano tenía algo que ver con esa situación lo ponía furioso. De repente, el celular de Leandro sonó y rápidamente lo atendió, rogando que fuera Patricio.

—¿Hola, Patricio? ¿Sos vos? —averiguó.

—Sí Leandro, ¿saben que están rodeados? El hombre del café me dijo donde se encuentran, la situación está difícil, veremos cómo hacemos. ¿Cómo está mi nieta? —preguntó Patricio.

—Bien, está a mi lado. La protegeré —manifestó cubriéndola con un brazo.

—Tienes un traidor entre ustedes, ten cuidado —comentó Patricio.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Leandro.

—Apenas llegué, mis fuentes me lo confirmaron. —Leandro suspiró confirmando la sospecha de Carlos.

—Lo estoy vigilando —susurró sin perder de vista al colombiano y colgó.

—¿Quién era? —preguntó el colombiano, mientras todos escucharon a un helicóptero dar vueltas en el aire.

—El padre de un amigo —respondió raudo Leandro y Sasha lo miró con suspicacia.

—¿Mi abuelo? ¡Dios, no quiero que le pase nada! —exclamó y a Ángeles, aunque no deseaba llorar, comenzaron a resbalar por su rostro las lágrimas.

—¡Tranquila, todo va a salir bien! —le decía el colombiano dándole valor—. ¿Cómo puede ser? Solo en unos minutos quedamos rodeados. ¿Qué mierda quieren? ¿Qué buscan de nosotros? —gritó enojado—. Mejor me voy atrás, veré como está la situación —adujo al instante.

—Leandro estamos listos —confirmó Patricio, apenas este atendió su celular.

—¡No podremos salir! Estamos rodeados, no hay lugar salvo el techo, pero no me arriesgaré porque seguramente hay francotiradores.

—Tendrán que hacerlo, en cualquier momento entraran y los mataran a todos. ¿Escuchaste? Prepárense, los sacaremos por el tejado —ordenó Patricio.

Leandro se volvió dónde estaban los demás maldiciendo, tenía terror que a Sasha le ocurriera algo malo, se escucharon tiros y explosiones, todos miraron por los agujeros de las paredes comprobando que venían del edificio donde se encontraban los soldados. Se agarraron la cabeza, mientras Patricio llamaba de nuevo a Leandro con noticias escalofriantes.

—Leandro, ¡los rebeldes quieren a Sasha! —dijo dejándolo perplejo— Mis informantes dicen que descubrieron que es la hija de Marcus, que les vende armamento a las fuerzas de Irak, para luchar contra los terroristas —explicó Patricio y Leandro entendió que buscaban venganza.

Debía tomar rápido una decisión, la vida de la persona que amaba se encontraba en peligro. Los miró a todos y por último a su amada.

—Ahora vengo, debo pensar un minuto —les comunicó. Todos se miraron y el colombiano asintió con su cabeza.

Apenas llegar al fondo del pasillo, luego de ver a través de una pequeña ventana como los guerrilleros sacaban armas de grueso calibre de una vieja y destartalada camioneta, apoyó su espalda sobre la pared suspirando. ¿Podría ser el colombiano un traidor? No le entraba en la cabeza, no daba con ese perfil, meditó controlando el rifle que llevaba y luego, caminó lentamente de vuelta adónde se encontraban todos. Lo primero que observó fue que Ángeles lloraba, después que el colombiano estaba atado de manos al igual que su desobediente. Carlos apoyaba una pistola sobre la nuca de su chica. ¡Él era el traidor!

—¡No la toques! —gritó levantando su arma al aire.

—Perdóname amigo, esto no es algo personal. Contactaron conmigo sabiendo que estábamos juntos y me han ofrecido mucho dinero. Déjame que la entregue a ella y todos nos vamos —afirmó.

—Sabes muy bien que eso jamás va a pasar, deberás matarme para llevártela —sentenció Leandro y Sasha comenzó a mirar hacia todos lados, tratando de encontrar una solución sin desesperarse.

El colombiano mientras tanto, se desató como pudo y con la mirada le preguntaba al amigo qué hacer.

—¿Cuánto te pagaron? ¡Te duplico el precio! Pero no la toques —le ofreció Leandro.

—Sé que Marcus y vos tienen dinero, pero ya negocié con ellos, no puedo echarme atrás —replicó Carlos alterado.

Carlos ya nervioso, pensó que lo mejor sería matarlo, conociendo sus habilidades sabía que el teniente en un descuido, caería sobre él. No reparó en el colombiano, pues creyéndolo un cobarde no le dio mucha importancia. Este se paró tras él y sacando un cuchillo de su pantalón, se lo clavó en la espalda. Carlos se tiró hacia atrás, quejándose del dolor y dándole vuelta a la culata de su rifle, impactó de lleno en la cabeza del colombiano quien se desplomó al piso. Como un huracán, Leandro se arrojó encima del agresor controlándolo en

minutos, luego de varios puñetazos y patadas lo ató con los cordones de sus botines y corrió a ver a su amigo que se retorció del dolor, de su cabeza salía un hilo de sangre. En ese instante, Ángeles comenzó a gritar porque unas ráfagas de disparos, entraban en todas las direcciones, el ataque había comenzado. Sasha se acercó a la pared y sacando su rifle por los agujeros, repelió el ataque.

—¡Vamos! —gritó Leandro y ellas obedecieron, el helicóptero seguía sobrevolando el techo y el celular volvió a sonar nuevamente.

—¡Mierda! ¡Salgan de ahí, vamos! —ordenó furioso Patricio.

A una orden de Leandro todos agachados corrieron rumbo a las escaleras medio destruidas, Leandro antes de irse lo tomó a Carlos de los hombros y lo depositó en su espalda, como una bolsa de papas. Mientras las chicas ayudaban al colombiano.

—¡Déja que se muera el desgraciado! —gritó su chica.

Él no la escuchó y llegó con el traidor al techo, a unos metros vieron que Patricio, Alf y Máximo con metralletas, disparaban a los techos vecinos donde la guerrilla trataba por todos los medios, que no pudieran huir. Sasha recién en ese momento, comprobó el peligro en el que todos se encontraban y mientras su amiga ayudaba al colombiano, ella apuntó con su arma disparando, Leandro dejó al traidor en el piso que se tapó la cabeza con las manos, Patricio al verlos, desprendió enseguida la escalera del helicóptero, si salían vivos sería un milagro. Estaba con el corazón arrugado del miedo de perder a su nieta, pero se sintió muy orgulloso de ella, al verla disparar y desenvolverse sin temor.

—¡Vamos! —les conminó Leandro tomando la escalera.

Subieron las chicas primero y le indicó al colombiano que subiera, pero este se resistía, entonces lo sacudió duramente de los hombros instándolo a que lo hiciera, mientras el coronel puteaba como loco, porque quería que hubiera subido él. Ángeles y Sasha fueron acomodadas por dos soldados y mientras el colombiano terminaba de subir, Leandro agarró a Carlos de los hombros, arrastrándolo por el techo. Cuando llegó al borde, lo tomó del cuello y lo miró a los ojos.

—Ahora ve con ellos, a ver si te pagan desgraciado —le gritó, arrojando su cuerpo a la calle.

Luego corrió y de un salto, tomó la escalera con una mano, mientras que con la otra seguía disparando. En ese momento se escucharon disparos de rifles de asalto y metralletas, de pronto todos vieron que soltó su arma, agarrándose una pierna. Patricio volvió a maldecir, sabiendo que lo habían herido. Colgado de una sola, mano el helicóptero tomó altura, perdiéndose en un cielo con olor a pólvora y muerte.

—¡Dios mío abuelo, Leandro está herido! —exclamó Sasha con lágrimas en los ojos.

—Déjame verte la pierna —le ordenó Patricio agachado su lado.

Rompió el pantalón, para comprobar su herida que, aunque sangraba, solo era superficial, enseguida hizo un torniquete para detener la hemorragia, luego sacó un sobre de una caja y abriéndolo lo depositó sobre la herida. Sasha puso la cabeza de Leandro sobre sus piernas, mientras sus dedos acariciaban su rostro sin dejar de mirarlo. Patricio dio entonces las indicaciones, sobre dónde dirigirse.

—¿Dónde vamos? —preguntó Leandro, tratándolo de enderezarse y apoyando su espalda sobre el banco largo, en el que iban sentados los demás.

—Mosul está todo cortado —adujo Patricio, Alf y Máximo clavaron la mirada en su amigo, y solo algunos descubrieron la inquietud del teniente.

—¡No me hagas eso! ¡No podemos parar ahí! —exclamó Leandro.

—No hay otra manera, tengo un conocido que nos ayudará —respondió Patricio mirando hacia otro lado, Leandro maldijo por lo bajo.

—¿Dónde vamos abuelo? —inquirió Sasha desconcertada.

—A la ciudad de Sinyar, hija —comentó con desgana.

—¿Qué pasa ahí, que no quieres ir? —cuestionó mirando a Leandro

—Nada mi amor ya te contaré, aún no es el momento —murmuró tratando de calmarla, pero ella pensó lo peor. ¿Tendría una mujer en esa ciudad? ¿Hijos? La expresión de su cara había cambiado. Pensaba cualquier cosa, miró a todos comprobando que varios de los presentes sabían el motivo de la tristeza y odio que invadió el rostro de su hombre, al saber su destino.

El helicóptero se asentó sobre la tierra seca, levantando una gran polvareda. Patricio ayudó a Leandro a bajar y detrás de ellos, todos los

demás. Agachados caminaron unos metros, hasta que el helicóptero levantó el vuelo lo suficiente para internarse entre dos montañas, donde tres hombres lo esperaban para disfrazarlo con ramas y trapos. A unos metros de allí, se encontraba una casa medio destruida, aunque se apreciaba una ventana y una puerta de hierro que a simple vista se encontraba recién arreglada. Todos se pararon ante ella y Patricio observó hacia todos lados, cuando de pronto la puerta se abrió y ante ellos se presentó un hombre mayor con una dishdasha, el atuendo habitual de los iraquíes, y sonriendo los saludó. Patricio hizo sentar sobre una roca a Leandro, perdiéndose en un abrazo con el hombre que no dejaba de hablarle en su idioma. Luego de separarse un poco del grupo, hablaron despacio mirando de reojo a todos, que estaban cansados, hambrientos y con mal humor. Después de unos minutos se acercaron al resto.

—Pasaremos la noche acá, saldremos pasado mañana —comentó y todos comenzaron a protestar.

—Tranquilos. Mañana es un día que quizás haya compañía, no sabemos bien —dijo y todos se miraron pues sabían que, si venía el ISIS, sería otra matanza como tiempo atrás cuando soldados kurdos junto a la coalición internacional liderada por EEUU, habían avanzado en una ofensiva relámpago a gran escala sobre esa ciudad y, tras violentos enfrentamientos lograron liberar esa ciudad, aunque no del todo, pues aún quedaban miembros dando vueltas.

—Pasen a mi humilde casa —pidió Khalid el iraquí, en su idioma.

Sasha, Ángeles y el colombiano, no entendían nada y miraron a Leandro que se levantaba con dolor. Khalid enseguida lo tomó del brazo ayudándolo, mientras murmuraba palabras en su lengua. Cuando llegaron adentro, todos se sorprendieron porque, aunque estaba en ruinas, se encontraba limpia, indicó una habitación con la mano a los soldados, a la que enseguida se dirigieron. A Patricio, Alf y Máximo junto a las chicas y el colombiano, les indicó que se sentaran sobre unas alfombras y recostó sobre un catre a Leandro, para curar su pierna. Los dos hablaban amigablemente en su idioma y Patricio también participaba, cuando terminó de curarlo, revisó la cabeza del colombiano, quien luego se retiró con los demás soldados. Leandro se sentó y le pidió con un movimiento de mano a Sasha, que se sentara cerca de él, ante la mirada atenta de Khalid.

—Él es un buen amigo, no debes tener miedo —le comentó abrazándola y

besando su frente.

—¿Quereis refrescaros Ángeles y tú? —le preguntó Patricio.

—Sí, ¿habrá un poco de agua? —respondió su nieta, dedicándole una sonrisa.

—Amigo, las mujeres se quieren refrescar —le pidió Patricio a Khalid que asintió con la cabeza e indicó que lo siguieran. Leandro como pudo se levantó y las acompañó.

—Ahí —dijo el hombre señalando a un costado de la casa, un viejo y descolorido tanque con agua y un balde.

Sasha miró a Ángeles y las dos, miraron a Leandro que se sonrió.

—Es eso, o nada amor —comentó dándose vuelta, para dejarlas que se refrescaran.

Las dos se mojaron un poco como pudieron, la cara y la cabeza, pues ni locas se iban a desnudar, aunque ya había oscurecido y no se veía ni la sombra de sus cuerpos. En cuanto estuvieron listas, volvieron a la casa para ubicarse de nuevo en la alfombra.

—Cuéntame un poco lo que ha pasado —le pidió Patricio a Khalid. Leandro sintió que un frío tétrico recorría su espalda, recordar nuevamente todo ese infierno lo ponía muy mal.

—Luego de entrar en la ciudad y matar a todos los que se ponían a su paso, entraron a las casas haciendo arrodillar a sus ocupantes, ametrallándolos sin más —comenzó a contar, sin mirar a Leandro. Sasha lo miraba de reojo, observando cómo las facciones de la cara se distorsionaban y la vena de su cuello, se hinchaba de indignación e ira—. Más tarde llegaron las vejaciones a mujeres y niñas, y cuando se cansaron a las que quedaron se las llevaron regalándoselas a sus combatientes —les explicó Khalid, que se tapó la cara con sus manos, mientras Alf iba traduciendo para Sasha y Ángeles, dejando a todos los presentes hundidos en un sentimiento entre el odio y la angustia al escuchar su relato.

Leandro se levantó para ir a consolarlo, y se perdieron en un abrazo lleno de congoja. Ángeles y Sasha se limpiaban con el dorso de la mano el rostro, sin poder parar de llorar. Patricio se sentó al lado de su nieta, tratando de calmarla.

—¿Abida está bien? —preguntó Leandro y Sasha lo miró intentando averiguar quien era, al escuchar el nombre de una mujer.

—Sí, ella está bien. La pobre Sara le gritó que fuera a la montaña a esconderse cuando vimos que el ISIS llegaba, pero ella en su estado no lo logró —afirmó apenado bajando la mirada— ya debe de estar por venir. De día vive en la montaña y a la noche viene a traerme comida, envié a los hombres que taparon el helicóptero a avisarle que ustedes llegaban, así que pronto traerá comida para todos —explicó en su idioma.

El momento había llegado, Sasha debía saber la verdad sobre su vida, su angustia y su tristeza y los tan atormentados recuerdos que lo perturbaban. Luego de deshacerse del abrazo del iraquí, tomó la mano de ella llevándola afuera. La hizo sentar en la misma roca en la que él estuvo sentado cuando llegaron, ubicándose a su lado para estirar la pierna herida. Pasó un brazo por sus hombros y besándola en la frente, suspiró y tragó saliva.

—Hace unos años en una de mis misiones, conocí a Sara una mujer iraquí muy bella —su chica se movió incómoda, mordiéndose el labio inferior—. Convivimos tres años en otra ciudad, ella renunció a su familia por estar conmigo, pero allá era muy peligroso y como tenía familia acá decidimos mudarnos. Cuando yo viajaba, me quedaba tranquilo sabiendo que ella se encontraba protegida por su familia —comenzó a explicarle Leandro nervioso. Sacó el brazo de los hombros de ella y con dificultad se paró para darle la espalda y continuar con el relato—. Después de unos años pensé en irme a vivir a Argentina, estaba podrido de todo, de mis viajes y de dejarla sola, ya había conseguido una buena situación económica y solo deseaba alejarme de todo esto, pero no siempre lo que uno quiere es tan fácil. En uno de mis tantos viajes. cuando llegué me llevé la sorpresa de que estaba embarazada —dijo y se dio vuelta para mirar a Sasha—. Recuerdo que los dos estábamos felices, no lo podía creer porque parecía que no podíamos tener chicos, me sentí el hombre más feliz del mundo, me quedé con ella dos meses. Volví a viajar con la promesa, de que al volver nos iríamos a mi país —continuó y levantó los brazos para tomarse la cabeza—. El viaje se hizo largo, y tardé tres meses en volver. Cuando llegué, estaba todo destruido. No quedaba nada —explicó con el rostro empapado en lágrimas— a ella la encontraron tirada, desnuda y violada. ¡Llevaba mi hijo en sus entrañas, mierda! ¿Quién hace una cosa así? —gritó. Su desobediente se acercó a su lado abrazándolo.

—¡Lo siento mucho mi amor! —dijo Sasha, limpiándole las lágrimas que despavoridas corrían por su rostro. Él se abrazó a ella y con desesperación lloraron juntos.

—Yo la amaba y quería a ese hijo —siguió contándole abrazado a ella—. Imagino lo que sufrió, hasta sueño con sus gritos resistiéndose, y su recuerdo me persiguió por años, yo era un hombre que quería morir, un hombre sin patria y sin hogar, nada me importaba, ¡nada! —dijo roto de dolor. Sasha se separó de él, tomando su rostro entre sus manos.

—Pero me conociste a mí, ¡yo te amo! No llores más, lamento lo que pasaste, pero la vida sigue, no quiero que te mueras. ¡No me dejes por favor! —le pidió abrazándolo desesperadamente.

—Lo sé mi amor y yo también te amo. Vos me devolviste a la vida, le diste a este loco el deseo de vivir nuevamente, me regalaste el aire para seguir respirando y prometo cuidarte y amarte siempre. No quiero volver nunca más a este maldito lugar —expresó.

En ese momento una mujer, que Sasha supuso sería Abida, se paró frente a Leandro. Al verla, este le contó que era la hermana de la que fuera su mujer. No tenía más de veinte años, pero la miseria y la crueldad de esa tierra, sumada a las guerras vividas, hacían que su rostro aparentase más años. Con ella venían otras dos mujeres, que, en sus manos envuelta en trapos, traían comida para todos los recién llegados. Todas vestían sus abas, los trajes típicos negros, los cuales cubrían sus cuerpos hasta los pies y el tradicional hijab que cubría sus rostros, dejando ver solo sus ojos.

—¿Cómo estas? —le preguntó Leandro en su idioma a Abida.

—Bien —dijo ella sin dejar de observar a Sasha, quien también la miraba de reojo.

—Voy a rehacer mi vida, si no moriré. ¿Lo entiendes? —le comentó ante la mirada incriminatoria de Amina.

—Es lo justo, debes hacerlo —murmuró imaginando que el recuerdo Sara, se había evaporado de la mente de él.

—Escúchame, jamás podré olvidarme de Sara y mi bebe, ¡jamás! —exclamó con los dientes apretados.

Amina se abrazó a él, agradeciéndole sin decirlo que no olvidara a su

hermana, sabiendo que siempre sería un hombre, que lucharía con los demonios de un pasado que jamás olvidaría. Sasha que, por primera vez en su vida, vivía la realidad de una guerra que no era de ella y aunque sintió pena por esa chica, ver el cariño con el que su hombre la trataba, hizo que los celos aparecieran, imaginando que en la mente de él siempre estaría la mujer que amó y ese hijo que perdió. Debería luchar con un fantasma y no sabía si estaba dispuesta a hacerlo. Inmediatamente se acordó de sus padres, enseguida tomó su celular y retirándose hacia un costado de la casa, marco el número de su padre. Su abuelo ya lo había llamado, confirmando que se encontraban bien.

—¿Papá? —preguntó sacándose unas lágrimas. Marcus que se encontraba en la oficina, se le aflojaron las piernas y se tuvo que sentar en el sillón.

—¡Hija! ¡Mi vida! ¿Cómo estás? El abuelo me dijo que están bien — exclamó su padre.

—Sí papá, perdóname —respondió con la voz cortada por el llanto.

—¡No llores mi vida ya vendrán a casa, no hay nada que perdonar! ¡Yo tengo la culpa! ¡Si yo no le hubiera pegado a él y lo hubiera escuchado, vos no te hubieras ido! —dijo su padre.

—¡Los extraño! Creo que pasado mañana nos vamos —le explicó.

Marcus abrió grandes sus ojos, se pasó la mano por el pelo parándose inmediatamente.

—¿Cómo pasado mañana? ¡Dame con Leandro, mañana mismo quiero que salgan! —gritó desesperado.

Leandro cuando la vio hablar por teléfono se acercó, sabiendo que hablaba con el padre. Ella lo miró y le pasó el celular.

—Marcus ¿cómo estas? —saludó.

—¿Cómo mierda quieres que esté? ¡Mi hija te fue a buscar a un país que está en guerra, mi padre me dice que están bien, y ahora resulta que saldrán recién pasado mañana! ¿Se volvieron locos? ¡Trae a mi hija de vuelta, ya! — chilló enojadísimo. Leandro se separó un poco el celular por los gritos.

—Avisaron a Khalid que mañana puede andar la guerrilla rondando la zona, tu padre prefiere escondernos en las montañas hasta pasado mañana —le comentó Leandro y Marcus comenzó a caminar por el espacio de su oficina,

tratando de pensar una solución.

—Mira amigo, si no traes a mi hija de vuelta juro por Dios que... — Leandro no lo dejó terminar la frase.

—Juro por mi vida, que te la llevare sin un rasguño, confía en mí —pidió.

—Dame con mi padre, quiero hablar con él y cuida a mi hija. No te separes de ella ni un segundo. ¡Sabes muy bien de lo que son capaces esos hijos de putas! —terminó diciendo.

—Tranquilo, no me separaré —le aseguró.

Leandro sintió en las palabras de su amigo, lo mismo que sentía él sin decirlo, el temor de que a su chica le sucediera algo comenzó a atormentarlo. Sabía que Marcus amaba a su hija, pero él también la amaba y esta vez, no se alejaría de ella ni por nada ni por nadie, su corazón pedía a gritos paz y él estaba dispuesto a dársela. Ya demasiado había sufrido meditó, mientras abrazaba a su mujercita notándola muy callada y asustada, le hizo una seña a Patricio con la mano, para retirarse un poco y tener privacidad con ella. Le puso en sus manos el celular, para que hablará con su hijo. Se puso un rifle al hombro, igual que Sasha y de la mano subieron lentamente la montaña, alumbrándose con una linterna. Casi al llegar, salieron de atrás de unos arbustos dos hombres apuntándolos, los dos prepararon sus armas justo cuando apareció otro hombre alto y reconociéndolo, lo saludó.

—*Assalamu Alaikum* ^[1]—saludó en su idioma, llevándose la mano derecha al corazón. Leandro devolvió el saludo en iraquí y Sasha respiró profundamente, reponiéndose del susto.

10

—¡Casi muero del susto! ¿Que les dijiste? —dijo Sasha tomándole de la mano nuevamente, Leandro sonrió mirándola.

—Que quiero un un lugar a solas, con mi mujer —respondió él. Ella lo miró con ironía.

—No soy tu mujer, no cantes victoria antes de tiempo, sos un creído —acotó pegándole en el brazo.

—Ya sos mi mujer! ¡Sos mía, desobediente! —exclamó él con orgullo.

Luego que caminaron unos cien metros, vieron un tipo choza de donde provenía una luz tenue, ella se rehusaba a entrar y la empujó guiñándole un ojo.

—Acá vive Abida, entra por favor, necesito unos minutos a solas con vos —le pidió.

El lugar era chico, pero se encontraba bien aseado, sobre el piso había alfombras, en un borde una cama chica y una mesa de fierro vieja, en la cual una lámpara antigua brindaba luz y sobre otro costado, dos baúles. Los dos se

sentaron en la cama, dejando sus armas cerca de ellos, el teniente la abrazó y besó su frente, mientras ella rodeaba con los brazos su cintura.

—Te traje acá solo para hablar —manifestó él levantando su mentón observándola, sintiendo aún el temor de ella por la situación que estaban viviendo.

—Ya sé todo, solo quiero irme a casa. Esto es un infierno, no quiero volver nunca más a este lugar —replicó ella.

—Y no volveremos, te lo prometo. No perteneces acá, compraremos una casa cerca de tus padres, ¿eso quieres? —preguntó Leandro con temor, pensando que ella querría volver a la casa paterna.

—Sí, eso es lo que quiero. ¡Vos no tendrías que haber vuelto a este infierno! —exclamó y esas palabras le molestaron a Leandro, pero creyó conveniente no discutir pues ese no era ni el momento ni el lugar. —Vamos con los demás acá me da miedo, quiero estar cerca de mi abuelo —afirmó levantándose, ante la mirada de él que no la comprendía, entendía su miedo, pero no su enojo. Él no había hecho nada para que ella está enojada, o eso creía.

Mientras se alejaban y bajaban lentamente la montaña, él se paró un instante observándola y ella miró hacia otro lado, retirándole la mirada, claro que estaba enojada.

—No bajaremos hasta que me digas lo que te molesta. ¡Dímelo! —ordenó Leandro.

—El abrazo que le distes a Abida, aunque ella me da pena, no debiste hacerlo. ¿Te gustaría verme abrazada a otro, aunque sea por lastima? —replicó ella con ira. Leandro no podía creer lo que ella decía, sintió ganas de darle unos chirlos en el culo, seguramente como jamás se lo dieron los padres y comprendió que ella era muy joven e inexperta. Tan distinta a Abida que había sufrido en sus cortos años, lo que Sasha no sufriría nunca en lo largo de su vida, luego recordó que se encontraba en peligro solo por culpa suya y tuvo ganas de abrazarla tanto hasta cortarle el aliento. Amaba a esa desobediente como jamás amó a nadie y solo se quedó observándola sin saber qué decirle y ella siguió caminando. De pronto de su walki se escuchó la voz desesperada de Patricio.

—¡Leandro, no vuelvan! Repito, no vuelvan —gritó el abuelo de Sasha. El

cuerpo se le quedó paralizado de terror, y los nervios se apoderaron de todo su ser, apresurando los latidos de su corazón. De dos zancadas largas, tomó el brazo de su desobediente para que se detuviera. Ella lo miró mal dándose vuelta, mientras su mente trabajaba a paso veloz pensando qué hacer.

—¡Debemos volver a la cabaña! ¡Ahora! ¡Ya! —le ordenó. Ella se asustó de sus palabras y lo miró sin alcanzar lo que él ordenaba.

—¿Estás loco? Yo no volveré a esa pocilga y a mí no me das órdenes —le gritó.

Leandro en un segundo, le sacó el arma que llevaba colgada de su hombro y levantando su cuerpo sobre sus hombros maldiciendo, subió como un rayo la empinada ladera y en minutos se internaron en la montaña. Bajó el cuerpo de ella depositándolo sobre el tronco de un frondoso árbol y ante la expresión de ella entre odio y temor, tiró las armas sobre la tierra, agarró su cintura con sus dos manos y la apretó a su cuerpo.

—Vas hacerme caso. ¿Escuchaste? No grites —le exigió.

—¡Déjame! ¿Te volviste loco? ¿De qué mierda hablas? —reclamó ella.

—Que nos están por atacar —dijo y cuando ella iba a abrir su boca, él se la cerró con un beso lleno de amor y temor—. ¡Quédate acá, escóndete! Volveré por vos, por favor no bajas.

—Quiero ayudar —murmuró Sasha y Leandro tomando las armas del piso, le entregó la suya para luego depositar la de él sobre su hombro, corrió el pelo de su cara y acarició su mejilla sin dejar de mirarla.

—Amor no quiero que bajas. Prométeme que te quedaras —le pidió con ternura. Ella lo prometió con un movimiento de cabeza.

Leandro besó su frente y bajó nuevamente la montaña, para ayudar a los demás. Se quedó agachado en el borde de una de las tantas rocas que había en el lugar y sacando sus binoculares del bolsillo de su pantalón, comenzó a observar la casa de Khalid, enseguida diviso a Alf, Máximo y Patricio apostados en la ventana observando y decidió llamarlo.

—¡Patricio! ¡Patricio! —llamó esperando la respuesta.

—Leandro no bajen —respondió este.

—¿Dónde está Abida? —averiguó.

—Quiere irse a la montaña donde estas vos —contestó Patricio.

—Estoy con los binoculares observando la casa, a Sasha la dejé arriba —le explicó.

—Abriré la puerta para que salga, protégela a ella también —le pidió y apenas abrió la puerta el coronel, la muchacha salió corriendo y segundos después se agachó detrás de Leandro.

—Corre hacia la montaña y quédate con mi chica, no se muevan de ahí pronto iré yo —le comentó en su idioma.

Al terminar de decir eso, un camión viejo se iba acercando a la casa de Khalid con un grupo de quince hombres fuertemente armados. Leandro no sabía qué hacer, doblaban a los que había en la casa en número y en armamento. Se quedó agazapado esperando instrucciones.

—Leandro ¿ves cuantos son? —inquirió Patricio a través de la radio.

—Más que nosotros, calculo unos quince. Decime qué hacer, los tengo en la mira —acotó apuntando con su arma directo a la cabeza del que parecía dar órdenes.

—Espera, saldrá Khalid quizás si tenemos suerte se irán luego de entregarles algo de comida, no dispaes. Repito, no dispaes —ordenó el comandante.

Leandro se limpió con una mano el sudor. Los hombres se bajaron del camión, dando vuelta por la casa y hablando entre ellos. El iraquí abrió lentamente la puerta y les habló mientras le apuntaban con sus armas. Patricio y los demás se pusieron a la defensiva. Luego de intercambiar algunas palabras, los hombres parecían irse, pero a uno de ellos le pareció ver algo adentro y empujando al iraquí entró. Un certero disparo del coronel, fue suficiente para matar al hombre que cayó al piso, afuera el primero que recibió un tiro fue Khalid, los de adentro se pusieron en posición y los de afuera tras el camión, comenzaron a disparar.

—¡Ahora Leandro! ¡Comienza a disparar! —exigió Patricio con la voz quebrada.

Leandro ajustó la mira láser de su rifle y en minutos logró derribar a cinco agresores, de inmediato otros cinco atacantes se escabulleron alrededor de la casa y los restantes entraron. Dentro se escucharon varios disparos y el

teniente se desesperó, cuando unos tiros provenientes de atrás lo inmovilizaron pensando que los atacantes también estaban ahí, pero se dio vuelta velozmente comprobando que Sasha tirada en el suelo derribaba a uno que por el borde de la casa a cuerpo tierra, se dirigía a su posición. Leandro se sonrió y los dos comenzaron a disparar a mansalva, hacia todos lados. Luego de derribar a todos los que se encontraban afuera, su desobediente se acercó a él.

—Teniente te salvé. Me debes una —afirmó orgullosa.

—Vi que venía, solo quería que se acercará más —rebatió Leandro sonriendo, sabiendo que era mentira.

—¡Si, claro como no! Miénteme que me gusta —respondió ella y él movió su cabeza, pensando que esa chica lo estaba volviendo loco. Luego Sasha rompió su coraza— Tengo miedo —le susurró.

—¡Yo voy, vos espera acá! —le dijo con voz autoritaritaria, haciéndole una caricia.

El temor de ella se acrecentó al no sentir ruidos, el solo hecho de pensar que a su abuelo pudo pasarle algo la enloqueció, se ubicó bien sobre la roca mientras que por la mira de su rifle seguía los movimientos de su hombre, que lentamente se acercaba a la casa. Este cuando llegó apretó su espalda a la pared, tratando de ver por la ventana. El silencio era absoluto. Un movimiento alertó los sentidos de Leandro que se refugió, la puerta se abrió lentamente y lo que vieron sus ojos lo dejó aterrado, tres de los atacantes salían escudándose en los cuerpos de Patricio, Alf y Máximo. Ella lo miró sin saber qué hacer. Esté le hizo señas que se agachara y siguiera apuntando a los hombres. Los hicieron arrodillar, y con una sonrisa irónica apuntaron a sus cabezas.

El corazón del teniente se detuvo en un segundo, mientras Sasha se secaba en silencio las lágrimas sin dejar de apuntar, miraba a su abuelo a los ojos atreves de la mira de su rifle y quería morir, él se encontraba en esa posición por su culpa. Leandro calculaba el disparo que iba a ejecutar, aun sabiendo que mataría a alguno de ellos, uno de sus amigos moriría. Se arrodilló en el suelo haciéndole una señal a su desobediente que temblaba errar el disparo, pues si lo hacía sería la muerte segura de los que seguían arrodillados en el piso.

De repente y de la nada el sonido ensordecedor de la hélice de un potente y enorme helicóptero, se hizo presente ante ellos. Los hombres que estaban de rodillas levantaron la mirada hacia la máquina y los agresores sin dejar de apuntar, giraron sus cabezas al infernal aparato a metros de ellos. Leandro reconoció al segundo a los ocupantes y haciéndole señas a Sasha que se encontraba confundida, le pidió que bajará su arma sin dejar de observar la situación. Tres soldados francotiradores desde el helicóptero ejecutaron a los agresores en segundos. Patricio, Alf y Máximo se levantaron y sonrieron a quien luego de aterrizar el helicóptero, bajó a las carcajadas.

—¡Mi coronel! ¡Ya estás grande para esto! —dijo perdiéndose en un abrazo con Patricio.

—Loca de mierda, casi muero ¿por qué no viniste antes? —preguntó mientras ella saludaba a los restantes, Leandro salió de su escondite y ella al verlo corrió hacia él.

—¡Mi novio! —exclamó besándolo en la boca mientras él trataba de alejarse riendo—. Pero ¿qué te pasa? ¿No te gustan más las mujeres? —preguntó sonriendo. Todos desviaron las miradas hacia Sasha, que bajaba la montaña enojada al ver como lo había besado.

—¡Abuelo! —murmuró y Patricio la abrazó besándole la frente.

—Ahora nos vamos a casa mi vida, ya nos vamos —acotó sin dejar de mirarla y acariciarle las mejillas coloradas.

—Pero ¿esta belleza es la hija de mi otro novio? —rio la mujer y la ira de Sasha explotó.

—¡Mi papá no tiene novia! ¿Quién carajo sos? —gritó y Leandro fue a su encuentro. Ella luchó para deshacerse de su abrazo, él tomó su rostro entre sus manos dándole un beso de película delante de todos.

—¡Mierda! Teniente, a mí nunca me besaste así —dijo la mujer y Sasha iba a replicarle cuando su abuelo se lo impidió.

—Sasha, ella es Dennis amiga y empleada de tu padre —explicó Patricio. Sasha no quiso saludarla, solo la miró mal.

Leandro la llevó a un costado de la mano para explicarle, que Dennis era siempre así de chistosa y que nada tenía con su padre ni con él, solo era trabajo. Ella después del descargo de él, se sintió una estúpida por

comportarse de esa manera con la mujer que los había salvado. Khalid había muerto por defenderlos y todos estaban apenados, Abida se quedaba con un familiar menos nuevamente. Después de enterrar al iraquí, Alf dijo unas palabras muy sentidas en la partida de ese hombre, que muy generosamente los había ayudado. Ya pronto a irse, todos miraban de reojo a la hermana de Sara que, como un pollito mojado, veía los preparativos de su partida.

—¿Qué haremos con ella? Me da lástima dejarla acá, aunque en la montaña le quedan dos familiares aún —susurró Leandro a Patricio.

—No podemos llevarla, somos muchos. Además, tiene otras costumbres, es otro tipo de vida —respondió Patricio. Las mujeres escuchaban atentas al lado de Dennis, que estaba impaciente por marcharse.

Abida confirmó la sospecha de Patricio, de querer quedarse entre su gente y todos se despidieron de ella. Leandro la llevó hacia un costado y puso en sus manos un par de billetes.

—Cuídate mucho, junto a ese dinero está mi número de teléfono, llámame cuando quieras —le dijo besando su frente, ella lo abrazó mientras se secaba una lágrima y Sasha se arrimó para darle un beso en la mejilla.

—Que sean muy felices y que Alá siempre los proteja —susurró Abida en su idioma, Leandro le tradujo lo que había dicho a su hija, que le respondió con una sonrisa sincera.

Marcus estaba impaciente por que llegaran, no veía la hora de abrazar a su hija y hablar unas palabras, con el hombre que había robado su corazón, Carla a pesar de que aún no perdonaba a su marido, se encontraba feliz al saber que su pequeña estaría junto a ella.

Dennis no quería llegar a la casa de su jefe y luego de estar unos minutos en el departamento de Patricio, este la llevó al aeroparque donde tomó un avión, rumbo a la triple frontera donde seguía dirigiendo y cuidando los negocios del hombre más temido de ese lugar, su jefe y su amor imposible. Al colombiano lo dejaron en un hotel del centro, pronto tomaría también un avión, con destino a su país.

Alf, Máximo y Patricio, cansados se dirigieron a sus hogares al igual que los demás soldados. Leandro con Sasha llegaron a la casa de ella en la camioneta de él. Leandro se detuvo frente a la puerta, con temor de enfrentarse a su amigo, ella lo miró e inclinándose, recostó su rostro sobre su pecho y él

la rodeó con su brazo, besando su cabeza.

—¡Llegamos! ¿Qué pasará ahora? No quiero estar lejos de ti, te amo —le susurró Leandro con los labios apoyados en su pelo.

—Yo también te amo. ¡Hablemos con papá! —respondió Sasha y los dos bajaron aún con sus ropas de soldados y sus bolsos auestas.

Sasha tocó el timbre, su padre apenas abrió la puerta, la estrechó contra su pecho en un emotivo abrazo. Carla corrió a su encuentro y se abrazaron los tres, mientras Leandro observaba la escena sin entrar. Carla se dirigió hacia adentro con su hija y Marcus, enfrentó a su amigo parándose frente a él, sin dejar de mirarlo.

—Hola —pronunció Leandro.

Marcus serio, extendió su mano para saludarlo, nada más notar el contacto de la mano de Leandro, tiró de él para fundirse en un abrazo de sincero agradecimiento.

—Gracias por traer a mi bebé de vuelta, estoy en deuda contigo de por vida —le dijo Marcus.

—Gracias a vos por aceptarme, amo a esa pequeña desobediente y te juro que siempre la cuidaré —replicó Leandro sosteniéndole la mirada.

—Bueno pasemos a la cocina, comeremos algo y luego descansarán, mi padre me contó que fue a llevar a Dennis al aeroparque, la verdad es que la negra se portó —comentó y Leandro asintió con la cabeza, mientras entraban a la cocina donde Sasha y la madre ya picaban algo—pero no la nombremos por Carla —susurró Marcus.

—Servite lo que gustes, gracias por cuidar a mi hija —aseveró Carla mirando al teniente, que se sentó al lado de su chica. Sasha sin pensarlo, lo besó en los labios poniéndolo incómodo por estar frente a su padre.

—Acostúmbrate amigo, ella es así —aseguró Marcus y Leandro sonrió, animándose a tomarle la mano.

Mientras su chica se duchaba, llegaba el paseador de perros con su perro Bobby, apenas abrieron la puerta de calle, él supo que su dueña había llegado. Sin hacerle caso a nadie, corrió a su dormitorio y comenzó a saltar a su alrededor, mientras ella trataba de calmarlo.

—¿Te portaste bien? ¡Mi perro consentido! Te amo Bobby —le decía ella acariciándolo, tratando de vestirse.

Cuando salió, vio a su padre y a Leandro hablando sentados en el jardín, se notaba que hablaban temas que no querían que escuchara, porque lo hacían en voz baja.

—¿Qué hacen mis hombres? —averiguó pasando sus manos por sus hombros, a Leandro el cansancio se le notaba, y se paró para irse.

—¿Dónde vas? Báñate, que Carla ya está preparando la cena y vendrán los muchachos —dijo Marcus.

—Me iré a mi departamento, no tengo ropa limpia —confesó nervioso.

—Mi papá te presta ¡dale! Quédate, después dormiremos en mi habitación —replicó Sasha y Leandro miró hacia otro lado. Ella hablaba como si nada y él se moría de vergüenza.

—Vamos amigo! ¡No me vas a decir suegro, porque te mato! No se hable más, vamos que te daré ropa, mañana será otro día y veremos qué van a hacer —comentó sonriendo Marcus.

Mientras Leandro se duchaba, Sasha jugaba con su perro en su cama, al verlo salir con una toalla alrededor de su cintura y otra en sus manos secándose el pelo, creyó morir de amor. Amaba a ese hombre, sus brazos fibrosos, su gran torso con varias heridas y esos rasgos tan varoniles desataron en ella un vendaval de emociones, él sabiendo lo que provocó en ella, se sonrió y le hizo una seña para que sacara al perro de la habitación y ella obedeció al instante. Leandro se acercó a ella y extendiendo su mano, la instó a ir a su lado, ella retiró la pequeña toalla que cubría su cintura y bajando la mano tanteó su bulto, ante un pequeño gruñido de él pues ya su lengua ardiente, hurgaba en la boca de ella.

—Dios mío, ¡cuánto te amo! —le susurró él, mientras acariciaba con sus manos, sus pequeños y erectos pechos. Luego se retiró unos centímetros, para instalar que bajaran a cenar.

—Quiero mi postre ahora —respondió Sasha, mordiéndole el labio inferior y disparando así todos sus bajos instintos.

—Vamos a cenar, no seas desobediente. La noche es larga y este hombre te dará, todo lo que tiene guardado para vos —le replicó Leandro, apartándose

de ella para comenzar a vestirse.

Luego de una cena acogedora donde nadie preguntó nada sobre su relación, todos se fueron a descansar. Y aunque los dos estaban locos por hacer el amor, estaban tan cansados que luego de unos cuantos besos subidos de tono, sin quererlo se durmieron. Cuando él se despertó estaba más cansado que el día anterior, pasó los dedos por sus ojos y girando la cabeza, observó a su mujercita durmiendo con los labios entreabiertos. Se quedó un momento mirándola imaginando una vida junto a ella, pasó un dedo por su mejilla palpando su piel tan suave, acomodó lentamente su pelo y besó suavemente su mejilla. ¿Podría hacerla feliz? La veía tan joven, él le doblaba la edad y se mordió el labio inferior, pensando que quizás ella podría ayudarlo a espantar todos los demonios que aún vivían en él. Se iba a levantar, pero decidió quedarse unos minutos más, mirarla era un bálsamo para su corazón partido, enseguida le vino a la mente Sara y se inquietó, su alma necesitaba una paz que sabía sería difícil de encontrar. Se levantó de mal humor, poniéndose la ropa que su amigo le había entregado la noche anterior. Apenas abrió la puerta, Bobby entró acostándose al lado de su amor, lo que le provocó una sonrisa. Se sentía ruido en la cocina y unas voces que hablaban. Entró despacio y encontró a su amigo y a Patricio, hablando de lo ocurrido. Saludó y se sentó enfrente de ellos. Patricio se levantó y le sirvió una taza de café, que tomó enseguida entre sus manos.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Marcus.

—Bien, todavía estoy cansado, tu hija duerme —comentó mientras Marcus le entregaba un diario para que observara las noticias, lo miró dejando la taza sobre la mesa y comenzó a leer mientras arrugaba la frente.

“El presidente de los Estados Unidos Donald Trump, dirigió anoche una operación militar en Siria, por supuestos ataques de armas químicas contra la población rebelde de Duma”

—¡Esto no terminará nunca! Yo nunca más piso ese maldito lugar. Basta para mí —exclamó dejando el diario sobre la mesa y bebiendo un trago de su café.

—Hablemos Leandro, ¿qué piensan hacer? ¿Dónde van a vivir? Sabes que acá hay lugar —inquirió Marcus. Él sonrió de costado, pues no sabía qué hacer, estaba deseando hablar con su desobediente a ver qué pensaba, lo

aterraba la idea de vivir separados, pero no podía obligarla.

—No lo sé —afirmó bajando la vista— haré lo que ella desee —comentó. Y en ese momento entro Sasha en la cocina en pijama y su perro atrás, besó en los labios a su hombre y luego en la mejilla a su padre y su abuelo.

—Vamos a vivir al departamento de Leandro. Luego buscaremos una casa cerca de esta —dijo mirando a su padre, mientras bebía el café que su abuelo le había servido—. ¿Qué te parece? —indagó observando a Leandro que sonreía y en respuesta a su pregunta, él paseó sus dedos por su mejilla.

—Lo que vos quieras mi amor —contestó Leandro y Marcus observó, el amor con el que su amigo miraba a su hija y se sintió plenamente feliz por los dos.

—Bueno mejor, así estaremos juntos —exclamó el padre y el abuelo serio, sabía que su hijo era un gran padre y también deseaba tenerla cerca.

Sashaa se mudó al departamento Leandro, que no se decidía en qué trabajar. Marcus le pidió que trabajara con él adiestrando a los hombres, para las misiones que siempre hacían, pero él ya no quería saber nada, ni de soldados ni entrenamientos, estaba aburrido y cansado de esa vida. Colgó su traje de soldado. olvidándose de él y Sasha aprovechaba, para tenerlo cerca todo el día. Disfrutaban de los días y las noches amándose sin piedad, recuperando el tiempo perdido. Iban a ver casas y a todos lados llevaban a su fiel amigo y compañero Bobby. Algunos fines de semana Ángeles, Félix y Milo iban a visitarla y su hombre se mordía los codos, porque este último siempre le había caído mal y cuando ella le contó que un día se le tiró, desato en él un vendaval de celos que pese a querer controlar, era imposible lograrlo. Mientras ellos se divertían jugando a las cartas o viendo una película, él aprovechaba para encerrarse en un cuarto del cual había hecho su oficina y ahí en silencio, repasaba su vida mentalmente. A las tres o cuatro horas, su chica despedía a los amigos y él salía de su refugio. Pero ese día no se iban y se sintió harto y de muy mal humor, abrió la puerta dirigiéndose a la cocina a comer algo y apenas puso un pie en el espacio, observó como Milo tomaba a su chica del brazo y sin su consentimiento, la besaba en la boca. Se quedó con los pies pegados al piso sin poder reaccionar, pero ella inmediatamente, lo empujó dándole una cachetada y sin pensarlo, de tres zancadas Leandro tomó al chico del cuello con una sola mano levantándolo en el aire, Milo gritaba y el resto quedaron mudos al ver la situación.

—¡Bájalo Leandro! —sintió el grito desesperado de su mujercita, al ver que Milo abría grandes los ojos sin poder respirar. Su hombre ni la miró y lo soltó, clavándole su mejor mirada asesina.

—¡Si te veo a diez cuadras cerca de mi mujer, empieza a rezar, porque no te imaginas de lo que soy capaz! ¿Escuchaste? —le gritó apuntándolo con el dedo—. ¡Y ahora fuera de mi casa todos! —exclamó airado. Sasha no podía creer cómo echaba a sus amigos.

—Ángeles quédate por favor —le pidió Leandro a la muchacha mirándola, pero esta se sintió intimidada por la situación. Tomó su abrigo, su cartera y saludando a su amiga se marchó. Al quedar solos las recriminaciones de ambos, no se hicieron esperar.

—¿Cómo te atreves a echar a mis amigos? Claro es tu casa no la mía —reclamó ella.

—Por favor, no quise decir eso. Sabes que todo lo mío es tuyo. ¿Que tenía que hacer? ¿Dejar que ese pendejo siga buscándote frente a mis narices? ¿Eso querías? —cuestionó Leandro.

—¡Claro que no! Pero lo hubieras echado solo a él, no a todos —exclamó ella dándose vuelta.

Leandro respiró profundamente y lentamente se acercó a ella, abrazándola desde atrás cubriendo su cuerpo con sus brazos, mientras sus labios susurraban en su oído.

—Vamos no te enojas, solo hice lo correcto, te amo y no quiero que nadie te toque —le explicó cariñoso. Ella se dio vuelta y apoyó sus manos en su gran y duro pecho, mirándolo.

—¡Lo sé! Solo que Ángeles y Félix son buenos, no... —él posó uno de sus dedos sobre sus labios, haciéndola callar.

—No quiero pelear por ese pendejo —afirmó mientras su lengua juguetona, lamía el lóbulo de la oreja de ella y su bulto se refregaba por su cuerpo.

—Ámame —susurró ella entregada.

—Dime lo que te gusta. ¿Quieres esto? —le dijo él con voz ronca, mientras subía su vestido, preparándola para hundirse en su sexo.

—¡Sí! ¡Tómame! —gritó ella húmeda como estaba.

En un segundo la dejó desnuda y alzándola en brazos se dirigió al dormitorio, ya en esa cama comenzó a dar rienda suelta a ese fuego que tenía dentro y que ella tan solo tocarlo despertaba. Sus dedos largos comenzaron a acariciar sus hombros lentamente mientras bajaban y se instalaban en su cintura, las caderas de él iniciaron un vaivén donde los gritos de Sasha y sus gruñidos llenaban el espacio.

—¡Te amo! ¡Estoy loco por vos! Dime que vos sientes lo mismo —le pidió Leandro, mientras el sudor por la excitación que sentía, caía por su rostro.

—Yo también te amo, mi celoso —exclamó ella en el instante que las piernas se le aflojaban y llegaba a un gran orgasmo, que hizo temblar todo su cuerpo. Leandro se sonrió satisfecho y apurando sus movimientos logró terminar juntos. Se quedó unos minutos dentro de su sexo, durante los cuales despidió hasta la última gota de su semen.

Luego ella se dio vuelta quedando de espaldas a él y los dedos de Leandro comenzaron lentamente a acariciar sus cachas, Sasha giró su cabeza y sus labios se perdieron en un beso interminable, un beso mojado de sudor y lleno de amor. Eran dos seres conociéndose, mimándose, dos amantes que no se cansaban de desearse y de amarse, a toda hora.

La vida de ellos seguía entre ruedas, amarse era lo que más les agradaba, pasaban horas hablando, conociéndose y contándose sus secretos, las madrugadas los encontraba recostados en el gran sillón, riendo o platicando temas sin importancia. Varias horas al día se la pasaban jugando con el perro, Leandro le había enseñado a buscarlos a los dos y Bobby muy inteligente, solo oliendo una de sus ropas los encontraba y ellos se mataban de risa. Otras veces hundían en su collar de cuero un papel escrito con mensajes de amor y el pobre se volvía loco llevándolos.

—Sasha, me voy a la oficina de tu padre, ¿escuchaste amor? —susurró una mañana, pero ella estaba completamente dormida.

Leandro ya se encontraba vestido con un pantalón de jean y una camisa negra, como ella ni se movía, se agachó despacio, besó su frente y tapándola se marchó. Antes de salir de la habitación, se dio vuelta observándola, amaba con todo su corazón a esa pequeña desobediente, ella lo había devuelto a la vida y ya no podría vivir sin ella, meditó sonriendo mientras salía.

Justo antes de entrar en la oficina de su de amigo, su celular sonó, detuvo su paso y atendió.

—¿Hola?... ¿Hola?... ¿Quién es? —respondió, pero nadie contestó y guardó su celular en su bolsillo, mientras golpeaba la puerta de la oficina.

—¡Pase! —se escuchó la voz de Marcus, quien parado señalaba unas carpetas que se encontraban arriba de su escritorio a su amigo Alf.

—¿Cómo está mi amigo? —inquirió Marcus yendo a su encuentro abrazándolo—. ¿Cómo está mi hija? —terminó de preguntar.

—Durmiendo, ni me escuchó salir —respondió mirándolo— ¿Qué están haciendo?

—Mira, tenemos que entregar un cargamento. Máximo y mi hijo lo harán con algunos hombres, ¿no quieres unirse al equipo? —cuestionó Marcus y Leandro sonrió.

—No amigo mío, ya te dije me retiré —contestó.

—Pero ¿qué vas a hacer? Mira que el dinero se acaba rápido —comentó Marcus.

—Lo sé, pero lo he invertido muy bien —le informó y sus amigos intrigados, lo observaron.

—¡Ah no! Ahora nos cuentas —exigió Alf.

—¿Recuerdan cómo me gustan los frutos secos? —preguntó y los otros lo miraron sin entender.

—Sí ¿y qué tiene que ver? ¡Dios! Creo que el amor te afectó mal, amigo —afirmó Marcus riendo.

—Tengo plantaciones que dan esos frutos y no se imaginan lo que reditúa por mes —explicó.

Los amigos se quedaron con la boca abierta, nunca se imaginaron que el invertiría su dinero en eso.

—Muy bien por vos, ¿dónde los tienes? —preguntaron y derás de esa, vinieron mil preguntas más que él les respondió, poniéndolos al tanto de sus fructíferos negocios.

—Hace diez años, cuando trabajaba con vos sabes que me encantaban los frutos secos, que todos me cargaban porque los comía a toda hora —confesó y todos se rieron— bueno se me ocurrió investigar sobre esas plantaciones y descubrí que la ciudad de Mendoza, era el mayor productor, en Tupungato precisamente. Nunca se lo conté, porque para ustedes no era muy interesante, pero hace mucho yo ya había decidido retirarme de todo esto —dijo tocando un arma que se encontraba sobre el escritorio—. Un día, viajé hasta esa ciudad y hablé con productores de la zona, tuve suerte y encontré uno que estaba viejo y cansado que me ofreció venderme todo. Por supuesto acepté en el acto, y lo compré con los ahorros de toda una vida, además de una casona vieja donde él vivía, medio destruida.

—Vos amigo tienes bien puesto el apodo, sos un loco de mierda —soltó Marcus y Leandro se sonrió, pues sabía que era verdad—. ¿Cómo vas a adquirir algo sin saber nada?

—Me arriesgué, los primeros cinco años solo recaudé lo justo y necesario para seguir invirtiendo y rogando que no hubieran heladas porque sino, se arruinaba todo. Me decían que tardaría en ver las ganancias y yo pensaba que

estuve loco en dedicarme a eso —suspiró profundamente—. Pero como siempre digo, Dios aprieta, pero no ahorca. Lentamente arreglé la casona dejándola como era de mi agrado, luego comencé a hacer injertos gracias a un hombre grande, que me cuida las plantaciones y me aconseja. Tengo dos variedades que son aceptadas en todo el mundo: Chandler y Franquette. Su cosecha se paga en dólares, la primera es la más productiva y la recolección se inicia en la segunda quincena de marzo y termina en abril —explicó como si fuera un experto.

—Pero dime una cosa, ¿te conviene? ¿Sacas una buena ganancia? —pregunto Alf.

—En este momento, soy el mayor productor de frutos secos del país. Mis productos los envío básicamente a Italia y a otros países de Europa.

—¡Madre mía, sos millonario y yo sin saber nada! —exclamó Marcus y Leandro rio.

—No sé si millonario, pero dinero no me falta, pienso darle a mi mujercita una vida de reina como vos se le das —afirmó—. La exportación para mí fue un gran desafío, después de muchos años, ¡lo logró! Hace un año exporté 1.800 toneladas, lo que equivale al 60% de toneladas a nivel mundial.

Marcus no sabía qué decir, Leandro resultó ser un gran hombre de negocios y se encontraba feliz, pues sabía que a su hija nada le faltaría, había encontrado a un gran hombre, que la sabría cuidar como él siempre lo hizo. Mientras Leandro contaba de sus inversiones, su celular volvió a sonar, apurado lo tomó del bolsillo de su pantalón y atendió sonriente pensando que era su mujercita, mientras sus amigos lo cargaban al ver la cara de felicidad que ponía.

—¡Hola amor! —respondió rápido, pero nadie contestó, entonces miró la pantalla y era un número desconocido—. ¿Hola? —dijo de nuevo y como no oyó nada, colgó—. Antes de llegar acá, también me llamaron y no hablaron... —les contó a sus amigos.

—¡Espero que no sea una mujer! Porque te advierto que mi hija es muy celosa, aunque eso ya lo sabes bien —acotó Marcus.

—¡Estás loco! Jamás dejaría a Sasha, ella es todo lo que soñé —replicó Leandro. Marcus y Alf sonrieron, comprendiendo lo mucho que la amaba.

Cuando iban saliendo de la oficina cada cual, a su casa, el celular volvió a sonar y Leandro se puso nervioso. Nadie contestaba al otro lado y eso le puso de mal humor.

—Apágalo un rato así no te joden —le dijo Alf, pero ya Marcus comenzó a pensar que algo había.

—Préstamelo, se lo daré a mi hijo que investigue de dónde viene la llamada —le pidió y Leandro lo miró.

—No, qué le diré a tu hija, va a pensar cualquier cosa —adujo.

—Está bien, me voy a casa tengo que salir a cenar con Carla —comentó y todos se saludaron y se marcharon.

Leandro iba manejando, pensando quién lo llamaba, imaginó la última mujer con la que había salido, pero luego de todo lo que le había dicho lo descartó. Su celular sonó dos veces más, miró la pantalla y como no era su mujercita cortaba maldiciendo. Cuando llegó a su casa, Sasha tomaba mate en la cocina, se había puesto un vestido que le encantaba y hablaba con su padre. Al verla, tragó saliva, aunque su amigo jamás le diría lo de las llamadas, se sintió perseguido, ella lo vio entrar y solo mirarlo de arriba abajo se sonrió, él achinó sus ojos preguntándose de qué sonreía, mientras se agachaba a su lado besando su frente. Se sentó frente a ella y tomó un mate esperando que terminara de hablar. Luego de cortar, se quedó observándolo, con ganas de todo mientras él sonreía.

—Estás muy lindo hoy —comentó mirándolo de arriba abajo, depositando sus ojos en su bulto—. ¿Por qué no me saludaste cuando te fuiste?

—Jajaja, nena te besé, pero mi mujercita estaba roncando —afirmó él.

—¡Mentira! Yo no ronco —contestó ella mientras se levantaba de su silla, alzando su vestido para sentarse a caballito sobre sus piernas. Sasha comenzó por apoyar sus labios en los de él y con su lengua dulcemente dibujar sobre ellos sus deseos sin hablar.

—Me estás calentando, ¿sabes qué pasará? —exclamó él quitándole el vestido por los brazos y dejándola desnuda en segundos.

—¿Me harás tuya una vez más? Eso es lo que exactamente deseo, ¿vos no? —averiguó hundiendo su lengua en la boca de Leandro, cortándole la respiración y bajando una mano para acariciar través del pantalón, su bulto

que la saludaba.

—¡Dios me estás enloqueciendo! ¡Te cogeré acá mismo! —explotó.

En segundos sobre esa mesa la hizo suya una vez más, quedando los dos jadeando ante el gran orgasmo que como un huracán los sumergió. Sus cuerpos eran solo uno encajando a la perfección, él se cansó de besarla tanto o más que ella. Luego se abrazaron y esperaron que las pulsaciones de sus corazones, se relajaran poco a poco. Sasha era lo que él esperó por años, Leandro era para ella el amor de su vida, su único hombre, el que la despertó al amor. Ella no quiso salir y como no era buena cocinera Leandro preparó la cena.

—¿No extrañas el trabajo? —preguntó su chica mordiendo una tostada.

—Para nada, ¿vos quieres que me vaya a trabajar? —respondió dándose vuelta observándola.

—¡No! Quiero que estemos siempre así juntos, solo que se terminará el dinero y ¿qué haremos? —contestó Sasha poniéndose seria y él largó una carcajada.

—Nena, eso no va a ocurrir porque tengo mi dinero bien invertido. Hoy lo hable con tu padre.

—Cuéntame donde lo invertiste, espero que no sea en armas —comentó y él sonrió.

—No mi vida, te dije que no quiero nada más de eso —dijo y sentándose a su lado le contó todos sus proyectos—. Igualmente pondremos un negocio, ¿qué te parece? —inquirió él.

—¿Qué negocio? —cuestionó ella levantando las cejas sin entender.

—Pondremos una agencia de investigación —afirmó Leandro sonriendo de costado y ella se mató de risa.

Y así siguieron planeando, mientras él preparaba la ensalda, de pronto el celular de Leandro volvió a sonar y Sasha lo tomó de arriba de la mesa para responder. De nuevo no se escuchó a nadie al otro lado y se lo comentó extrañada. Él le contó que no era la primera llamada extraña que recibía ese día y ella le instó a que se lo diera a su hermano para que pudiera investigar quién era. Decidieron ver una película después de cenar, aunque Sasha seguía

pensativa con el suceso del celular.

A solo unos kilómetros de distancia del departamento, un hombre y una mujer hablaban de Leandro en su idioma. Solo salían para ir a buscar comida y espiarlos a Sasha y Leandro.

—¡Jamás la dejará, ya sabes lo que debes hacer! —decía el hombre.

—Primero debo hablar con él —respondió la mujer.

—Malgastas tu tiempo, debemos hacer los que se nos ordenó —comentó él.

—¡Por favor! ¡Debo verlo a solas! —exclamó ella.

Al día siguiente, Sasha y Leandro fueron a la oficina de Marcus, tocaron a la puerta y cuando escucharon su voz, entraron cogidos de la mano.

—Qué alegría, ¿se decidieron a trabajar? —los saludó Marcus sonriente, mientras los saludaba con un beso en la mejilla a ambos.

—No amigo ya te dije nada de armas, solo vinimos a saludarte y a hablar con Rodrigo —aseguró Leandro justo cuando este entraba con un rifle en la mano.

—Mira que buenos que están. ¿Estos son los nuevos que compraron? —preguntó Sasha sacándose de la mano al hermano, al tiempo que lo levantaba y apoyándose sobre el hombro, apuntaba a su hombre que al observar su reacción palideció.

—¡Por favor nena, baja eso! —gritó el padre.

—Era solo una broma —acentuó ella con ironía— aunque si me entero de que quien te llama es una mujer... ¡Date por muerto! —terminó diciendo y Leandro se acercó a ella abrazándola. Sasha se deshizo de su abrazo y se dirigió a la salida para ir con los muchachos, antes miró a su padre.

—Dame el celular a ver qué puedo hacer. Cuñado no te pases de listo con

mi hermana, si no te mata ella, lo haré yo —comentó sonriendo Rodrigo.

—¿No tienes una idea de quién te llama? —preguntó Marcus ya sentado en su sillón e indicando con una mano a Leandro que se sentara frente a él.

—Mira, la única que puede estar jodiendo es esa mujer que le mintió tu hija, aunque después de todo lo que le dije no creo que se atreva. No es mi naturaleza ser infiel y menos con ella, ¡Sabes que la amo! Si me dejara, no sé qué sería de mí —dijo bajando la vista.

Luego de estar hablando por una hora con su amigo, Leandro miraba hacia la puerta esperando ver entrar a su mujercita y al ver que no llegaba no aguanto más y salió hacia donde capacitaban a los hombres, Marcus lo acompañó y cuando llegaron al lugar, los dos se quedaron alucinando con lo que veían.

—¡Sasha! ¡Sasha! —gritó Marcus, pero nadie lo escuchaba. Ella estaba arriba del trampolín demostrando sus habilidades, Leandro se mordía los codos al comprobar que todos apreciaban ese cuerpo que solo era suyo, aun vestida con un traje de buzo, las curvas de su hermoso cuerpo, hacían suspirar a más de uno de los hombres nuevos.

Leandro esperó el momento que diera el salto y caminó al borde de la pileta olímpica esperando que saliera, ella vio los pies de él y levantó lentamente la vista, las miradas de ambos se encontraron y el silencio se hizo sentir en el espacio, se agachó tomándola por los brazos levantándola a su altura y los pies de ella quedaron en el aire, ella lo abrazó mientras entrelazaba sus piernas a su cintura.

—Te amo, bésame para que todos sepan que sos mía, ¡solo mía! —pidió Leandro y luego de morderle el labio, Sasha lo besó apasionadamente.

—¡Basta! Se terminó el espectáculo. ¡Todo el mundo a trabajar! —chilló Marcus sonriendo.

—¡No vas a venir más! ¿Escuchaste? ¡Y menos sola! —afirmaba Leandro caminado con ella en su espalda, mientras que Marcus largaba una carcajada—. Ve a cambiarte que nos vamos, te espero acá, no tardes —demando bajándola y besándola suavemente en los labios.

—Te amo —susurró ella acariciando la barba incipiente de él.

—¿Terminaron? —preguntó Marcus y su hija se acercó a él besando su

mejilla, para irse corriendo a cambiarse.

—Acá está cuñado, instalé un dispositivo. Cuando alguien te llame, sabremos de donde viene la llamada —le explicó Rodrigo.

Ya había pasado seis meses de todo lo vivido en Irak, Leandro y Sasha vivían felices en una casa que adquirieron cerca de sus padres. La agencia de investigación que pusieron, les iba muy bien. Las llamadas extrañas no se volvieron a repetir, lo único que les preocupaba era que su chica no quedaba embarazada, los dos deseaban un hijo. Por recomendación de Marcus, se hicieron mil estudios, pero el médico les decía siempre, que debían esperar. Como ella se aburría en el nuevo negocio, comenzó a trabajar con la madre la cual estaba feliz que así lo hiciera, aprendió rápido a dibujar diseños de la ropa exclusiva que vendían.

—¡Mira qué bonito hija, te salió hermoso! —comentaba Carla mirando un diseño nuevo inventado por su hija.

—Todo te sale bien a vos, mi amor —sintió Sasha la voz de Leandro y se dio vuelta con una sonrisa en los labios.

—¿Qué vamos a comer? Tengo hambre —preguntó Marcus saludando a las mujeres.

Mientras todos se sentaban para cenar, de pronto el celular de Leandro después de meses, volvió a sonar poniéndolo nervioso. Rodrigo que se encontraba cerca lo agarró rápido para que él respondiera. El silencio fue la única respuesta que recibió.

—¡Dámelo! —pidió Rodrigo y los dos se levantaron para ir al cuarto del primero. Rápidamente lo revisó y miró a su cuñado frunciendo el ceño—. Debí saberlo, el que te llamó tiene un dispositivo que bloquea el número —comentó puteando.

—¿Y ahora? —preguntó Alf que entraba con Marcus.

—¡Nada, no podemos ver nada! Mañana buscaré otra forma, cuñado esto ya me intranquiliza —terminó diciendo.

Ángeles que se había ido a trabajar afuera del país, estaba de vuelta y aunque se hablaban seguido por celular, tenerla cerca nuevamente la ponía muy feliz. Llegó antes de la hora de cenar y ambas estaban poniéndose al día.

—Vayamos a tomar algo esta noche, ¿te dejará tu chico? —preguntaba Ángeles justo cuando entraba a la casa Leandro, que por supuesto la escuchó.

—¡Bienvenida! ¡Qué alegría que volviste! Y no, no la dejo ir —dijo sonriente Leandro mientras le daba un beso en la mejilla.

—Él es un amor. ¡Mi amor! —replicó Sasha devolviéndole la sonrisa.

—Yo también voy —comentó y las dos lo miraron— Está bien, vayan, pero yo las llevo.

—¡No! Vamos en mi auto —dijo Ángeles y aunque no le pareció buena idea aceptó.

Luego de cenar los tres juntos y compartir una charla muy amena, él se quedó mirando por minutos a su amor, la veía reír tan despreocupadamente y hacer ademanes con las manos, miraba sus labios perfectos y esos ojos, que lo habían cautivado desde el primer día que la conoció, todo en ella era hermoso, hasta cuando se encontraba de mal humor amaba ese rostro. Ese cuerpo con curvas que parecía tan frágil, pero sabía que dentro de ella había una tigresa. Siempre sentía el temor a perderla, quizás por las pérdidas del pasado, pero el temor siempre se adueñaba de él incluso en momentos felices como esa noche. La dejaría ir porque quería que ella se divirtiera, pero la seguiría muy de cerca. Luego de estar una hora preparándose, ya estaban listas para bailar.

—¡No vuelvas tarde, te amo! —le dijo Leandro.

—Yo también te amo, vamos a lugar de siempre —afirmó ella y él agradecido sonrió.

Apenas vio que ellas subían al auto, cerró la puerta de su casa y corrió al garaje a sacar su camioneta y fue tras ellas. Las seguía de lejos, ellas iban riendo y hablando, Ángeles le contaba que, por teléfono, arregló la situación con Rodrigo y que al otro día se iban a ver. De pronto, un patrullero comenzó a seguirlas con las sirenas sonando, ellas sorprendidas estacionaron a un costado y Leandro atrás de unos autos, lo observaba con mal humor al ver lo que hizo.

—Registro y documento —exigió el agente.

Ángeles le mostró todo lo que pidió y el agente se sonrió, lo que provocó el desconcierto en ellas.

—Perdón ¿está todo bien? —averiguó Sasha al notar su sonrisa burlona.

—No está todo mal —contestó seco y las dos se miraron— una luz trasera no funciona, debo hacerle una multa —les explicó y ellas no lo entendieron pues el auto era nuevo. Rápidamente se bajaron las dos, mientras tanto Leandro observaba de lejos la acción del agente y quería bajarse y enfrentarlo, pero eso era confesar que las estaba siguiendo, puteó por lo bajo quedando sentado lleno de ira.

—¡No entiendo! —protestaba Ángeles, observando las luces traseras.

—Señorita ¿no quiere pagar la multa? —inquirió el hombre y ambas se dieron cuenta que era un coimero.

—Sí señor, vamos a pagar la multa. Usted a nosotras no nos va a coimear. ¿Escuchó? —le gritó Sasha ya fuera de control.

—Bueno firme acá y mañana pague la multa —respondió el policía con mal gesto.

Ángeles firmó y las dos lo miraron con odio al agente, que como si nada subió al patrullero y se retiró. Mientras tanto Leandro que había observado toda la situación, se sentía cada segundo más furioso por el abuso. Siguió a las chicas hasta donde fueron, era un pub para tomar algo, un lugar tranquilo y luego de la medianoche se ponían música para bailar. Estaba tan caliente con el agente, que lo salió a buscar, luego de media hora de dar vueltas lo encontró parado a un costado de la ruta, fumando un cigarro sentado en el patrullero. Paró el auto a una distancia prudencial y bajando se acercó lentamente, cuando el agente lo vio ya Leandro había abierto la puerta, con una mano lo desarmó, lo bajó y lo puso de espaldas al mismo.

—¡No tengo dinero, llévate el auto! —atinó a decir el hombre, el rostro de Leandro despedía una ira acumulada.

—No quiero tu dinero. ¡Vos sos un coimero! Golpeaste las luces de esas chicas al pasar, por eso no andaban. ¡Te vi! —le gritó a centímetros de su cara dándole vuelta.

Fue tanto el miedo de ver el rostro lleno de bronca del teniente, que el agente se meo encima, lo que provocó en Leandro risa y asco. Lo tomó del cuello y le gruñó.

—Dame esas boletas —ordenó y el agente como pudo, se las entregó.

Leandro las rompió en su cara, sin dejar de mirarlo.

—La próxima vez que te quieras hacer el vivo, fijate a quién le haces la multa, infeliz—bramó y se alejó lo más rápido que pudo.

Mientras iba de vuelta al lugar donde había dejado a las chicas, se reía de la situación vivida, pero la risa se congeló en su rostro, cuando vio entrar a Milo. No sabía si bajar del auto, o quedarse dentro, por un lado, si salía lo verían, pero si no lo hacía no podría controlar nada. Vio como salían las muchachas de la edad de su desobediente borrachas, con hombres que las subían a sus autos y se las llevaban. Hasta que ganó su curiosidad y sumada al terror que tenía por perderla, estacionó bien el auto y bajó.

Leandro quería verla feliz y si dejarla salir era que él sufriera no le importaba, por ella haría todo. Se apoyó en la barra y pidió un trago, sin dejar de escanear con su mirada el lugar buscándola. De repente vio a Rodrigo conversando con una chica, pero también observó que su vista se perdía en la pista de baile, siguió el camino de su mirada y ahí encontró a su chica con Ángeles que bailaba divertida. De pronto vio que un hombre se acercaba a ella, se puso en alerta, pero Sasha con una leve sonrisa lo corrió de su lado y él respiró aliviado, jamás en los años que tenía había hecho una cosa semejante como seguir a una mujer.

Obnubilado con el movimiento de su chica en la pista, no se percató que alguien se paraba a su lado, pero sí sintió una mano pesada sobre su hombro, en solo un segundo y sin hablar, dobló el brazo de esa persona mientras levantaba el puño cerrado, la copa con el trago cayó al piso haciéndose trizas. El barman que vio la situación, dio un paso atrás espantado.

12

—¡Amigo soy yo! ¡Mierda me doblaste el brazo! —gritó Máximo mirándolo mal, tratando que el puño de Leandro no caiga sobre su rostro, este abrió grandes los ojos sin saber cómo disculparse.

—Me tomaste desprevenido, perdóname ¿te hice mal? ¿Qué haces acá? —preguntó Leandro.

—Eso mismo iba a preguntar yo, qué haces acá con la mujercita que tienes. ¡Yo estaría encima de ella todo el día! —replicó sonriendo. Leandro se sonrió de costado, señalando la pista con la mirada.

—¡Y qué te crees que hago, me tiene loco de tanto que la amo! —respondió y Máximo lo miró sin alcanzar a comprender.

—¿Por qué ella está bailando sola y vos acá tomando? —inquirió.

—No sabe que la estoy siguiendo —explicó y pidió dos tragos al barman para él y su amigo.

— Entiendo, ella es tan... —comenzó a decir Máximo, y Leandro giró la cabeza mirándolo serio.

—Ya sé que es hermosa y joven, no me lo recuerdes —afirmó siguiendo con la mirada a su chica, que cansada de bailar se sentaba con la amiga a conversar.

Rodrigo que los había visto, sin que ellos se dieran cuenta se arrimó por un costado y al estar frente de los dos, largó una carcajada.

—No soy el único que espía ¿no? —preguntó a su cuñado sonriente, mientras los saludaba.

—¿No estabas peleado con Ángeles? —averiguó Leandro.

—Sí, me enojé cuando se fue, pero la amo. No puedo olvidarme de ella y la perseguí hasta que nos hemos arreglado —dijo mientras apoyaba la espalda en la barra, sin dejar de observarla.

—¿Y vos no tienes alguna mujercita por ahí? —le preguntó Leandro a Máximo.

—No, nada fijo, quizás aún no la conozco. Espero que venga una pronto, porque después de este viaje me jubilaré —explicó. Los otros dos lo miraron.

—¿Otra vez? ¿Dónde vas? —inquirió Leandro.

—A Bagdad —respondió Máximo y Leandro tragó saliva, recordando un pasado que aún le pesaba.

—¡Bueno basta de hablar de trabajo, voy a encarar a mi chica, ya es hora! —exclamó Rodrigo, Leandro lo paró tomándolo del hombro.

—Espera que me voy, no quiero que me vea tu hermana —dijo y Rodrigo rio.

—Ya te vio amigo y viene para acá —anunció y Leandro se puso nervioso y miró hacia otro lado esperando el enojo de su desobediente. Máximo se mataba de risa, a la vez que lo cargaba.

—Te tiene a sus pies amigo, si encuentro a una chica así... dejo todo y me caso —comentó Maxi sin dejar de mirarla. Justo en el momento que ella se plantaba frente a su teniente, cruzada de brazos y con cara de enojada.

Leandro que la conocía muy bien, supo al instante que no lo estaba, abrió sus largos brazos y ella como siempre, de un salto se abrazó a su cuello y el sujetó sus cachas ante la vista de todos, que sonreían.

—¡Te amo! ¡Bésame! —le ordenó y ella apoyó sus labios sobre los de él, perdiéndose en un beso dulce y lleno de amor.

—¡Yo también, te amo! Esperaba que vinieras, sabía que lo harías — aseguró Sasha acariciando su rostro sin dejar de mimarlo.

—¿Vamos a casa? —preguntó él besando su nariz, a la vez que ella se bajaba y enredaba sus brazos a su gran cuerpo.

—¡Hola Máximo! —saludé ella regalándole una sonrisa.

—¡Hola pequeña! —contestó él, inclinándose a su altura besando su mejilla.

—Nos vamos amigo, después nos hablamos —afirmó dándole un apretón de mano, luego bajo la mirada a su chica— ¿tu amiga se queda? —cuestionó viendo como su cuñado se acercaba a Ángeles.

—Ángeles ¿Vamos? —le dijo a unos metros de ellos.

—Ve amiga, tengo que hablar con este individuo —respondió ella y por el tono de su voz, se percibía que comenzarían a discutir. Rodrigo levantó una mano en señal de saludo y su hermana se marchó moviendo su cabeza en señal de reprobación.

—Se van a arreglar —comentó Leandro al ver que su chica se quedaba preocupada.

—Ella me dijo que se habían arreglado. Mi hermano no sabe lo que se pierde, ella es una gran persona —comentó.

—Vamos, no me gusta verte triste, ¡regálame una sonrisa! —exclamó él mirándola de reojo. Ella le pasó su mano por el pelo acariciándolo y él se estremeció.

Leandro tomó la mano de Sasha depositando mil besos chiquititos, para luego tenerla apretada a la palanca de cambios. Puso la música que a ella le gustaba a todo volumen, tratando de animarla, Sasha lo miró de reojo sonriéndose sabiendo que era para verla feliz.

—¿Por qué viniste? ¿Por celos? —trató de averiguar observándolo, él giró la cabeza poniéndose serio.

—Vine porque no quiero, que nadie toque a mi mujer —sentenció. Sasha

también cambio su sonrisa por una mueca, que hizo sonreír a su chico.

—Yo nunca pensaría en engañarte —afirmó seria.

—Yo tampoco —confirmó él.

El resto del camino a su casa lo realizaron en silencio, ella pensaba en las mujeres que él había tenido y no contaba y él solo deseaba protegerla del mundo entero, tenerla a su lado era su mayor prioridad, nada le importaba más en la vida que su amor por ella. Cuando iban llegando, Sasha expresaba su cansancio y él proponía una ducha caliente para ambos antes de acostarse, de pronto Leandro advirtió que una sombra se distinguía al costado de su casa, sus sentidos se pusieron en alerta y en silencio, observó la guantera de su auto donde guardaba su arma, apretó el botón para abrir su garaje y entró rápidamente, ella lo notó nervioso, pero no dio demasiada importancia, el portón se cerró y los dos bajaron.

—Entra amor, que miraré algo del motor —comentó al descuido y ella entró.

Apenas ella entró Leandro, retiró su arma de la guantera y salió sigilosamente, recorrió la vereda de su casa y luego miró la de su vecino. Nada hacía suponer que alguien estaría escondido. Se quedó parado unos minutos, tratando de escuchar algún ruido o ver movimiento. Volvió a entrar por el garaje, pensando que se estaba volviendo paranoico.

Sasha ya se encontraba dentro de la ducha, donde el agua caliente revivía su cuerpo, él al llegar al dormitorio se desnudó, abrió la mampara de la ducha y entró, abrazó a su mujercita desde atrás y comenzó a besarle lentamente el cuello, paseó su lengua ardiente por sus hombros y luego mordisqueó el lóbulo de su oreja muy despacio, mientras su pelvis se refregaba en el cuerpo de ella, haciéndola gemir de excitación. La yema de sus dedos recorrió su cuerpo y dos se posaron en su clítoris, para masajearlo con pasión.

—¡Dios quiero cogerte! Quiero amarte como jamás amaré a nadie más —susurro en su oído, a la vez que ella estiraba su mano y acariciaba su pene que palpitaba enloquecido.

—Leandro, quiero un hijo —murmuró ella en sus labios cuando se dio vuelta y él tomándola de la cintura, la levantó para arrimar su cara.

—Yo también nena, ¡yo también! —repetía él mientras se enterraba en el

centro de placer de ella y sus caderas se movían en un vaivén interminable, haciéndolos gozar a los dos. Sus cuerpos eran uno, unidos por el deseo irrefrenable de amarse y llegar a ese momento sublime, donde los gemidos y gruñidos aceleran sus corazones y como un huracán furioso llegaba la culminación del acto sexual. Terminaron cansados pero felices, cada día que pasaba sus cuerpos se conocían más y más y hacer el amor, era lo que mas deseaban.

Esa madrugada el perro de ella se encontraba fastidioso, entraba y salía de la habitación, Sasha dormía abrazada al torso de Leandro y él molesto al ver a Bobby entrar y salir y acordándose de la sombra que creyó ver, despacio se deshizo del abrazo de su mujercita y se levantó solo con el bóxer y se dirigió a la cocina, el silencio reinaba en el espacio y el can detrás de él lo miraba, queriendo decir algo.

—Vamos Bobby, iremos afuera —murmuró y el perro ladró apenas abrir la puerta que daba a un patio. Salió corriendo como queriendo buscar algo, Leandro caminaba observando hacia todos lados, sin ver nada. Cansado y nervioso llamó al perro que obedeció enseguida.

Esa noche no pudo conciliar el sueño, estaba seguro de que la sombra no fue una alucinación y esperaba que se hiciera de día, para ver si encontraba algo fuera de lugar, mientras ella dormía pegada abrazada a él. Era un placer verla con sus labios entreabiertos, su pelo revuelto y completamente desnuda, acostada a su lado. Se preguntaba cómo podía haber tenido tanta suerte de tener a una desobediente como Sasha a su lado, mientras sus dedos suavemente acariciaban su mejilla rosada y tibia, la tapó un poco más y se levantó pues eran las cinco de la mañana. Luego de ponerse un pantalón se dirigió a la cocina descalzo y con el torso desnudo, tomó la cafetera y sirviéndose una taza de café, salió al patio, pero al sentir frío se volvió dentro para ponerse una campera. Antes de entrar, pisó tierra, lo que llamó su atención. Observó una maceta caída y tierra por doquier. En el piso no solo estaba su huella, existían dos más, comprendió que alguien había intentado entrar, justo cuando ellos llegaban, puteó por lo bajo y enseguida dejando la taza de café sobre una silla que se encontraba en el patio, levanto la tierra arreglando la maceta, no le diría nada a su chica, pero apoyada en el marco de la puerta, Sasha lo miraba sorprendida, apenas tenía un bikini minúsculo y una remera.

—¿Qué pasó? —preguntó, él enseguida borró las otras huellas.

—Nada me levanté dormido y tiré la maceta —respondió Leandro raudo.

—¡Dios mira la hora que es! Vamos a acostarnos —pidió ella y él luego de acomodar todo, tomándola de la mano se dirigieron al dormitorio. Ya en la cama, arrimó su cuerpo al de ella enredándola con sus brazos, cerró sus ojos y con la preocupación en su mente se durmió.

La alarma del celular sonó como todas las mañanas a las siete, Leandro se estiró en la cama y mirando a su mujercita de reojo, comprobando que seguía durmiendo, se levantó y se ducho. Apenas puso un pie en la cocina, los recuerdos de la noche anterior volvieron a su mente, después de servirse un café. se sentó pensando los pasos a seguir, si le contaba a su amigo se preocuparía y pensaría que él no era capaz de cuidar a su hija. Se prometió a sí mismo, que no se separaría de ella hasta estar seguro de lo que había ocurrido.

Le llevó un café con leche y tostadas a la cama, la despertó con un piquito y luego se sentó junto a ella viéndola desayunar.

—¿Dormiste bien? —le preguntó robándole una tostada.

—¡Sí, muy bien! Vos me parece que no, tienes una cara... —afirmó guiñándole un ojo.

—Dormí bien solo que me desperté temprano, vamos dúchate y cámbiate que iremos de compras —comentó y ella abrió grandes los ojos.

—¿Qué vamos a comprar? —inquirió.

—¡Es una sorpresa, vamos! Te espero en la cocina, apúrate desobediente —dijo saliendo del dormitorio.

—¡Bobby! —llamó Sasha, pero el perro no venía. Fue al lavadero donde le prepararon su cucha, pero él no estaba—. ¿Dónde está? ¿Habrás salido de la casa? —preguntó llamando otra vez.

—No amor, no tiene por donde salir, quédate acá que iré a ver en la terraza —le pidió Leandro, mientras ella seguía cepillando su pelo.

De repente, el perro bajó corriendo las escaleras que daban a la terraza y saltó a ella, quien se arrodilló recibiendo el cariño de su perro.

—Debe estar alzado, ¡pobre tendré que conseguirle una perra! —dijo Leandro riéndose—Vamos que es tarde e iremos de compras —añadió. Bobby

los siguió y como siempre ya sabía su lugar, ella abrió la puerta de atrás y saltó sentándose en el asiento trasero.

—¿Qué vamos a comprar? —volvió a preguntarle.

—Renovaré todo el jardín —anunció Leandro—. Reposadera y hamacas paraguayas, quiero hacerte el amor ahí de madrugada —comentó y ella se rio y asintió con la cabeza.

—¡Qué romántico está mi teniente! —exclamó y él tomó su mano y girando la cabeza, besó sus dedos sin dejar de mirarla.

—¡Te amo, nunca sabrás cuanto! Quiero que entiendas que si te pasaría algo moriría de tristeza —comentó y ella arrugó su frente.

—¿Qué me puede pasar? Sé que vos estás siempre a mi lado —dijo ella y él entrecerró los ojos y asintió con su cabeza, pensando en el peligro que hubieran pasado la noche anterior si alguien entraba a su hogar.

Luego de comprar todo lo que él quería, más cerraduras nuevas para todas las puertas y algunas chucherías que a ella se le antojaron, pagó en efectivo y se marcharon. Ella lo miró y le preguntó.

—¿No usas tarjeta de crédito? —dijo extrañada. Él la agarró por la cintura y se la arrimó.

—¡No! Me gusta el efectivo —afirmó él.

—¿Y para que las cerraduras? —averiguó ella.

—Las cambiaremos porque las que están, son viejas —respondió sin dar más explicaciones.

Cuando subieron al auto para marcharse miró hacia atrás y la imagen que vio, le puso la piel de gallina, volvió a mirar y ya no estaba, Sasha que dándose vuelta jugaba con el perro ni se percató de la situación, pero al mirarlo rumbo a la casa de sus padres lo notó raro.

—¿Estás bien? —cuestionó. Leandro le puso la mano en la rodilla y esbozó una sonrisa.

—Sí amor, solo que no dormí bien, ¿te dejo en la casa de tu mamá? ¡Yo tengo que hablar con tu padre, al mediodía te paso a buscar! —comentó.

—Sí, ven a buscarme, quiero que después de almorzar te recuestes para

descansar —expresó y antes de bajarse, lo besó en los labios.

Cuando llego a la oficina de Marcus, estacionó el auto y se quedó con las manos apoyadas en el volante, recostando su espalda en el asiento. Se estaría volviendo loco, pensó, no puede ser que haya visto. Marcus golpeó el vidrio del auto, rescatándolo de unos pensamientos que él creyó dejar en el pasado.

—¿Qué haces acá? ¿Te pasa algo? ¿Por qué no entras? —preguntó.

—Ya bajaba estoy bien, solo tuve una mala noche —dijo bajándose y abrazando a ese hombre que tanto quería.

Apenas llegar, Marcus extendió un mapa sobre su escritorio mostrándole a Leandro que lo estudió en silencio y luego señaló con un dedo.

—Por acá deben entrar, es el lugar más seguro —afirmó serio justo cuando llegaban Rodrigo, Alf y Patricio que lo saludaron.

—¿Estás bien? —inquirió Patricio observándolo.

—Sí estoy bien —contsetó mientras su cuñado servía café.

Cuando quedaron solos, Marcus no aguanto más y parándose frente a él que miraba un mapa colgado le dijo.

—No te vas de acá, hasta que me digas que mierda te pasa, y no me mientas, te conozco.

—Me juré a mí mismo no decirte nada, creí que ibas a pensar que no podía cuidar de ella, pero si no lo hago reviento —murmuró y le contó lo ocurrido la noche anterior y lo que había creído ver en el estacionamiento. Marcus se levantó caminando por su oficina pensativo.

—¡Quizás solo fue un ladronzuelo, un raterito! Pero igualmente debes tener cuidado, comprueba que todas las puertas posean buenas trabas —comentó.

—Hoy compré las mejores, todas nuevas —le explicó Leandro.

—Bien ¿quieres que ponga custodia? —inquirió Marcus, pero Leandro negó con la cabeza.

—No, tu hija se dará cuenta y no quiero asustarla, no la dejaré sola —explicó Leandro y los dos se miraron, ella en ese momento se encontraba en la casa de la madre y enseguida Leandro la llamó.

—Hola, nena, ¿estás bien? —saludó y Sasha no entendía nada, mientras

caminaba con su hermano Benjamín a la panadería a comprar unas facturas, como quedaba cerca quiso ir caminando, aunque la madre le había ofrecido su auto.

—Sí, estoy con mi hermanito —respondió.

—¿Vas caminando? —averiguó Leandro, mientras él y Marcus se ponían las camperas para dirigirse a su casa.

—¡Claro! ¿Por qué no podría ir así? —inquirió extrañada.

Marcus le hizo seña a Leandro para que corte, este trató de calmarla y saludándola obedeció. Montaron en la camioneta de Leandro y fueron para allá.

—Mira no nos volvamos locos, lo de anoche solo fue un ratero y lo que viste en el estacionamiento, es obra de tu imaginación. Sabes muy bien que eso es imposible, por lo que no le contaremos nada ni a mi hija ni a su madre, Carla enloquecerá de miedo —concluyó.

—Sasha no tiene miedo, mi mujercita es una desobediente, pero no es miedosa —adujo Leandro sonriente.

—Por esa razón, a veces es capaz de todo eso es peor a tener miedo —dijo Marcus y Leandro asintió dándole la razón.

Una noche luego de acostarse y mirar una película, Sasha se quedó completamente dormida abrazada como siempre al torso de su amor, como este no tenía sueño comenzó a mirar otra película mientras acariciaba su hombro, de repente su celular sonó, estiró la otra mano y atendió, pensando que era Marcus. No respondieron y eso le puso nervioso, trató de no levantar la voz, en ese momento Sasha se corrió de su lado dándose vuelta, él despacio bajando el volumen de la televisión, se levantó de la cama con el celular en la mano. Entró rápido a la cocina y siguió preguntando.

—¡Leandro! —dijo una voz, que hizo que la sangre de su cuerpo se helara en un segundo y comenzará a sudar, se pasó la mano por el pelo y apoyó sus caderas sobre la mesa. ¿Había escuchado bien? ¡No podía ser cierto!

—¿Quién es? —insistió y al instante cortaron.

Desde ese día fue otro, callado, a veces con mal humor y aunque su mujercita preguntaba por su estado de ánimo, él solo aludía dolor de cabeza. Pasaba más horas de las necesarias en su empresa, solo esperando escuchar nuevamente esa voz en el celular. Hasta que una tarde Marcus se presentó.

—Pasa Marcus ¿cómo estas? —preguntó invitándolo a sentarse y este observo todo el lugar, que por falta de tiempo nunca había visitado y le gustó. Era una oficina amplia con mucha luz y pequeños detalles bien distribuidos—. ¿Café? —lo invitó mirándolo y tomando una taza.

—Ya sabes a lo que vengo, me conoces muy bien, habla qué mierda te pasa —soltó directamente. Leandro tragó saliva y se sentó frente a él indeciso, si contar lo sucedido—. No tengo toda la mañana —siguió enojado. Leandro sabía que Sasha le habría que él se comportaba de forma extraña. Recapacitó y pensó que quién mejor que su amigo para escucharle.

—¡No vas a creer lo que me pasó, estoy confundido! —comenzó diciendo.

—Cuéntame —pidió más calmado Marcus.

Muy lentamente Leandro fue explicándole lo que le había sucedido, todos los días tenía una llamada y la voz de siempre respondía, solo decía su nombre para luego cortar. Marcus pasó su mano por su barba tratando de imaginar quién podría ser.

—Quizás no es la que vos crees, puede que sea alguna que anda caliente con vos —razonó.

—¡No! ¡Yo sé lo que escucho! ¡Es ella! —exclamó observando a Marcus y de pronto su celular sonó y los dos se miraron.

—¿Hola? —contestó raudo, pero era Rodrigo.

—Cuñado tengo la zona desde dónde te llaman —le respondió Rodrigo.

—¡Dame la dirección! ¡Iré ahora mismo, está tu padre conmigo! —le pidió.

—No te molestes, me tomé el atrevimiento y comprobé que te llaman de un numero privado o de un celular trucho, ya lo confirmé —le explicó Rodrigo.

—¿Se puede hacer algo? —inquirió Leandro.

—Puede ser en cualquier lado, la señal se corta —replicó su cuñado y

saludando cortó la llamada.

—¡Mierda! Estoy enloqueciendo —explotó apoyando los codos sobre el escritorio. Marcus lo miró y abrió los ojos grandes, cuando cogió su celular y lo destrozó contra el piso—. Se terminó, no usaré más celular, el que quiera llamar que lo haga a mi casa o a la oficina —sentenció.

Cuando llego a casa Sahsa no estaba, ni nota ni nada, si se encontraba enojada tenía razón. Se acordó del perro y al no verlo supuso que seguramente se lo había llevado, se duchó y se puso a ver una película en el living, como estaba muy cansado se durmió en el sillón. Se despertó sobresaltado al escuchar ladrara un perro, pero no era Bobby. Miró enseguida la hora, habían pasado tres horas. Preocupado, recorrió de nuevo toda la casa y no estaba su desobediente. Se lavó la cara y tomó el teléfono, llamando a la casa de ella.

—Hola Carla —saludó cuando ella atendió.

—Hola Leandro ¿cómo estas? —respondió ella.

—Bien ¿tu hija está por ahí? Quiero hablar con ella —preguntó Leandro.

—No, hoy no vino. ¿No te dijo donde iría? —contestó alertada, pues desde el día anterior no la había visto. Leandro supo que algo malo pasó, aunque ella estuviera enojada, jamás se ausentaría sin avisar.

—¡No! Estoy preocupado —exclamó él y para tranquilizarla, le dijo que hablaría con Marcus.

A los diez minutos Marcus, Rodrigo, Alf y Patricio estaban en su puerta preocupados.

—¿La llamaste al celular? —preguntaba el padre caminando por la cocina.

—¡Veinte veces! Llame a Ángeles también y no la vio —aseguró.

—Yo también la llamé enseguida cuando me enteré de que mi hermana faltaba, pero no la ha visto. ¡Dios! ¿Dónde mierda se metió? —exclamó Rodrigo.

—Llamaré a la policía, no espero más —afirmó Marcus.

Por el trabajo de Marcus, eran muchos sus contactos y acudió a todos sin pensarlo, la casa de Leandro se convirtió en el centro de operaciones. Todos se encontraban consternados por la desaparición de Sasha. Carla, Benjamín y

Rodrigo se mudaron ahí. Ya habían pasado dos días de la desaparición y nada se sabía, no había quedado lugar dónde buscar, Marcus se encontraba desesperado y Leandro no hablaba, a veces se encerraba en su habitación para llorar. Había prometido cuidarla y no pudo hacerlo, eso lo atormentaba día y noche. El living se encontraba lleno de aparatos y cables que hasta el momento de nada servían, aunque todos habían revisado la casa, nadie había observado un vidrio roto en el patio, solo un joven policía recorriendo nuevamente el espacio lo descubrió y cuando vieron sangre, todos se alarmaron. Enseguida enviaron a analizarla con temor, pero era de animal, dejando a todos intrigados.

Marcus con el análisis en la mano, observaba el vidrio roto. Pensaba que podría ser del perro, Leandro por su parte consternado, abatido y de mal humor se encerró en su dormitorio. Las ganas de llorar se apoderaban de él y tomando una toalla la apoyó en su rostro, dando rienda suelta a su amargura. Otra vez la vida lo ponía a prueba, de nuevo su corazón cansado se desgarraba por dentro. Luego se lavó la cara y se mojó el pelo, se recostó mirando el techo, recordando los muchos momentos felices. Se encontraba destruido, sin ganas de nada, la vida sin ella ya no le importaba. Se sentó en la cama y observó su habitación, le llamó la atención un collar de su perro tirado atrás de la puerta, se levantó y tomándolo, pensó que ese no era el que llevaba. Inmediatamente salió de la habitación, abrió el cajón donde guardaban sus pertenencias y supo que faltaba el de cuero. Lo habían mandado hacer especial, tenía un bolsillo, donde ellos jugaban a enviarse mensajes. ¡Y comprendió todo! Se sonrió a la vez que unas lágrimas caían por su rostro. Salió corriendo de la habitación llamando a Marcus y este saltó de su sillón al verlo.

—¡El perro la siguió! Y ella antes que la agarraran le puso el otro collar, sabiendo que él la seguiría. ¡Vamos! —dijo con los ojos grandes y el llamador en una mano, mirándolos a todos que pensaron que estaba enloqueciendo.

—¿Dónde vamos? ¡Espera! —gritó Marcus tomándolo de los hombros.

—Te digo que Bobby la siguió, solo debemos encontrar al perro —explicó Leandro.

—Leandro no sabemos dónde está, ¡cálmate! —rebatía Marcus, pero él no le hizo caso y empujándolo corrió para subir en su camioneta estacionada en la vereda. Al verlo tan nervioso, Marcus subió con él y se puso al volante, tres hombres más y dos policías los siguieron en otros autos.

Marcus manejaba el auto de Leandro, giraba la cabeza observándolo y lo veía ido, desquiciado, aturdido, pensó que había pedido la razón, pero seguía manejando, mientras un dedo retiraba una lágrima que sin querer corría por su rostro.

—Vamos Bobby ¡dime dónde estas! —gritaba Leandro sacando la cabeza

por la ventanilla, llamándolo. Marcus movía la cabeza en señal de reprobación.

Los autos lo seguían atrás, sin saber bien dónde iban, hasta que a la media hora de estar manejando el policía que se encontraba en otro auto, recibió una llamada de la casa de Leandro de un superior.

—¡Tengo la señal del teléfono de la chica! —dijeron y el que manejaba se detuvo, los de atrás también y tocaron bocina para avisar a Marcus, que también lo hizo—. La señal está muy cerca de donde están ustedes, ya envié personal, sigan manejando despacio yo les aviso, ¡Apaguen las luces! —comunicó la voz.

Todos se miraron ansiosos por encontrarla y el nerviosismo se hizo sentir, subieron a sus autos y siguieron el camino despacio, atentos y expectantes. Mientras, Leandro seguía buscando a su perro. De repente al pasar por un baldío, un bulto se movió entre unos pastizales y Leandro gritó:

—¡Bobby! ¡Para! —Marcus detuvo el auto y su amigo corrió al encuentro de su perro. Se arrodilló a su lado y acarició su gran cabeza, el can lo miraba queriéndole con los ojos tristes. Lo examinó para ver dónde estaba herido, mientras todos lo alumbraban con linternas. Tenía una pata lastimada y sangraba de un costado de su cuerpo, sin dudarlo Leandro lo alzó en brazos y lo depositó en el asiento trasero de su automóvil. Ahí observándolo bien, miró su collar. Tenía razón, su mujercita lo cambió, se lo sacó y encontró enroscado un papelito. Salió del auto y pidiendo que alumbraran, leyó lo que decía.

“Irak es ella S...”

Leandro se quedó pensando sin entender, ¿alguien de Irak la había secuestrado? ¿Quién? ¿Y la S que quiere decir? Se encontraba muy perdido.

—¡Qué mierda quiere decir! —gritó Marcus leyendo el papel.

—¡No sé! Pero seguro es gente de ese país, ¡Marcus se la van a llevar! ¡No la veremos más! —exclamó y Marcus lo sacudió para que reaccionara.

—¡El perro sabe dónde está! Seguramente te iba a buscar —adujo mirando al can.

Leandro miró a Bobby y este ladró. Lo bajó despacio del auto y comprobó

que renqueaba, pero sin esperar más, volvía al lugar donde seguramente estuvo. Leandro y Marcus lo seguían caminando y el can se daba vuelta observándolos para comprobar que estaban atrás de él, los otros autos los seguían lentamente, de repente se paró y se dio vuelta. El corazón de ambos hombres comenzó a palpar saliéndoseles del pecho, los autos pararon y apagaron los motores. El can volvió a mirar a su dueño y este llevándose el dedo índice a los labios le indicó silencio, el perro se agachó y Leandro hizo lo mismo, cuerpo a tierra recorrieron cien metros, Marcus y los demás los siguieron en la misma posición. Al llegar a un tipo de basural, el perro se detuvo tras unas bolsas, de las cuales las ratas salían corriendo al sentir movimientos.

—¡Mierda! ¡Esto es un asco! —levantó la voz un policía y todos lo hicieron callar. A unos metros observaron una casucha de madera, donde una tenue luz salía de una de sus rotas ventanas.

—Es acá, tiene que estar acá —afirmó Leandro acariciando el lomo del can, que lo miraba.

Mientras llamaban a su casa y los policías confirmaban la ubicación, en contados minutos la casucha quedó rodeada por efectivos policiales y Leandro sostenía al perro ordenándole que se quedara quieto.

—Vos por atrás, yo por el frente —comentó Marcus y los policías lo retuvieron de un brazo, obligándolo a detenerse.

—Esto es cuestión nuestra, ¡no se muevan! —ordenó un policía. Leandro se paró de inmediato junto a Marcus y los policías retrocedieron al ver que los enfrentaban.

—¡Ella es mi hija y él es el marido, no se atrevan a decirme qué hacer! —exclamó Marcus, retándolos con la mirada. Cuando los ánimos se calmaron, corrieron hacia la casucha.

Rodrigo que también los acompañó viajando en otro auto, le mandó un audio al padre, pues desde su posición tenía más visibilidad.

—Papá salió un hombre afuera. ¡No se hagan ver, lleva puesta una túnica y es muy alto! —dijo lo más bajo que pudo.

Marcus le hizo seña a Leandro que estaba en la parte de atrás apoyado en la pared, mirándolo y este se aproximó.

—¡Creo que es gente de Irak! Mi hijo dice que uno salió y lleva túnica. ¡Yo soy el culpable de todo! Por mi culpa la quieren a ella —le explicó. Leandro pasándose una mano por el rostro no podía creer lo que escuchaba, otra vez ese infierno llamado Irak, pero esta vez no se la llevaran, tendrían que hacerlo por encima de su cadáver, pensó.

—¡Voy a entrar! ¡No aguanto más! —exclamó Leandro sacando su arma de la cintura.

—¡No! Lo haré yo, quizás cuando me vean querrán tomarme a mí y vos podrás sacarla de ahí —ordeno Marcus, rogando a Dios que la tuvieran ahí, pero Leandro tomándolo del brazo, lo empujó contra la pared.

—¡Ella es mi misión! ¡Ella es la misión de mi vida y no permitiré que entres primero! ¿Entiendes? —le retó, y por primera vez en su vida, Marcus acató las órdenes de alguien, asintió con la cabeza obedeciendo.

—Entraré por atrás, vos por adelante, ¡ten cuidado solo ella importa! —pidió Marcus.

Tomaron sus posiciones mientras la policía apuntaba sus armas a la casucha, Leandro recostado sobre la vieja y descascarada pared, fue arrastrando su espalda hasta llegar a la ventana, asomó su cabeza ligeramente y vio a un hombre sentado con un revólver sobre una mesa, otro más caminaba nervioso por el reducido espacio hablando por un celular. A Sasha no se la veía. El teniente agachó su cuerpo por debajo de la ventana y se paró del otro lado, lo que vio hizo que su corazón se detuviera unos segundos, apretó los dientes empuñando su arma con ira y dolor. Su desobediente se encontraba sentada en una silla, en un rincón del mugroso lugar atada de pies y manos, su pelo revuelto y un hilo de sangre corría de sus labios. Se notaba que le habían pegado, de repente ella que sostenía su cabeza baja, la levantó y mirando a sus raptos les gritó:

—¡Hijos de puta, suéntenme! ¡Son unos cobardes! —gritaba como una posesa y el teniente abrumado por sus gritos, calculó la distancia de ambos raptos comprobando que sería difícil que su chica no saliera lastimada y susurró un insulto.

—Estoy ubicado atrás y cuatro policías también, ¿ves algo, Leandro? —preguntó Marcus por su celular muy nervioso.

—Está difícil, la tienen atada de pies y manos. Anda gritando como loca

—respondió.

—Pobrecita mi hijita. ¡Los voy a matar! ¡Dame la señal y entramos! —pidió Marcus.

—Espera, estoy estudiando la situación —demandó Leandro.

—¡No! ¡Entremos ya! ¡No aguanto más! —insistió Marcus, listo para entrar junto con su hijo y los policías.

Sasha sentada, muerta de frío y con sangre en su boca, recordaba los momentos vividos en su casa antes del secuestro, cuando hablaba con su madre.

—¿Dios que alegría hija, cuando se lo vas a decir? —averiguó Carla.

—¡Se lo diré esta noche, ¡le tengo una sorpresa! ¿Vos crees que se pondrá contento? —preguntó Sasha con temor.

—¿Contento? ¡Morirá de amor, ya lo verás! Y tu padre, ¡Dios nena, qué noticia más bonita! —replicó Carla llorando de alegría.

Mientras hablaba con la madre por celular, sintió un ruido en el patio y el ladrido de su perro la alertó, saludó sin preocuparla y cortó la comunicación.

—¡Bobby! Bobby! —gritó mientras se ponía un suéter para salir afuera, el can no respondía y corrió a su encuentro, lo halló mirando el muro, pero no se veía nada. Lo tomó del collar, y los dos entraron adentro. Al entrar lo soltó y entró al dormitorio para acomodar una ropa y preparar la sorpresa para su amor. El perro seguía ladrando y ella dándose vuelta lo retó—. ¡Basta Bobby, no hay nada! Vamos ven acá que te cambio el collar —le llamó.

El que tenía se encontraba sucio y el perro se arrimó a ella, mientras se lo cambiaba y le hablaba mirándolo, sintió ruido en la cocina, sus sentidos se pusieron en alerta, le hizo señal al can para que no hiciera ruido y este obedeció. Tomó su arma de un cajón de la cómoda y arrojándose a la puerta, vio a un hombre y enseguida reaccionó. ¡Eran iraquíes! Su mente disparó una señal de alerta y tomando un bolígrafo y un papel escribió unas palabras depositándolo en el collar del can, luego salió muy despacio descalza apuntando su arma y el perro tras ella. Solo poner un pie fuera, sintió que alguien la agarraba de atrás y en segundos la desarmaba. Se soltó como pudo y dándole un golpe en el rostro, el agresor hizo unos pasos para atrás, tiempo que ella aprovechó para ponerse en posición de defensa. Lo que no calculó ni

vio, es que atrás de ella otro hombre la tomaba de los brazos reduciéndola, Bobby se abalanzó sobre el hombre y logró morderle el brazo, ella aprovechó para soltarse y darle una patada en los testículos. El atacante se inclinó hacia delante, tomándose sus partes íntimas en señal de dolor, pero al segundo se incorporó.

—¡Quieta o mato a al perro! —ordenó apuntando con su arma al animal.

—¡No lo toques! ¡Bobby suéltalo! —gritó y el can obedeció soltando el brazo del atacante y parándose al lado de su dueña—. ¿Qué es lo que quieren? ¿Dinero? ¡Se lo daré! —afirmó ella observándolos a los dos. Enseguida supo que dinero no buscaban conocía muy bien esos rasgos y comprobó lo que pensó al verlos, eran iraquíes, pero siguió expectante esperando a que hablaran.

—¡No queremos dinero! —respondió el agresor— ¡Te queremos a ti!

Cuando ella escuchó esas palabras, no pensó con claridad y empujando al que estaba enfrente salió corriendo, al segundo el que estaba atrás de ella aprovechando la confusión del can que observaba todo y empujándolo, lo dejó encerrado en el patio, el otro de dos zancadas la alcanzó reduciéndola al instante. Con una funda taparon su cabeza y de un certero puñetazo en la cara que le provocó el rompimiento del labio inferior, la sacaron de la casa arrastrando su cuerpo y subiéndola rápidamente a una camioneta que los esperaba afuera, para alejarse velozmente con rumbo desconocido. Bobby nervioso y a los ladridos, observó un vidrio en el patio que daba a una casa lindera y sin pensarlo, saltó rompiéndolo y lastimándose la pata. Sin que los captares observaran su presencia, el can los siguió hasta su escondite. Luego de aguardar y ver que nadie salía, decidió ir a buscar a Leandro, pero estaba tan lastimado que la vuelta a su hogar se hizo interminable. Y así fue cómo lo encontraron.

Los minutos pasaban, la ansiedad y el temor de todos se acrecentaba. Sasha seguía sangrando del labio y su hombre se desesperaba, jurándose a sí mismo matar a esos hijos de puta. Marcus se encontraba rojo de ira y su hijo trataba de calmarlo, los policías se miraban entre sí, sin saber qué mierda hacer. De pronto Leandro observó que uno de los captores se dirigió a otra habitación y se comunicó con su amigo.

—Marcus entremos, queda uno solo en la habitación el otro se alejó, es

ahora o nunca —pronunció con voz agitada—. Si entras por atrás seguramente lo encuentras.

—A la cuenta de tres entramos, no lo olvides, mata a todos, ¡solo importa ella! —fue la respuesta de Marcus.

—¡Así se hará! Uno, dos y tres, ¡ahora! —gritó el teniente y rompiendo la puerta de entrada entró arma en mano. Ante la confusión, con rapidez mató al raptor que se encontraba ahí.

Lo primero que hizo fue estudiar el lugar y arrimarse a Sasha, que al verlo se le llenaron los ojos de lágrimas. La desató, la levantó y abrazándola, besó su frente, sintió tiros que provenían del interior de la casucha y supo que su amigo se había ocupado de los restantes raptos, lo que nadie se imaginó, es lo que a continuación sucedió. La voz de Marcus se sintió en el espacio, él y Sasha observaron que traía a una mujer iraquí con su rostro tapado. Rodrigo y dos policías se encontraban junto a él, Leandro observó los ojos de la mujer y un presentimiento maligno, lo instó a cubrir con su cuerpo a Sasha.

—¡No te muevas de ahí por Dios! —le ordenó y miró a Marcus que entrecerró sus ojos y miró a la mujer que ni se quejaba.

—¿Quién es? —averiguó Marcus, observando como su amigo se quedó mudo sin apartar la vista de la mujer que se encontraba frente a él, el pasado volvía cortándole la respiración.

—Destapa su cara —pidió con su arma en mano apuntando a la recién llegada. Marcus lo hizo y al ver ese rostro, a Leandro se le aflojaron las piernas—. ¡Sara! —pronunció casi en un susurro.

—Sí, soy yo —respondió altanera—. ¡Qué pronto me olvidaste! Te resultó fácil rehacer tu vida —le escupió con el rostro lleno de ira contenida.

Leandro no podía pronunciar palabra, frente a él se encontraba la mujer que amó con locura, la misma que le iba a dar un hijo, mil interrogantes se anudaron en su garganta, parecía una visión de un pasado que nunca alcanzó a olvidar, no comprendía el por qué de su enojo sabiendo que él estuvo años sufriendo su ausencia. Aun así, no bajaba su arma y seguía cubriendo con su cuerpo el de su chica, que ante la aparición de esa mujer no entendía nada al igual que su padre y los restantes, que se alejaron unos metros para observarla con detenimiento. Marcus reaccionó e increpó a la mujer, que no apartaba la vista del que había sido su compañero.

—¿Vos secuestraste a mi hija? ¿Vos planeaste todo esto? —preguntó intrigado.

—¡Sí! Fui yo y tú vendrás conmigo —afirmó sin dejar de observar a Leandro— Si el te ama de verdad, no dejará que muera, ¿o sí? —comentó jocosa. Todos se miraron y fue entonces que Leandro desvió la vista a las manos de la mujer, comprobando que poseía un cinturón con explosivos en su cuerpo y el pulsador en una de sus manos. Tragó saliva y con un gesto que Marcus conocía bien, miró las manos de la mujer, ella levantó la manga de su túnica mostrando el pulsador y todos dieron un paso atrás.

—Mira hablemos..., yo volví a buscarte y me dijeron que estabas muerta, como mi hijo. ¿Qué podía hacer? ¡Sufrí todos estos años tu ausencia, hasta quise morirme! —trató de explicarle, mientras sentía las manos de Sasha apretarse a su cintura—. Luego la conocí a ella y la amo más que a mi vida. No tiene la culpa de nada, no le hagas daño, me quieres a mí, pues acá estoy —afirmó agachándose y dejando su arma en el piso. Levantó sus brazos en alto, Marcus lo miró y supo que se dejaría matar por su hija, pero él no lo permitiría.

La mujer comenzó a cambiar de expresión y ellos lo notaron, su dedo índice se cerraba sobre el pulsador y todos creyeron morir, Leandro estiró sus brazos hacia atrás y abrazó el cuerpo de su chica apretándolo a su espalda.

—Te amo con todo mi corazón, te sacaré de aquí —le susurró, sintiendo que Sasha se apretaba más.

—¡No nos dejes, no te vayas! —le suplicó ella y Leandro la miró de costado entrecerrando los ojos.

—Puedo darte una vida mejor a la que llevas, me encargaré de que no te falte nada! Lo prometo —dijo dirigiéndose a Sara y levantando sus manos. Pero Sara parecía no escuchar, de pronto su vista perdida en un punto fijo demostró su arrepentimiento, Marcus aprovechó la oportunidad y lentamente se fue acercando a ella, todos traspiraban sabiendo que, si ella apretaba ese pulsador, saldrían volando por los aires—. ¡No amigo quédate quieto! —ordenó Leandro y Marcus se detuvo.

Sara reaccionó y sin decir nada sacó un arma de su túnica apuntando a Leandro al verlo Sasha salió de detrás de él cubriéndolo con su delgado cuerpo, sin darle tiempo a nadie. Sara disparó y el tiro se alojó en el pecho de

Sasha. Los gritos se sintieron en el espacio y Marcus sin dudar lo apuntó con su arma a la cabeza de Sara, que en un segundo cayó muerta al piso. Enseguida apartó su mano del pulsador y con mucho cuidado sacó su cinturón lleno de explosivos, después Leandro alzó en brazos a su chica y corrió fuera, todos hicieron lo mismo y subiéndola en la camioneta se dirigieron al hospital.

—¡Por Dios nena reacciona! ¡No me hagas esto! Sasha amor, no te duermas. ¡Mírame! —gritaba Leandro desesperado y Marcus que manejaba la camioneta, no alcanzaba a ver bien porque las lágrimas cubrían su rostro, sin poder detenerlas.

Rodrigo que iba a su lado, le tocaba el hombro tratando de calmarlo. La policía iba delante de ellos con las sirenas y tocando la bocina, para que los autos se hicieran a un lado. Al llegar al hospital la llevaron a urgencias, a ellos no los dejaron pasar y se quedaron en una sala esperando el informe del médico. Marcus se encontraba como loco, parecía un animal enjaulado caminando de un lado a otro, de pronto llegó Carla y al verla se fundieron en un abrazo interminable llorando los dos.

—¡Es mi culpa, es mi culpa! —repetía una y otra vez Marcus abrazado a su mujer— Nunca debí llevarla conmigo, dejaré este negocio de mierda, lo prometo —exclamó.

Leandro sentado en un sillón, agachó la cabeza y sin vergüenza tomándose el rostro con las dos manos lloró como un niño, se moriría si le pasaba algo a ella. Varios de los hombres que el padre de Sasha entrenaba, se hicieron presentes para acompañarlos, todos sentían un gran cariño por esa niña a la que vieron crecer. Carla luego de secarse las lágrimas, instó a su marido a sentarse al lado de su amigo y se arrodilló a los pies de ambos, dándole mucha ternura verlos tan grandes, llorando como niños. Carla secó unas lágrimas de su cara y les reveló algo que ellos aún no sabían.

—¡Deben hablar con el médico, ya! ¡Mi hija te va a dar un hijo! —comentó tratando de componer una sonrisa, Leandro se levantó y de inmediato comenzó a golpear la puerta para que lo atendieran, un médico salió enseguida.

—Mi mujer, la que recibió un disparo está embarazada —le dijo y este lo miró serio.

—¿Por qué no lo dijeron antes? —preguntó molesto.

—¡Porque no lo sabíamos! —bramó fuera de sí. Rodrigo se acercó para tratar de calmarlo.

El médico tocó su hombro, comprendiendo su dolor y entró nuevamente, para atender a Sasha, que luchaba por su vida y la de su hijo. Las horas no pasaban más, nadie se movía del lado de esa familia que rezaba pidiéndole a Dios que los salvara.

—Todo va a estar bien, ya verán —trataba de animarlos Rodrigo.

—Después de esto dejaré el negocio, me dedicaré a las plantaciones de frutos secos —comentó Marcus y Leandro esbozó un amago de sonrisa.

—Nos iremos a vivir allá todos, criaré a mi hijo en un ambiente sano y sin peligro —afirmó Leandro.

Hacían conjeturas que no sabían si podrían llegar a cumplir. Los nervios los consumían por dentro, los hombres se la pasaban tomando café. Luego de dos horas, un médico salió y al verle el rostro, supieron que todo estaba mal. Se levantaron rodeándolo y él mirándolos a los ojos, expresó lo que sucedió.

—Lamentablemente, su mujer entró en coma luego de la operación que tuvimos que hacerle, para extraerle la bala de su cuerpo —les explicó. Leandro y Marcus se abrazaron, sin poder seguir escuchando lo que decía. Alf y Patricio que ya habían llegado, los llevaron afuera, mientras Carla y Rodrigo prestaron atención al médico.

—Pero ¿se puede recuperar? —preguntó Rodrigo con la voz rota.

—No se sabe, solo resta rezar y esperar —terminó de decir. Carla se abrazó a Rodrigo, que la sostuvo dándole ánimo.

—Ella es fuerte, no llores. Sé que se recuperará —le susurró al oído tratando de que se sentara.

Las horas pasaron y les permitieron verla, la primera que pasó fue Carla que luego de estar cinco minutos a su lado, salió hecha un mar de lágrimas, luego entró Marcus, detrás Rodrigo y por último Leandro, que amó a esa pequeña desobediente desde el primer día, no podía creer verla en ese estado, conectada a aparatos. Maldijo en silencio a Sara y quiso matarla nuevamente, se inclinó en su cama, con la yema de sus dedos suavemente acarició sus mejillas, su cabeza, su frente y se inclinó sobre su oído.

—Te estoy esperando, bueno los estoy esperando mi pequeña desobediente. Vuelve a mí y no me dejes, si lo haces moriré de amor — susurró al borde del llanto.

Estuvieron dos días en el hospital, ni Marcus ni Leandro se retiraron del lugar, Carla se fue a su casa a ver a Benjamín, que había quedado al cuidado de su amiga Claudia, los hombres se turnaban para no dejarlos solos. Alf su amigo fiel, tampoco se movió de ahí, Patricio iba y venía encargándose del negocio junto a Rodrigo. A las ocho de la noche del tercer día, Leandro más muerto que vivo entró en la habitación, se inclinó como siempre sobre la cama para acariciarla y hablarle de todos los proyectos, besó su frente y acarició su pelo. Antes de marcharse, se acercó a su oído y le susurró:

—Te amo. Te amo tanto, por favor nena, vuelve a mí —decía mientras un manto de lágrimas cubría su rostro. Volvió a besarla y apretó suavemente su mano, sintió que los dedos de Sasha acariciaron su mano y él abrió grandes sus ojos, ¿era real lo que sintió? Volvió a tomar su mano y ella otra vez apretó. Salió rápidamente llamando a los gritos a los médicos y Marcus al escucharlo, casi se muere pensando lo peor. Los médicos entraron corriendo, pidiéndole que se retirara. Muy a su pesar obedeció, con el alma en un puño.

—¿Qué pasó? —preguntó Marcus expectante.

—¡Movié la mano amigo! ¡Movié la mano! ¡Sé que nos escucha! — exclamó abrazándolo.

—¡Gracias Dios! —gritó Marcus, mientras el médico salía a hablar con ellos con una sonrisa dibujada en sus labios. Todos se arrimaron para escucharlo.

—Está pronta a despertar, ya dio los primeros síntomas —anunció y todos respiraron.

—¿Y mi hijo doctor? —demandó con miedo Leandro.

—Está bien, es un guerrero como la madre —afirmó volviendo a sonreír.

Marcus, Leandro, Carla y Rodrigo, se aproximaron a la capilla del hospital, se arrodillaron ante la Virgen y ahí con lágrimas, agradecieron por la recuperación de su amada Sasha y por la llegada de ese niño, que desde ya comenzaron a amar. Marcus abrazó a su amigo y moqueando los dos, salieron de la capilla sonriendo. Entonces Marcus se giró hacia Leandro y lo miró.

—¡Lo dije en serio! —afirmó y todos se lo quedaron esperando que continuara.

—¿Qué dijiste hermano? Ya no recuerdo —respondió Leandro.

—Me dedicaré a tus negocios —sentenció y Leandro sonrió moviendo su cabeza, no creía que eso fuera posible, pero calló.

—¡Estoy contento por vos, te vendrá bien un poco de paz! Cuando los Sasha y el bebé se encuentren bien, nos mudamos. Buscaré unas buenas tierras para que puedas comprar, ¿qué te parece? —propuso.

—¡Ya las compré y te aseguro que pague una fortuna! —contestó y todos se le quedaron con los ojos abiertos—. No me miren así, Carla dijimos que lo haríamos, ¿lo recuerdas?

—Pero no me dijiste que ya habías comprado. ¿A Rodrigo y a tu papá sí? —preguntó Carla, sintiendo que su marido siempre hacía lo que quería.

—Sí, el abuelo y yo nos ocuparemos de todo, cuando el negocio de allá florezca nos uniremos a ustedes —comentó Rodrigo sonriendo, Carla no daba crédito a sus palabras, ya tenían todo planeado.

Después de una semana Sasha se recuperó, aunque el medico recomendó reposo ella al mes ya estaba haciendo ejercicios.

—Amor, ¿dónde estas? ¡Nena! —gritó Leandro entrando en casa y sacándose la campera, colgándola en el perchero.

Caminoó seguro dónde sabía que la encontraría, la miró de lejos y sonrió, su desobediente caminaba en la cinta tarareando una canción, faltaba un mes para la llegada de su hija. La miró de atrás, observó su pelo atado en una colita, su espalda, sus cachas y sin querer su cuerpo la necesitó, aun así, con esa panza, ella lo seguía calentando como el primer día. Se acercó despacio, estiró los dedos apagando la máquina, Sasha se dio vuelta y él sin dejar de mirarla, cubrió su cintura con sus brazos.

—¡Te amo! Te amo tanto, que solo verte me calientas —le susurró llevando la mano de ella a su bulto, que ya palpitaba ante su pequeño contacto.

—¡Estoy gorda y fea! —acotó su mujer haciendo puchero. Él largó una larga carcajada.

—¡Estás hermosa! Es más, creo que enseguida encargaremos otro bebé,

porque el embarazo me calienta mucho —comentó pasando sus dos grandes manos por sus pechos. Ella buscó sus labios perdiéndose en un beso lleno de pasión.

Y llegó el momento, su desobediente daría a luz a su hija, la cual se llamaría Milagros. Ya la noche anterior se encontraba descompuesta y Leandro se odiaba por los dolores que ella sentía, culpándose de ellos. Cada media hora llamaba al médico, el cual ya se encontraba loco con sus llamadas.

—Ya le dije que aún falta, quizás mañana nazca su hija —respondió la última vez enojado.

—Yo quiero que le dé algo para los dolores, ¿me escucha? ¿Para qué le pago? —gritó enfurecido. De pronto escuchó el grito de su mujer y soltando el celular sobre el sillón, corrió al dormitorio donde ella había roto bolsa, la encontró parada al lado de la cama con los pies llenos de agua. Abrió grandes sus ojos y casi se muere, no podía moverse y Sasha le gritaba. Volvió corriendo al living y llamó a Carla, que a los cinco minutos se hizo presente junto a Marcus.

Leandro corría de un lado a otro sin saber qué debía hacer, Carla ayudó a su hija a higienizarse y Marcus corrió a poner su camioneta en marcha, mientras Leandro agarraba el bolso con las pertenencias de su futura hija.

—No se vuelvan locos, vamos rápido, pero no volando ¿escuchaste Marcus? —ordenó Carla, mirándolos los dos que se encontraban idos, muy nerviosos. Mientras Sasha se retorció de dolor, Leandro puteaba del médico y se peleaba con Marcus.

—¡Médico de mierda, le dije que le dolía! Espera que lo agarre —bramaba.

—¡Te dije que buscaras otro médico, es tu culpa! ¡Pobre mi nena! —le recriminaba Marcus, mirando por el espejo a su hija.

—¡Basta! No se peleen más, ¡apúrate y cállense la boca los dos! —levantó la voz Carla y Sasha aun con dolores, esos dos le causaban gracia.

En el viaje al hospital, Leandro se comunicó con el médico explicándole la situación y él afirmó, que los esperaba en la entrada y así lo hizo. La subió en una camilla, la ingresó. A la media hora todos los amigos se encontraban junto a ellos, el médico no salía y todos se mordían los codos, Carla y Ángeles

se reían y los hombres se enojaban. Pasaron dos horas sin noticias de la futura mamá y la verdad, que Carla comenzó a preocuparse. Cuando se acercó para hablar con Marcus, el médico salió haciéndoles seña con una mano, todos corrieron a su lado.

—La señorita Milagros, llegó a este mundo pesando tres kilos cuatrocientos —comenzó a decir y todos se abrazaron contentos—. Espero que no saque el carácter del padre —comentó en modo de chiste, pero Leandro frunció la frente—. Adelante el padre, su hija y mujer lo esperan —afirmó y el flamante papá, entró en la habitación muy emocionado.

Cuando la vio a su mujercita teniendo en brazos a su hijita murió de amor, no alcanzaban las palabras para decir lo que sentía en ese momento. Se inclinó y besó la frente de su mujer que se encontraba cansada, luego ella destapó a su beba y él no podía apartar los ojos de ella. Era una hermosura, apenas una suave y clara pelusa sobre su cabecita, indicaba que sería blanca como la madre. Con temor la levantó en brazos y sintió la plenitud en todo su ser. Esa hija era un sol. *“Será hermosa como la madre y desobediente también, sé que tendré varios dolores de cabeza, pero valdrá la pena”* pensó.

—¡Mi hija! Mi tan deseado bebé —susurró besando su frente.

El tiempo fue pasando y antes de que Milagros cumpliera un añito de vida, Sasha junto a Leandro, Carla, Marcus y Benjamín se mudaron, dejando a cargo del negocio a Rodrigo, quien ya viva con Ángeles, y a Patricio. Alf que también había decidido mudarse con Claudia y su hija cerca de sus amigos, lo haría luego de concluir unos trámites.

—Bueno, ¡allá vamos Mendoza! —pronunció Leandro girando la cabeza mirando a su beba, sentada en su sillita en el asiento trasero de su camioneta. Irían con el auto, pues ya habían enviado todas sus pertenencias. Los demás lo harían en avión.

Aunque su mujer había visto fotos de la vieja casona, jamás imaginó que sería tan bella, tan solo verla quedó encantada, era enorme. Para llegar debían recorrer setecientos metros, entonces pudieron observar un gran jardín rodeándola, la casona se notaba que era antigua, totalmente restaurada y contaba con dos plantas. De las ventanas de arriba, se veía la gran extensión de tierra y las plantaciones de frutos secos. Sasha no terminaba de apreciar la casa mientras Leandro alzó a su pequeña, observándola a los ojos que eran del

mismo color que los de su amor, eran tan claros que impresionaban.

—¡Serás una mujer muy bella mi vida! —decía mirándola y ella le regalaba esa sonrisa, que lo hacía sentir el dueño del mundo.

La casa poseía cuatro habitaciones todas con sus baños privados, desde el cuarto matrimonial se podía observar un lago artificial que el teniente había mandado a construir, estuvo en todos los detalles, hasta los más mínimos, deseaba que su mujer y su hija se sintiesen felices y seguras en su nueva casa. Muy cerca de ellos, Marcus había adquirido su campo, que contaba con una casa de cinco habitaciones y miles de plantaciones que solo mirarlas, le daban temor pues no sabía cómo manejarlas, pero Leandro consiguió un experto en el tema que lo fue guiando y su producción al año fue muy rentable, lo que le provocó mucha felicidad.

Cuando a su casa o la de Leandro llegaban sus amigos de Buenos Aires, su padre Patricio, Rodrigo y Ángeles y su gran amigo Alf con Claudia y su hija, se organizaban grandes asados que eran hechos por baquianos de esa ciudad, donde todos se reunían al lado del gran fogón. Leandro le había comprado a su hija un potrillo pura sangre, para que lo aprendiera a montar y contrató gente para ese fin, pensó que quizás Milagros de ya tres años, tendría miedo al ver al animal, pero, al contrario, ella reía y pedía que la subieran a su lomo. Milagros se había convertido en un ser lleno de luz, una personita que pocas veces lloraba e inundaba con su alegría la vida de todos los que la amaban.

Pronto sería el cumpleaños de su abuelo, que la amaba con locura y no pasaba un día sin ir a verla, muchas veces vivía más en casa de sus abuelos que en la propia. Leandro había organizado un gran agasajo, sin que Marcus lo supiera.

—¿A vos te parece? Dicen que tienen mucho trabajo, ¡desgraciados! ¡No van a venir a mi cumpleaños! —rezongaba Marcus tomando una cerveza con su amigo, sentado en el quincho de este.

—Bueno amigo ¿qué vas a hacer? La otra semana vendrán, ¡no te preocupes! —respondía Leandro serio.

Todo estaba preparado para festejar el cumpleaños de Marcus, cuando llegó el día señalado, el primero en ir a felicitarlo fue su pequeño Benjamín, que ya era todo un hombrecito.

—¡Feliz cumpleaños papi! —gritó saltando sobre la cama del padre y

despertándolo, poniendo en sus piernas su regalo. Marcus abrió grandes sus ojos y lo abrazó, tirándolo en la misma haciéndole cosquillas, lo observó reírse y se enorgulleció de ese niño, siempre tan bueno y tan obediente.

—Carla, ¿Sasha aún no llamó? —averiguaba sorprendido, el llamado que más esperaba era el de su amada hija.

—Creo que iban al centro, luego te llamará —acotó encogiéndose de hombros, sin darle mayor importancia.

—¡Claro ahora que tiene al loco ese y a la nena, ya no se acuerda del padre! ¡Está bien! —pronunció enojado levantándose y la mujer, que marchaba hacia la cocina, se tapaba la boca para no reírse.

La casona de Leandro se vistió de fiesta, adornada hasta los últimos detalles, Sasha y él se habían levantado a las seis, para tener todo listo para el homenajeado. Los amigos habían llegado la noche anterior, al igual que Patricio, Rodrigo y Ángeles. A las once de la mañana ya casi todo estaba listo, Sasha lo fue a buscar y con el pretexto de que tenía una sorpresa, antes de entrar a su campo, le vendó los ojos, aunque él se resistía y Benjamín se reía a carcajadas.

—Vamos papi, no me hagas esto no arruines la sorpresa —le pidió Sasha poniendo su mejor sonrisa, Marcus la miró y obedeció.

La camioneta avanzaba despacio por la entrada, bordeada de una fila interminable de eucaliptos, Carla la manejaba y la hija sostenía un pañuelo sobre los ojos del padre para que no espiara. Llegaron frente a la casona de Leandro y solo ahí, le permitió ver. Marcus comprobó que todos sus amigos aplaudían al verlo llegar, Rodrigo, Patricio e incluso Dennis estaba allí, lo que le sorprendió, puesto que su mujer celaba de ella. La miró de reajo y Carla se arrimó su boca sobre su oído.

—Aunque permití que viniera, no te quiero muy cerca de ella. ¿Entendiste? —susurró, Marcus la besó en los labios y asintió con un movimiento de su cabeza.

Saludó a todos y al ver sobre un borde dos de sus helicópteros sonrió, hacía tiempo que no manejaba uno, todos vieron la intención de él de subirse y se rieron.

—Marcus, ahora no, primero vamos a almorzar —le dijo Carla y

abrazándola, se dirigió donde todo estaba preparado.

Tenían para degustar empanadas fritas, asado, lechón y cordero echo a la estaca y gran variedad de ensaladas. El almuerzo se desarrolló entre risas, cuentos y anécdotas de todos, ya que se conocían de muchos años atrás.

—Los muchachos quieren darme los regalos, vamos al departamento del fondo. Ahora venimos —afirmó el cumpleañosero y su mujer movió la cabeza en señal de reprobación, sabiendo que sus regalos eran las últimas armas que compraron para abastecer el negocio de Buenos Aires.

—¿Cómo estás Dennis? —preguntó Sasha y los ojos las mujeres, se depositaron en ella esperando la respuesta.

—Bien, tengo que agradecerte Carla por haberme invitado —comentó y está la miro y sonrió.

—¡Siempre fuiste una mujer inquietante! Pero una buena mujer, lo que pasó quedó en el pasado —pronunció la mujer de Marcus. Aunque las dos sabían que Carla la celaría siempre y Dennis, lo amaría siempre.

—Claro que sí —afirmó Dennis mirando hacia otro lado. Carla supo que aún extrañaba a su marido en la cama, su mirada embobada contemplándolo durante el almuerzo la había delatado, pero no era el momento ni el lugar, para hacer una escena. La había invitado por pedido del coronel. ¡Jamás podría ser su amiga!

El sol se fue ocultando y el viento frío se hizo sentir, todos se resguardaron en el amplio comedor de la casa, la mesa se cubrió de masas finas, masas secas y café. Milagros se había dormido en la falda de su madre y Leandro, se acercó retirándola de sus brazos y llevándola a su dormitorio, sus labios depositaron mil besos en su frente antes de acostarla.

—Te amo tanto mi vida —susurró sobre su carita tapándola. Parecía mentira que su desobediente le hubiera dado una hija. Pensó todo lo que tuvieron pasar, hasta llegar a ese momento de dicha y agradeció a Dios. Su mujercita lo miraba desde la puerta y se fue acercando lentamente a su lado, sin dejar de contemplarlo.

—¿No es hermosa? —le preguntó bajito al oído. Él se volvió buscando sus labios.

—¡Hermosa es poco! Es mi sueño hecho realidad, ¡gracias por hacer que

mi corazón vuelva a vivir! —le respondió besándola en los labios y abrazándola, aspiró su perfume.

Leandro sintió en ese momento que comenzaba a vivir nuevamente, ya nada faltaba en su vida, estaba completo. Sasha ya no quería estar en el adiestramiento de los soldados, ya nada importaba tanto, como la familia que habían formado. Y mientras él pasaba las manos por el cuerpo de ella con apremio, se sintieron unos tiros que los sobresaltó, su mujer iba a correr hacia fuera, pero el tomó su brazo deteniéndola.

—Te quedas acá, junto a Mili. ¡No te muevas! —le ordenó y caminó rápido, saliendo de la habitación.

Tomó su arma, que siempre se encontraba lista para su uso de adentro de un cajón y salió. Tan solo poner un pie en el gran comedor, observó que los hombres armados iban con la cara tapada. Estaban reduciendo a algunos de los visitantes, buscó con la vista a Marcus y a Alf, pero no los encontró, enseguida supo que alcanzaron a esconderse. Las mujeres temblaban en un rincón y los delincuentes apuntando con sus armas exigían dinero, Leandro volvió rápido a la habitación y comentó a su mujer lo que estaba sucediendo.

—Entra con la nena en la otra pieza y no salgas hasta que te venga a buscar, entraron hombres armados —le pidió y Sasha agarró a su hija dormida en brazos, encerrándose en una habitación pequeña.

El celular de Leandro comenzó a vibrar, al mirar la pantalla descubrió que era Marcus.

Leandro escucha, trata de salir por atrás. Estamos buscando las armas —le susurró.

—Marcus están las mujeres —rebatío y de repente se le vino a la mente Dennis—. Espera ya sé lo que haremos, no cortes —le dijo y se asomó. Justo cuando Dennis lo observó detrás del marco de la puerta, él le hizo las señas que ella muy bien conocía y asintió con su cabeza.

Los delincuentes solo atinaban a exigir dinero a los presentes y a Leandro, había algo que no le cerraba. Dennis dio un paso al frente, ella siempre se encontraba armada, pero al notarlos nerviosos no quiso exhibir su arma pensando en las mujeres y chicos presente, ellos la miraron y con mucho aplomo, les habló.

—Si me siguen al quincho, ahí tenemos dinero —les dijo y los malvivientes se miraron desconfiando. Ella solo quería alejarlos de la casa.

—¡Si mientes te matamos! —exclamó uno de ellos.

—No miento, tomen el dinero que hay y vayansen antes que llegue la policía, cuando entraron sonó una alarma interna y seguramente están pronto a llegar —afirmó.

Uno le hizo seña con la mano y ella comenzó a caminar delante de ellos, los delincuentes eran cuatro, tres la siguieron y el que tenía más miedo, se quedó con la gente en el comedor. Leandro que observó todo, comunicó a Marcus que se dirigían al quincho tres, él se ocuparía del restante. El nerviosismo en las mujeres se evidenciaba a cada segundo, Carla y Claudia nunca fueron arriesgadas, al contrario, ellas eran temerosas, estaban sobre un rincón con los chicos tras ellas. Dos soldados que entraron por la parte de atrás de la casa, se escabulleron al comedor y en un abrir y cerrar de ojos, redujeron al individuo que quedaba y todos respiraron.

—Trae una cuerda Carla —gritó Leandro. Ataron al muchacho y corrieron con sus armas al quincho.

Allí la situación era diferente, aunque los hombres se ocultaron detrás de bolsas repletas de frutos secos sabían que alguien resultaría herido, los delincuentes entraron con desconfianza llevando a Dennis de escudo humano.

—¡Dinos donde está el dinero! ¡Ya! —gritó uno de ellos.

—Sobre aquel costado, dentro de una bolsa —repuso ella llevándolos a otro rincón, dándole tiempo a los hombres, para que los sorprendan por atrás.

Apenas llegar al lugar donde Dennis mostró, los hombres salieron de atrás y de varios disparos redujeron a dos, el que estaba cerca de ella repentinamente la tomó del cuello y no se animaron a disparar. Parados frente a frente, se miraron estudiándose. Marcus conocía esa mirada que daba miedo, Leandro entró sigilosamente al lugar apuntando con su arma al que tenía a Dennis, que de los nervios sonreía. Luego de estudiarlo por minutos, se arrimó lentamente al amigo susurrándole.

—¡Hijo de puta! Es el hermano de Sara —gritó Leandro y Marcus giró la cabeza observándolo.

—¡Desgraciado! ¡Te vino a buscar hasta acá! —exclamó Marcus.

—¡Suéltala! Ella no tiene nada que ver, viniste por mí. ¡Acá me tienes! —dijo el teniente levantando la voz desafiándolo, y colocando su arma sobre unas cajas. Marcus no podía creer lo que hacía.

Sasha que no pudo con su genio, dejando a su hijita durmiendo, tomó su rifle y agachándose llegó donde los hombres estaban, recostó su espalda sobre una pared y buscando el ángulo perfecto a través del vidrio de una ventana, apuntó directo a la cabeza del agresor que sostenía del cuello a Dennis y su arma seguía apuntando su cabeza. Dennis que sabía que la rescatarían solo miraba buscando quien intentaría algo. Su vista observó algo, que fugazmente se movía sobre la ventana, trató de fijar la vista y solo pudo ver el láser de un arma de gran calibre más arriba de su cabeza, el problema fue que el hombre también lo había descubierto.

—Dile al que está afuera que tire el arma, porque el degüello acá mismo —sentenció el agresor dejando su arma y sacando un cuchillo de la manga de su camisa. Todos miraron hacia afuera y Sasha no se inmutó, siguió apuntándole.

—Amor tira el arma —gritó Leandro, luego de comprobar que era ella la que apuntaba—. ¡Hazme caso! ¡La matará Sasha! —bramó con furia sin mirarla. Marcus caminó despacio para atrás queriendo salir del lugar y desarmar a su hija, pero ella no le dio tiempo. Apuntó al centro de la frente del agresor y sin pensarlo dos veces apretó el gatillo, en segundos el hombre cayó al piso y con él la negra herida en el cuello. No era de temer, pero la sangre enseguida salió como chorros de agua. bañando su cuerpo. Todos corrieron a socorrerla, mientras Sasha entraba tranquilamente bajando su arma, con su rostro contraído.

—Hija ¿te has vuelto loca? ¡La podría haber matado! —le reprochó Marcus. Sasha lo miró como jamás lo hizo.

—¡Lo tenía en la mira! ¡No se me iba a escapar! —respondió.

Con el cuerpo de Dennis en brazos unos amigos, la subieron al helicóptero y la trasladaron al hospital. Leandro sabía que su mujercita estaba nerviosa y acercándose, le retiró el arma de las manos abrazándola con fuerza.

—Ya pasó mi amor, ya está. Vamos a dentro —le pidió. Marcus se quedó parado, el cumpleaños se interrumpió y todos se marcharon con el sabor amargo de lo que había sucedido. Cuando Carla ya se encontraba en la

camioneta, Marcus se paró al lado de su hija mirándola a los ojos.

—¿Porque lo hiciste? —preguntó.

—¡No quiero verla más en mi casa, jamás! —respondió con ira—. Esa mujer te desea —le espetó.

—Hija yo amo a tu madre, jamás la dejaré, ¿entiendes eso? —afirmó levantándole el mentón con el dedo índice—. Nena, para mí no hay nada más importante que mi familia, nunca lo olvides. Los amo a todos, nunca más la verás y yo tampoco, ahora ve adentro con tu marido y tu hija —le explicó.

Dennis se curó del corte superficial, Marcus habló con su padre y nunca más fue invitada a ninguna reunión familiar. Ella siguió un año más con el negocio de la triple frontera y después se retiró. Marcus no quiso despedirse de la que había sido su amiga, su compañera de negocios y su amante, solo extendió un cheque con una cifra millonaria y una escueta esquila, que su padre se encargó de entregar en mano, antes de que se fuera. Jamás volvieron a tener noticias de ella.

Patricio, Rodrigo y Ángeles, llevaban adelante el negocio familiar en Buenos Aires, Alf con su mujer y su hija se mudaron a Mendoza, para estar cerca de sus amigos. Marcus y Leandro llegaron a ser los mayores productores de frutos secos del país. Carla y Claudia seguían con su marca de ropa, y aunque hacía tiempo que era reconocida internacionalmente, era una de las marcas mas vendidas.

Una tarde que Leandro cansado llegó a su casa, encontró a su hijita nadando con su madre en la piscina, se deshizo de la ropa de trabajo y poniéndose un short se acercó a ellas.

—Papi viniste. ¡Entra con nosotras, vamos, vamos a nadar! —insistía Milagros. Él como siempre, dio un salto en alto y gritó bomba. Madre e hija se largaron a reír, mientras él nadaba acercándose a ellas.

Después de muchos pesares, recuerdos de un pasado que los hizo vivir momentos de terror, ellos consiguieron ser felices en ese campo alejados del smoke y el ruido de la gran ciudad, vivían tranquilos criando a su pequeña hija, que se perfilaba más desobediente que la madre. Luego de cenar y hacerla dormir, les gustaba a los dos platicar sentados al aire libre, planificar

un futuro para esa niñita. Más tarde nadaban o miraban una película, llenaban sus vidas de situaciones simples y cotidianas, pero lo que más les gustaba era amarse la noche entera y descubrirse día a día. Milagros al otro día iría a la casa de sus abuelos, donde se quedaría dormir y Sasha aprovechó para preparar un juego que a los dos les encantaba.

—Llegue amor ¿dónde estás? —vociferó Leandro despojándose de la ropa en el dormitorio, poniéndose solo el pantalón del pijama, luego de una larga ducha.

Al no responder su mujer, recuerdos del pasado se agolparon en su mente y tuvo temor, tomó su rifle y comprobando que no estaba cargado se sonrió. Despacio salió encontrando a su desobediente vestida con un short, una gorrita y una remera que dejaba ver su vientre chato y su ombligo, el cual él amaba. Bajó el arma y al instante su instinto de macho afloró, observándola de arriba abajo, todo su ser la deseó.

—¿Quieres jugar? —preguntó hambriento de sexo.

—¿Vos que crees? —respondió ella clavándole la mirada, luego se dio vuelta provocándolo con su corto short, que dejaba casi sus cachas al aire.

—¡Ven acá nena! —ordenó él.

Pero ella tomó su rifle que estaba descargado de arriba de la silla y poniéndoselo al hombre, se dio vuelta desafiante. Los ojos de él se dirigieron al trasero de ella y sonrió, subiéndole la presión.

—¡Te voy a disparar! ¡Quieta ahí! —gritó Leandro con voz grave. Ella se sonrió, caminó unos pasos y él se desconcertó. Saco algo del bolsillo de su short, dándose vuelta sin dejar de apuntarlo, extendió la otra mano mostrando lo que tenía. Leandro agudizó la vista y entrecerró los ojos, que se le llenaron de lágrimas. Su mujercita le mostraba un test de embarazo positivo.

Ambos dejaron sus armas a un costado y se abrazaron como la primera vez, dos locos enamorados que se amaban de día y de noche, dos almas que desde el primer momento que se conocieron, debieron estar juntas, pero antes, tuvieron que sortear momentos de tristezas y sinsabores, para llegar a la plenitud de un amor tan grande y verdadero, como el que vivirían de ahora en adelante junto a sus hijos.

—¡Te amo! ¡Te amo tanto! —pronunció Leandro sobre los labios de Sasha.

—¡Otra vez vas a ser papá! —susurró ella emocionada. Su teniente con sus dos grandes manos tomó su rostro y apoyando su frente en la de ella respondió.

—Aunque tengamos cinco hijos más, vos mi vida siempre, siempre...
¡Serás la misión de mi vida!

FIN

Si deseas conocer más de mis obras te invito a que visites mi página en
amazon.

Gracias por leerme.

Delfina Farias

[\[1\]](#) Que la Paz sea contigo.